

## LA CARTA DE LUTO.

(Continuacion.)

UN LANCE.

**H**ERNANDO salió loco de casa de María; comprendió que había llegado el temido momento en que iba á perderlo todo. Las ideas se sucedían en su cerebro como las desventuras en un desdichado, el rubor le abrasaba el rostro, el dolor aniquilaba su alma.

Ya andando precipitadamente, ya deteniéndose como si reflexionara, cruzó las calles sin rumbo fijo. Sin darse cuenta de ello se encontró cerca del café Suizo. Al atravesar la ancha acera tropezó con un grupo que se dirigía á un carruaje, manteniendo una animada conversacion salpicada con bulliciosas carcajadas y galantes equívocos. Tuvo que apartarse para dejarlos pasar; pero apénas había andado dos pasos se volvió repentinamente á mirar aquellas elegantes mujeres rodeadas por un enjambre de fatuos...

Una idea de muerte cruzó por su cabeza, sintió la convulsion del crimen... Una de aquellas mujeres era la suya... Vaciló un momento...

El carruaje partió y un alegre «hasta mañana,» pronunciado por Amalia y dirigido á los que la despedían, se unió al crugir de la arena aplastada por las ruedas de la elegante berlina.

Los hombres volvieron atras y alguno al pasar saludó á



Fernando, que inmóvil seguía con la vista el rastro de luz que acompañaba el carruaje. Cuando estuvieron lejos de él, entablaron el siguiente diálogo:

—¿No habeis visto?

—¿Qué?...

—El conde contemplando extasiado á su mujer, y siguiendo al carruaje con la vista como un chico la carretela donde van los toreros...

—¿Estará enamorado de ella?

—Lo notable no es que esté enamorado sino que la haga el amor.

—¡ Tiene gracia !

—Anda con cuidado, Mariano.

—Pche... ¡ Si él se empeña se la cederé !

—Yo no puedo recoger la herencia de un villano, contestó detras una voz ronca y nerviosa.

Volviéronse todos, y se hallaron frente á frente de Fernando.

—Basta, replicó el que sus amigos llamaban Mariano ; me has oido y no acostumbro á disculparme. Estoy á tu disposicion.

—¡ Un duelo contigo ! No puede ser. Creerían que era cierto lo que suponíais hace un momento. Ni puedo batirme por ella ni cruzar mi espada con la de un difamador cobarde.

—¡ Fernando !...

—Te digo que no puede ser, pero en cambio quiero probar si alguno de tus amigos rie tanto al mirar una pistola frente á frente como al oir un chiste vergonzoso...

Uno de los que formaban el grupo, rubio, pálido, delicado como una señorita, calmoso como un inglés, avanzó hácia Fernando diciendo con indiferencia :

—Yo tengo gana de hacer esa prueba.

Los demas protestaron. Uno de ellos hizo presente la inconveniencia de tratar en aquel sitio de semejante cuestion, y convencidos todos de ello se dirigieron por distintos caminos al Veloz-Club.

Fernando encontró allí amigos que le representaran, y despues de largas discusiones y repetidas conferencias el duelo



quedó ajustado con el joven rubio y en unas condiciones que otros padrinos ménos ligeros y más frios no hubieran autorizado nunca. Debían batirse á la mañana, á pistola y á veinte pasos avanzando.

No hubo necesidad de salir del local para hallar todo lo necesario en aquella ocasion. El marques de C. dió sus pistolas, llegadas pocos dias ántes de Paris, el doctor M. y su compañero S. ofrecieron sus servicios y sus estuches de cirujía, los carruajes estaban á la puerta.

Sin embargo, los contendientes y sus padrinos se retiraron á sus casas. ¿Quién no tiene cuentas pendientes, una querida de quien despedirse, una partida de caza proyectada ó una cita para almorzar?

Fernando entró en su casa y despues de dar órden para que el carruaje estuviera listo á la hora señalada, se encerró en su despacho.

Pensó cuán acertada había sido su eleccion al designar el contrario é insistir en que el combate fuera á pistola. Los temores de sus amigos, la fama de gran tirador de que aquél gozaba eran una garantía de que aquella lucha, para todos duelo, sería un suicidio disimulado, y la seguridad de su muerte le animaba.

La expiacion atenuaría el crimen y su nombre dejaría un recuerdo ménos odioso en la memoria de María. Acaso el padre de ésta llegase á disculparle. Despues de todo, la muerte era el descanso. Ya no tendría que avergonzarse delante de Valentin, ya no se sentiría humillado al ver el afecto de D. Antonio y sus cuidados paternales, ya se acabarían aquellas horas de remordimiento espantoso en que consideraba que estaba engañando á la mujer amante y confiada que le había entregado toda su alma y jugando con la honra y con la felicidad de aquella á quien hubiera querido hacer dichosa aún á costa de su vida.

Vaciló entre volver á verla ó escribir, pero tuvo miedo á una entrevista que sería la última. Ignoraba además si su padre la habría dicho algo; comprendió la dificultad de hablarla á solas, lo intempestivo de la hora y la dificultad de ocultar su emocion.



Tomó la pluma y escribió lo siguiente:

«María, he querido hacerte mil veces una terrible confesion  
 »que siempre se ha detenido en mis labios. Yo la consideraba  
 »como el más sagrado de los deberes, yo sabía que no había de  
 »ser posible dilatarla mucho tiempo, pero sabía también que  
 »hacerla era perderte para siempre y callaba. Iba robando día  
 »por día, hora por hora la felicidad que el cielo ha hecho im-  
 »posible para mí y que yo gozaba en la sombra, haciéndome-  
 »la más dulce el mismo remordimiento de gozarla.

»Ha llegado el momento temido en que es necesario por fin  
 »decirte la verdad para que me desprecies y me odies... Pero  
 »no; yo sé bien que tú has comprendido lo inmenso de mi ca-  
 »riño; tu frente sin mancha prueba cómo te he querido; nues-  
 »tras almas se habían fundido, apenas si nuestras manos se  
 »han enlazado una vez.

»Comprende mi dolor. Tú me has enseñado la realidad del  
 »hogar bendito que yo busco desde que nací; en tí he visto to-  
 »das las virtudes, toda la abnegacion de la esposa amante y  
 »honrada; tú me has hecho entrever la dicha serena de una vi-  
 »da purísima, partida entre dos almas hermanas...

»¡Y todo eso es imposible!... ¡Y debo huir de tí!...

»No puedo hacer esa espantosa confesion. Piensa de mí lo  
 »que quieras, aborréceme, pero sin saber la causa. Cualquiera  
 »que imagines será menos infame que la verdadera.

»Adios, pues; no hay esperanza de salvacion.

»Perdóname si puedes, yo te amaré toda mi vida, tú serás  
 »mi último pensamiento y con el postrer suspiro pronunciaré  
 »tu nombre bendito.

»Adios. No nos volveremos á ver.

»Tu desesperado

FERNANDO.»

«Ruega á tu padre que me perdone también, no soy tan mi-  
 serable que no lo merezca.»

Despues de un largo rato, Fernando escribió varias cartas, redactó un codicilo, llamó para que le ayudaran á vestir, y ordenó que llevaran las cartas á su destino.

Al oír el carruaje que conducía á sus padrinos, tomó de uno de los cajones de su mesa el retrato de María, lo besó con pa-



sion y volvió á guardarlo en una cajita de roble primorosamente tallada, dentro de la que se veían algunas cartas.

Diez minutos despues, cuando apénas la aurora se mostraba en el cielo, dos carruajes partían de delante de casa de Fernando y atravesando Madrid corrían en direccion de la Moncloa.

Una hora más tarde los mismos carruajes se detenían en el punto de partida. El de Fernando entró en el ancho portal y se detuvo al pié de la escalera. Saltaron de él el médico y uno de los padrinos, que ayudados por los que venían en el otro carruaje sacaron del primero el cuerpo inanimado de Fernando.

A la caida de la tarde, carros cargados de arena acudían al mismo punto, y la mullida alfombra que apagaba el ruido de los coches durante largo trecho anunciaba á los transeuntes que un poderoso se hallaba en peligro de muerte.

Aquella noche los círculos elegantes tuvieron algo de que ocuparse, y la historia del suceso sufrió todas las transformaciones que la mala intencion, el ingenio y el escepticismo quisieron darle.

Sin embargo, quedó sentado que Fernando se había batido por su mujer, y se anunció una próxima reconciliacion del matrimonio.

El jóven rubio, aún ausente, rindió más voluntades que enemigos Alejandro el Grande. Tantas, que á haberse aprovechado del momento, su victoria hubiese logrado lo que las balas no habían conseguido.

---

María cogió la carta en sus manos como un arma peligrosa y corrió á su cuarto. Al entrar en él sus ojos se fijaron en un lienzo que representaba la Madre de Dios. Rezó una oracion sin palabras y se dejó caer en un asiento.

Rompió el sobre, leyó.

Sus manos juntas cayeron sobre su falda al mismo tiempo que su cabeza en el respaldo de la marquesita y quedó inmóvil algunos instantes.

Alzó nuevamente la cabeza, volvió á leer y se levantó con ademan resuelto.

Una palidez mortal bañaba su hermosísimo rostro, un rizo



de cabello caía con graciosa espiral sobre su frente. El dolor no dejó más huella.

Corrió al lecho de su padre y permaneció allí todo el día, extremando sus cuidados, multiplicando sus caricias, como si quisiera ahogar en el afecto purísimo de la hija el fuego abrasador que consumía su alma y perturbaba su razón.

Tenía pena, y celos, y desesperación, su pensamiento giraba alrededor de esta pregunta: ¿Cuál es su crimen? como la tierra alrededor del sol, siempre atraída por el astro de luz y sujeta siempre en su órbita por fuerzas incontrastables.

Los recuerdos de la breve felicidad de sus amores cruzaban por su mente mezclados con los de aquellos tres años de continuo esperar y de callado sufrir.

Llamaba á su memoria todas sus conversaciones, todas las cartas de Fernando, buscando una frase que pudiera conducirla á adivinar el secreto que hacía imposible su dicha, sin lograr otra cosa que amontonar ideas en su mente irritando la febril confusión que alteraba su espíritu.

Pensaba si debía ocultar á su padre la carta ó confiarle su dolor y pedirle consejo, y en este caso, si sería prudente esperar á que la mejoría, ya asegurada, se convirtiera en convalecencia. Temía oírle preguntar por Fernando y tener que mentir ó revelarle la verdad, comprometiendo con aquel golpe su existencia.

Heridos todos los afectos, todos los sentimientos de su alma, sentía algo parecido á la locura.

Iguales dudas mortificaban á D. Antonio. Durante la noche no le sorprendió la ausencia de Fernando; pero cuando pasó la mañana y vió que no se presentaba, notando que una calma completa contrastaba con el inquieto afán que su hija mostraba siempre cuando le esperaba, comprendió que María sabía algo, y estuvo luchando largo rato ántes de decidirse á hablar. Esta misma intranquilidad le obligó á preguntar:

—¿No ha venido Fernando?

—No, contestó María. Anoche se retiró algo enfermo, y como ya estás mucho mejor acaso no venga hoy.

—¿En todo el día?

—Sí. Ya me lo ha advertido esta mañana. Mandó un criado.



—Pues es preciso mandar á saber de su salud. Precisamente quería verle hoy.

—Es que... acaso haya tenido que salir de Madrid por unos días...

—¿Sin despedirse de nosotros? Eso no puede ser.

—Tiene tantos negocios...

—Háblame con verdad, hija mia. No temas por mi salud. Se la he pedido á Dios con tanta fe que me ha escuchado. No puedo morir, me necesitas todavía. No me engañes, y no hagas más grande tu pena ocultándola.

—Pues, bien, padre mio, mi felicidad ha muerto... No le volveré á ver...

—¡Ah! Lo temía. Pero explícame...

—Nada sé. Me ha escrito una carta... Tome V.

Y María entregó la carta á su padre, que al cabo de grandes esfuerzos pudo leerla.

—¡Perdonarle! exclamó. ¡Perdonarle! Es decir que puede llenarse de luto un alma vírgen, pueden pagarse con ingrati- tudes los más santos afectos, puede condenarse á la desgracia eterna á una niña y á un viejo débil é indefenso y cuando el engaño se descubre, cuando el crimen se averigua, ¿ha de ser bastante implorar un perdon cobarde que mancha tanto al que lo pide como al que lo concede?

—¡Padre mio!...

—No temas nada. Mucho mal nos ha hecho, pero ya no nos hará más. No caben en tu alma afectos para un sér desprecia- ble é indigno. Tu cariño ha muerto para siempre; si hoy sien- tes su alejamiento, mañana sólo sentirás desprecio y vergüenza de que semejante hombre haya manchado con su aliento nues- tro purísimo hogar, éste en que aún flotan los recuerdos de tu madre rodeándole con el manto de sus virtudes inmaculadas... ¡Perdonarle! ¿Pero qué puede ser?...

María callaba comprendiendo que su padre tenía razon, que Fernando había cometido una infamia, pero sintiendo á la vez dentro de sí que aquel hombre era su única felicidad en la tierra y que el amor que por él sentía sólo había de extin- guirse con la vida.

—Ven, acércate más, prosiguió D. Antonio, el dolor es un



mal inexorable, y cuando no altera el rostro, ni sale en lágrimas, ni se desahoga en sollozos, va á posarse en el corazón para destrozarle poco á poco.

María abrazó á su padre, y al besar aquella venerable frente sintió que el llanto empañaba sus ojos; pero una angustia suprema conmovió todo su sér y el llanto se detuvo. María no debía volver á llorar.

Se desenlazó cariñosamente de los brazos de D. Antonio, y tranquila en apariencia, escuchó á su padre que, deslizandole las manos hasta encontrar las de su hija y acariciándolas con pasión, continuó:

—¿Verdad que tú lo crees tambien, que tú empiezas á sentir repugnancia hácia ese afecto en que equivocadamente fundas tu felicidad?

—Sí, padre mio...

—¡Ya lo creo! ¿Cómo ha de amar un ángel á un réprobo? Yo te ayudaré á olvidarle. Verás: saldremos de este retraimiento enojoso, iremos á los teatros, á las sociedades, donde tú brillarás como reina de todas las mujeres... Porque eres muy hermosa, vida mia, y además tu modestia, tu talento, tus virtudes serán el encanto de todos. En vez de estar aquí siempre encerrados, yo como un tonto, tú divertida en escuchar huecos galanteos y sacrílegos juramentos, iremos á todas partes... Tú verás cuántas atenciones tendrán conmigo todos los muchachos, y cómo me reiré yo de ellos comprendiendo que adoran el santo por la peana y que no son mis canas sino tus negros cabellos los que inspiran tantas delicadas cortesías... Y tú te reirás tambien entreteniendo al uno y al otro... Es preciso que aprendas algo de coquetería, que goces de tu vida y de tu hermosura... Eres aún muy niña y no debes pensar en dar dueño á tu libertad ni freno á tus caprichos inocentes... Ya vendrá el tiempo en que pienses en esas cosas.

María parecía escuchar afable y resignada los proyectos de su padre; pero su pensamiento volaba por el mundo de los recuerdos, saturándose de amargura al imaginarse el porvenir.

Contra lo que era de esperar, la mejoría de D. Antonio fué en aumento y ocho dias despues abandonaba el lecho sostenido por María y Valentin.



La casa había recobrado su antiguo aspecto de tristeza y soledad.

Alguna vez al aproximarse la hora en que Fernando acostumbraba á entrar, María y su padre miraban instintivamente al reloj, y al apartar de él los ojos, sus miradas se encontraban por un momento apartándose luégo con dolor.

Uno y otra pensaban lo mismo. El problema continuaba en pié.

¿Cuál era el crimen de que se acusaba Fernando? ¿Qué representaba la palabra imposible, puesta como barrera infranqueable entre él y María?

Valentin, por su parte, enterado por un amigo del duelo de Fernando y de su gravísimo estado, se explicaba el dolor de María y de su padre, y atraído por él, víctima también de una desdicha irremediable, hacía más frecuentes sus visitas y más cariñosas sus atenciones.

Aquel hombre de carácter de hierro no tenía fuerza para resistir un afecto que tantos creen indigno de un alma elevada y que es, sin embargo, el poderoso resorte que lleva á la humanidad en su marcha á través de los tiempos.

#### SIN ESPERANZA.

Modifica el tiempo de tal modo las cosas, que insensiblemente se convierten en todo lo contrario de lo que fueron al nacer. El niño inocente se trueca en feroz y sanguinario criminal, la religion de la humildad y la tolerancia en bandera de combate y destruccion, el juguete de moda en antigüedad curiosa.

La prensa periódica es acaso una de las instituciones que más han pervertido, sobre todo en España, su primitiva misión. A la discusion tranquila de las doctrinas políticas, á los minuciosos trabajos estadísticos, han sucedido las ardientes cuestiones personales y en más de una ocasion la mano del noticiero llega hasta el hogar, ántes sagrado, para arrancar de él las escenas más íntimas, lanzándolas á la publicidad, cuando no es el propio interesado el que se complace en hacer públicos sus actos, sus proyectos y hasta sus dolores.



¡Desdichado el que ocupa una posición social un poco más alta del nivel común!

Enfermedades, viajes, pérdidas de familia, todo ha de servir de pasto á la curiosidad de sus contemporáneos y acaso á la de los venideros.

Y es que la civilización ha acortado las distancias haciendo del mundo una inmensa casa de vecindad, donde todos nos conocemos y tratamos, y los humildes habitantes de las buhardillas gustan de saber cómo viven y qué hacen los opulentos vecinos del cuarto principal.

El mundo entero se interesa oyendo hablar del perro de Bismarck, ó sabiendo que Víctor Hugo está enfermo, que Gounod piensa tomar las órdenes sagradas, que el Shah de Persia proyecta un viaje, porque el mundo entero sabe que el canciller alemán es el árbitro de Europa, que el ex-solitario de Jersey es un gran poeta, que el inspirado maestro ha escrito el *Fausto*, que el soberano de Asia es el más poderoso de la tierra.

Al amar ó al admirar una obra, se ama y se admira al creador y al que la posee.

Sin embargo, como todo en el mundo, ese personalismo exagerado tiene amargas compensaciones. Alguna vez el inmoderado afán de revelar las causas de un hecho puede producir hondas perturbaciones en la sociedad y en la familia.

Pero el mal, como todos los que dependen de circunstancias de época, no tiene remedio; cuando llegue su hora desaparecerá para dejar lugar á un nuevo adelanto que traerá consigo nuevos defectos.

---

Dos quinqués de luz solar armados sobre preciosos jarros de porcelana japonesa iluminan el gabinete de D. Antonio. Sobre una mesa volante se ven varios periódicos y alrededor de ella conversan sosegadamente el anciano, su hija y Valentin.

María toma uno de los periódicos y le recorre con mirada distraída, que poco á poco va tornándose primero en atención y luego en vivísimo afán.

Sus ojos se han fijado en un artículo que con el título de



*Revista de la Semana*, publica el diario en un día señalado. Estos artículos han hecho célebre un ingenioso pseudónimo con el que no logra ocultarse el nombre de su fácil escritor, para quien están abiertos todos los salones, á quien se ve en todos los palcos del Teatro Real y en todos los sitios donde la sociedad elegante se reúne.

Es el cantor de los saraos, el sacerdote de la moda, el panegirista de la belleza y el inevitable descubridor de las intrigas y secretos que forman la crónica escandalosa, entretenimiento y regocijo de hombres y mujeres, gustosa plática que escuchan con fruición desde el filósofo más abstruso á la más fútil y aturdida jovenzuela.

Hé aquí un párrafo de la revista:

.....  
 «Llegamos á un punto que sentimos haber anunciado en el  
 »resúmen, pero la indiscrecion es ya irremediable; la curiosi-  
 »dad de nuestros lectores está excitada, tanto más cuanto que  
 »mil versiones del misterioso sucedido les serán conocidas, y  
 »nosotros, decididos á servir fielmente á los lectores de... va-  
 »mos á levantar el velo del misterio aun á riesgo de cometer  
 »una imprudencia.

»Hé aquí, pues, la verdad del hecho que conocemos por una  
 »coincidencia providencial que no intentará hacernos descu-  
 »brir la discrecion de nuestros lectores.

»El conde de X... se halla separado de su mujer, bella y  
 »distinguida dama de nuestra aristocracia.

»Su corazon huérfano de amor busca donde hallar compen-  
 »sacion á la felicidad perdida.

»La fatalidad pone en su camino una hermosa niña de vein-  
 »te años, con la que en otro tiempo tuvo amores, amores que  
 »renacen convirtiéndose en vehementísima pasion.

»El conde oculta su estado, aprovechando la vida retirada de  
 »la diosa de sus sueños, y se presenta como candidato oficial á  
 »la mano de la inocente jóven.

»Un idilio de cuatro meses no turbado por ninguna contra-  
 »riedad hace entrever el cielo á los dos amantes y olvidar al  
 »conde su estado civil.

»Por fortuna la salud de la condesa es excelente.



»No así la del presunto suegro del conde, que cae enfermo  
 »gravemente. Al ver cercana la muerte llama á su lecho al que  
 »ya considera como hijo suyo, y tiene con él una larga explica-  
 »cion. Este, impresionado por lo solemne del momento, no  
 »puede continuar el engaño y huye de casa de su amada bus-  
 »cando en el camino un amigo, célebre tirador de pistola, al  
 »que insulta provocando un lance con el propósito de hacerse  
 »matar.

»El lance se realiza y nuestro protagonista se halla espiran-  
 »do á la hora en que escribimos estas líneas, abandonado por  
 »su legítima esposa y por aquella á cuya tranquilidad ha sa-  
 »crificado su vida.

»Sus amigos lloramos la pérdida de un corazón noble y le-  
 »vantado, de un alma de artista, de un nombre ilustre que se  
 »extingue para siempre.»

.....  
 —¡Es él! exclamó María levantándose rápidamente en medio  
 de la mayor agitacion.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes? preguntó sobresaltado su padre.

—Nada... no es nada, contestó con voz desfallecida y cayen-  
 do pesadamente en el asiento.

D. Antonio arrancó el periódico de manos de su hija bus-  
 cando con avidez la noticia que habíale ocasionado tan viva  
 impresion. Valentin se acercó y miró tambien. Sus ojos de  
 amante celoso fueron á fijarse sin vacilar en el párrafo relativo  
 al duelo de Fernando.

—Lea usted aquí, dijo á D. Antonio.

Este leyó con trabajo, exclamando al terminar:

—¡Miserable! ¡Estaba casado!

—¡No lo sabían! dijo Valentin sollozando. ¡Ah! ¡Pobre  
 María!

*(Se continuará.)*

CAMPO ARANA.







## BELLAS ARTES.

### UNA VISITA AL REAL MUSEO.

#### I.

*El edificio del Museo. — Pompeyo Leoni. — Salas. — Alvarez. — Juan de Juanes. — Domenico Theotocopuli. — Antonio Pereda. — Alonso Cano. — Antolinez. — José Leonardo. — Mazo. — Tobar. — Menendez. — Ribera. — Lucas Giordano. — Velazquez. — Murillo. — Bayeu. — Goya y Luciente.*

#### ESCUELAS ESPAÑOLAS.



Madrid posee tres edificios en que se conservan las obras de arte que España expone al estudio y admiración de propios y extraños. El Ministerio de Fomento, la Academia de San Fernando y el Museo Real. El Ministerio de Fomento guarda los lienzos que pertenecen al Estado y que no han tenido cabida en el último de estos tres lugares. Los cuadros de la Academia de la calle de Alcalá son de escaso número, mas no de corta importancia, pues entre ellos figura el admirable Murillo de: *Santa Isabel curando á los leprosos*, de que hemos de ocuparnos incidentalmente más adelante. Por último, en el Museo Real se exponen las obras más notables y la más rica colección. La edición del catálogo de 1854, contiene 2.001 cuadros, ó sean 150 lienzos más que el Museo del Louvre.

Con frecuencia hemos oido suscitarse la cuestión de saber



cuál de ambos museos era el más rico. Propuesta de este modo, es muy difícil resolverla, porque cada cual juzga según su criterio. Hé aquí, pues, la nuestra, que también deben conocerse en materia de opiniones hasta las más humildes. Bajo el punto de vista cronológico, el Louvre no tiene rival por la cantidad de maestros de todas las escuelas desde mediados del siglo XII, hasta nuestros días; expone sin interrupción de importancia una serie de documentos única en la historia. Ninguno otro, bajo este concepto, puede luchar con él. A fuer de imparciales, debemos confesar, en contraposición de lo dicho, que el Museo de Madrid tiene grandes vacíos en las escuelas italiana, flamenca, holandesa, alemana y francesa; pero su interés es mayor que el que despierta el Louvre cuando el espectador se limita á estudiar los maestros cuyas obras en él se exponen. El genio de aquéllos se ostenta bajo todas sus formas, y síguesele en todas sus variantes, lo cual no sucede en París. Ciñéndonos á los más afamados, se enriquece con cincuenta y cuatro Breughel de Velours, veintidos Van Dyck, diez y nueve Poussin, sesenta y dos Rubens, veintitres Sneyders, cincuenta y tres Teniers, cuarenta y tres Ticiano, treinta y cuatro Tintoreto, veinticinco Veroneso y diez Wouverman. Y es aún más curioso añadir que todos estos lienzos son obras maestras. Sepárase uno de ellas deslumbrado, fascinado por el incomparable genio de sus autores, y pregúntase el espectador si el arte que logró tal aglomeración de maravillas es el superior á todos, y si, como sostenía Reynolds, sería exacto afirmar que los pintores célebres son los más grandes hombres de la historia. En cuanto á la escuela española, nadie ignora la rareza de sus lienzos en los museos de Europa. En Madrid, y sólo en Madrid, puede conocerse, estudiarla y juzgarla con conocimiento de causa. Sin visitar nuestro Museo, se ignora lo que fué Velazquez. Hay que venir á España, como es preciso ir á Inglaterra para admirar á Reynolds.

El Museo situado en el paseo del Prado, ya por las inmediaciones del Botánico, es un edificio de monótona y pesada silueta. Sus cuerpos son desproporcionados en altura con relación á lo extenso del plano que ocupan. Construido además en el declive del terreno que corona el jardín del Buen



Retiro, se compone de un sistema de pisos que forman un verdadero laberinto. Lo que es planta baja por el lado del Buen Retiro, se convierte en piso principal por el del Prado. Empezado bajo Carlos III por el famoso arquitecto Villanueva, fué restaurado, aumentado é inaugurado por Fernando VII. Su interior es muy complicado: se compone de un gran vestíbulo en forma de rotonda, descansando en dos columnas, y al cual desembocan ó dan dos galerías laterales y una central. Las primeras están consagradas á los pintores españoles. La galería central, larga, ancha y con luz de altura, contiene las diversas escuelas italianas. En el centro, á la izquierda, ábrese una puerta que comunica con el salon llamado de Isabel II, sala oval, donde se han reunido las principales obras del Museo sin distincion de escuelas. Es como *La tribuna* de Florencia y el *Salon carré* de Paris. El piso de este salon se abre en círculo central, dejando ver en el bajo las principales esculturas que destacan su blancura marmórea en aquel hipogeo. Siguiendo la galería central, llégase á una nueva rotonda repetición en pequeño de la de la entrada, y en la cual se ve la escuela francesa. A cada lado se abren dos corredores que conducen á las salas de pintura flamenca y holandesa, salas que son idénticas en el piso inferior y comunican con las galerías de escultura. La gran galería, la sala francesa, el salon de Isabel II, reciben luz por altura; las dos salas españolas y las cuatro flamencas están iluminadas lateralmente. Los cuadros están bien conservados y cuidados, y las restauraciones se han hecho con destreza é inteligencia. Su disposicion y clasificacion en los muros deja mucho que desear. El desnivel, ó sea el grado de inclinacion necesario para que la vista pueda llegar al cuadro en ángulo recto, y al par para que la luz no refracte en el barniz, es una condicion casi desconocida. En cuanto á la colocacion, está hecha con arreglo á las grandes escuelas, pero no más. No se ha tenido en cuenta el órden cronológico ni el de las subdivisiones intermedias. Las obras de un mismo maestro están diseminadas por todos sitios: en una palabra, no hay continuidad, método, cosas que son tan necesarias en todos los museos, y que en todos existe.

Este mismo desórden se observa en el catálogo, y es verda-



deramente censurable, cuando no triste, considerar que en edificio tan importante hay una guía tan mal pergeñada, que no es posible guiarse por ella. No sólo no se han tenido en cuenta las divisiones por escuela, sino que tampoco por artistas, ni aún siquiera está hecho con arreglo al sencillo y cómodo método alfabético. El primer nombre del catálogo de 1854, que es el que tenemos á la vista, es Calabreso, y el último es Peter Neefs. Es, además, muy sobrio de datos acerca del artista, su nacimiento, sus maestros, su vida, su muerte; no dice nada del lienzo, ni aún la fecha de su composición, las galerías por que ha pasado, las restauraciones que ha podido tener. El catálogo es deplorable. Para estudiarlo con fruto, vése el espectador reducido á formarse un catálogo personal, y como hay dos mil obras, el trabajo es árido para muchos.

No nos ocuparemos de las esculturas del Museo, (imitando en esto la conducta de todos los gobiernos), más que incidentalmente. Entre muchas copias de la antigüedad y de escaso mérito, se ve con admiración el *Fauno y el cabritillo*. Como arte del Renacimiento, hay varias figuras de bronce admirablemente fundido y de hermoso carácter, que proceden de un grupo monumental erigido en honor de Carlos V y de su esposa Isabel de Portugal. Todas están firmadas: 1564, Leo. P. Pomp. F. Aret. f., es decir, Pompeyo Leoni de Arrezzo. Sábese, en efecto, que este artista trabajó largo tiempo en España, donde obtuvo el título de escultor de Felipe II. Por último, sólo el patriotismo (fuerza es confesarlo), nos induce á admirar las obras de dos escultores modernos, Sala y Alvarez, que se parecen mucho á las mediocres concepciones de M. Lemaire en Francia. Pasemos de este punto á la pintura.

\*  
\* \*

¡La escuela española! ¿Existe en realidad semejante escuela? Mejor dicho: en los pintores españoles ¿puede reconocerse esa uniformidad de manera, ese carácter general que existe en las escuelas italiana, flamenca y francesa, esa misma tendencia, ese conjunto y continuidad de tradiciones, esa similitud de temperamento é interpretación, esos puntos de contacto que, aún viéndose en una larga serie de obras, no excluyen la ori-



ginalidad peculiar á cada artista? No lo creemos. Aparte de dos excepciones gloriosas, Velazquez y Murillo, los artistas españoles, cuando sacan de sí mismos la idea, no la conciben con claridad; cuando piden á otros la inspiracion, añaden poco, ó se contentan con copiar literalmente. Es evidente que Ribera siguió los preceptos de Caravagio, pero tal vez es el único artista que logró crearse una manera propia, sin que el fondo fuera suyo. Velazquez y Murillo van á la par con los representantes más ilustres del arte en todas las escuelas; mas estas son dos personalidades aisladas de las que no arraigaron con profusion en el pasado, y cuyos sucesores sólo vivieron en una generacion. Muertos ellos, murió la escuela española. Lo que de ella resta, necesita para sostenerse pedir, no sólo el socorro de los principios, sino que tambien el de hombres á Italia con Lúcas Giordano, á Francia con Houasse, Ranc y Miguel Vanloo, á Alemania con Mengs. Bayeu es una pálida copia, un imitador de Natoire ó de Restout. Aparicio no existe. Goya nació en 1744; pero su misma extravagancia, indicio es de decadencia, y si no disgusta su fogosa incorreccion, nadie lo tomaría por modelo. Sucede, pues, en nuestra patria como en Inglaterra; pueden citarse con orgullo artistas inimitables, pero no se ha producido lo que se llama *escuela* en el sentido filosófico de la palabra.

\*  
\* \*

Vicente Macip, llamado *Juan de Juanes* (1523-1579), inaugura por órden de fechas la serie de pintores españoles. El Museo tiene diez y ocho cuadros suyos, entre los cuales deben examinarse la *Cena* y la *Vida de San Estéban* en seis composiciones. La *Cena*, y sentimos diferir en nuestra opinion de otras anteriores á la nuestra, tiene más de Vasari que de Leonardo. La *Vida de San Estéban* está tratada evidentemente bajo la impresion del Perugino, con ménos gracia y ménos sencillez. Juan de Juanes, durante su permanencia en Italia, estudió los maestros anteriores á Rafael, mejorándolos con una ciencia de composicion y una facilidad para agrupar los personajes que éstos no alcanzaron nunca en igual grado. El *Cristo muerto* de Domenico Theotocopuli, llamado *El Gre-*



co. (1558-1625) es, sin duda, la mejor obra de tan extraño artista, que murió loco, como estuvo en vida, á juzgar por sus obras. La tradicion le hace imitador del Ticiano. Pero, disintiendo por segunda vez de esta opinion, confesamos que no lo es, sobre todo en el *Cristo muerto*, y que si bien sus obras restantes no superan este lienzo, la escuela de Toledo que fundó produjo discípulos superiores á su maestro. El *San Jerónimo*, de Antonio Pereda (1599-1669), recuerda el toque arrebatado y las extáticas cabezas de Ribera. Imposible parece dar mayor exactitud á las arrugas del cuerpo del anacoreta. El toque es seco, pero la luz cae é *inunda*, digámoslo así, aquel pecho desgarrado por las maceraciones, y en la cabeza se ve esa mezcla de pensamientos y exaltacion mística que sólo España ha dado á la paleta de sus pintores. El arte comprendido y sentido de este modo va por mal camino, pero no es posible negar el mérito de la obra. La ejecucion salva el pensamiento y el artista supera el asunto.

Si hubiera de juzgarse á Alonso Cano (1601-1667) por los ocho cuadros del Museo, no se comprendería cómo se le coloca á nivel de Buonarotti. Es verdad que Alonso Cano fué como Miguel Angel, arquitecto, escultor y pintor á un tiempo mismo; pero la semejanza entre ambas personalidades no traspasa este punto. Los altares mayores de Sevilla y de Lebrija prueban de un modo incontestable que su talento era su genio, y que era mayor su facilidad que su talento. No obstante, existe en el tesoro de la catedral de Toledo una figurita de madera de cincuenta centímetros de altura, que representa á *San Francisco de Asís en éxtasis*, que es una obra maestra de sencillez y carácter, cuya impresion profunda y persistente hace ganar á Alonso Cano el terreno que pierde en el Museo del Prado.

*La Magdalena*, de José Antolinez (1639-1682), á quien no puede ni debe confundirse con su homónimo Antolinez de Sarabia, mereció colocarse en el salon de Isabel II. Es una hábil pintura, clara y dura; todo el grupo que sostiene á la santa vuela fácil, atravesando las regiones etéreas, y la extasiada cabeza de la Magdalena es un magnífico estudio. Evidentemente José Leonardo (1616-1656) es discípulo de Velazquez,



aunque no en el sentido de recibir sus lecciones directamente, puesto que la historia nos dice que estudió con Pedro de las Cuevas; pero el exámen de sus lienzos no permite dudar de que le preocupaba mucho el color de Velazquez. La *Marcha de soldados*, la *Rendicion de Breda*, están tratadas con esa paleta clara y franca que es uno de los méritos del inimitable autor de *Las Meninas*. Pero lo que le falta á Leonardo es aquella franqueza de tono, aquella hábil manera de sostener un color atrevido con otro no ménos audaz; la armonía, en una palabra. Y de este modo, procediendo por tonos que se continúan, llega á veces á darles la disonancia de una baraja, sin que aislados resulten chillones. Su cuadro *La Rendicion de Breda* tiene, además, la desdicha de repetir el mismo asunto tratado por Velazquez y conocido por *El cuadro de las Lanzas*. Esto no favorece á Leonardo. Indiquemos de pasada un *Retrato de capitan del tiempo de Felipe IV*, de Mazo (16...-1687), en el cual la cabeza y la postura tienen bellísimo carácter, y una *Vista de Zaragoza* del mismo autor, con claro cielo, fino y luminoso, lindo paisaje, cuyas figuras de primer término tienen el fuego que se admira en Velazquez; un *Retrato de Murillo*, de su imitador Tobar (1678-1729), y un gran número de fruteros de Menendez (1682-1744), que recuerdan el colorido vigoroso de Miguel Angel Cerquozzi.

Lleguemos ya á los tres artistas que representan por sí solos la escuela española, y cuya originalidad les permite luchar con las más gloriosas reputaciones de otros países: Ribera, Velazquez y Murillo. Ribera es el primero. El Museo tiene cincuenta y ocho obras de este genio sombrío. Todas son curiosas, aunque no todas de mérito igual: analicemos cuatro: el *Combate de mujeres*, el *Prometeo*, la *Escala de Jacob* y el *Martirio de San Bartolomé*, que con ellas basta para que el público aprecie su talento. Nacido en 1588 en el pintoresco San Felipe de Játiva, Ribera trabajó en el taller de Caravagio hasta que éste murió en 1609, y aunque posteriormente estudió las obras de Corregio, la primera educacion y su misma naturaleza le arrastraron, no tardando en exagerar hasta el genio la sombría manera, el violento toque, la investigacion de la realidad propias de su primer maestro. Ningun pintor fué



más allá en la exactitud y precisión de las escenas de martirio y tortura que causan horror y repugnancia. No se extasia más que entre verdugos, potros, tenazas, entrañas desgarradas, carnes desolladas, miembros rotos, desolación y sangre. Pero estas asquerosas escenas desaparecen ante el vigor y seguridad de la ejecución. Ribera es, sin disputa, el más notable ejemplo que puede oponerse á los que tienen en mucho las cualidades materiales en las artes plásticas. Los iniciados admiran sin reserva el talento que campea en esos lienzos de verdugos ébrios: los profanos sienten la impresión de la ejecución sin darse cuenta de ella, pero la sienten. Este es el mérito de menor importancia de Ribera. Era colorista admirable, es cierto; pero también era pensador. En medio de estas escenas de carnicería, supo hacer descender un rayo divino sobre la principal cabeza, abrillantar la mirada de su mártir con el rayo de la luz eterna, anegarle en corrientes de beatitud celeste, de ardiente fe, de extática contemplación, ante las que los sufrimientos físicos más horribles desaparecen como el humo ante la claridad del sol. Nada podían inventar los atormentadores más ingeniosos para que se perdiera fe tan viva. Los mártires tienen en sus cuadros la voluptuosidad del dolor, como sus verdugos la embriaguez del refinamiento de tortura. Por este sombrío y ardiente catolicismo Ribera salva su inmediatez al realismo, que los observadores superficiales le reprochan á veces.

El primero de los cuadros citados es también el de menos mérito. Está ejecutado en un matiz rosado poco común á sus obras, en que los contrastes de luz y sombra tienen admirable franqueza. El *Prometeo* es realismo puro, pero realismo del genio. Es una exageración de Ribera, se excede á sí mismo y crea el *nec plus ultra* de lo repugnante y horrible. El *Caton* de la antigua galería española del Louvre era agua de rosas comparado con el *Prometeo*. De doble tamaño que el natural, derribado con la cabeza baja, siguiendo líneas y escorzos de increíble audacia, y no obstante sencilla, en una sombra opaca en que sólo se ve el rojo color de la sangrienta llaga del pecho, de donde se desbordaban las entrañas que siempre se renuevan: *immortale jecur*. Es grotesco en



fuerza de su repugnancia. En medio de esta sangre y carne martirizada, el gran símbolo antiguo, aprisionado por Esquilo en la cumbre del Cáucaso, es lo que ha podido ser. Ribera, como todos los grandes artistas, preocupábase poco de lo que se llama color local, y no seremos nosotros ciertamente los que por ello le censuren. Repetimos que no es bello, pero el color está *atacado* con tal furia, que salva lo innoble del asunto.

La *Escala de Jacob* nos lleva á más serenos horizontes. Puede reprochársele á Ribera el no haber tenido tampoco en cuenta para este cuadro el color local. Hay gran distancia de los reyes pastores de la Biblia á los mendigos que tiende al pié de la mística escala. Carece de firmeza y transparencia. Mas aquellos rostros, aquellos tonos duros y tristes, aquellos negros y cenicientos, todos aquellos contrastes tan grandes, tan violentos, dan valor al rayo de luz que inunda la escala por donde suben y bajan los ángeles. Téngase además en cuenta que no hay nada violento en la intensidad de sombra y luz, que no hace el efecto de un *fogonazo*, como se dice en términos de estudio ó taller. Se sostiene la subida y hay armonía. No hay que buscar en Ribera esos subterfugios de ejecución de que Ticiano y Rubens sacaron tan buen partido. Pinta de una vez: su toque, una vez dado, queda. Sin encanto, sin transparencia, la armonía de su colorido se debe únicamente á la relacion de los tonos entre sí.

El *Martirio de San Bartolomé* es una obra maestra, y con justicia está colocada en la sala de honor. En ella el pintor no es sólo colorista de genio, sino que revela sus admirables cualidades de composición. Las numerosas copias, grabados y litografías que se han sacado de este lienzo, hacen inútil su descripción. Los personajes son de tamaño natural. El santo tiene ambos brazos atados en cruz y á una traviesa móvil que los verdugos tratan de alzar sobre poleas, mientras que otros atormentadores empiezan á desollar las carnes de la víctima. Elogiar la ejecución de esta obra sería repetir lo dicho. Lo que debe admirarse tanto como ésta, es la verdad con que se ha pintado el cuerpo del santo mártir, extenuado, adelgazado por las maceraciones de la penitencia, y cuyas carnes se contraen de dolor. En cuanto á la cabeza, es de incomparable hermosura, pre-



sentando una triple expresion de espantosos sufrimientos, ardiente fe y éxtasis religioso. ¿Dónde aprendió Ribera á condensar de tal modo estas tres expresiones? Lo ignoramos, pero se puede asegurar que descubrió lo que buscaba. En género más apacible, en el cual puede verse la huella de los estudios de Ribera en el Corregio, el Museo no puede ofrecer nada igual á la *Adoracion de los Pastores*, del Louvre. Y es por cierto deplorable, porque se pierde el medio de establecer comparaciones y paralelos.

Examinado bajo el criterio filosófico, este artista singular es un representante directo de nuestro catolicismo. Tiene el espíritu religioso de la nacion hasta en su inexorable crueldad de otras épocas. Todos sus lienzos se iluminan con las sombras hogueras que enrojecieron el trono de Felipe II. Es el Santo Domingo de la pintura. La magnificencia de natural que le envuelve y rodea, la brillante luz, la serenidad de los cielos, el calor de las llanuras, la frescura de las huertas, lo pintoresco de las sierras no le conmueve. Los ochocientos años de árabe opresion le endurecieron y adiestraron á la lucha, y llama en su auxilio para terminarla al fanatismo de Ignacio de Loyola. Todo lo acepta como bueno, para salvar su religion, y con ella la independendencia nacional. Los gemidos de las víctimas, los gritos de los verdugos no le estremecen. La herejía es el gran peligro que debe combatir con hierro y fuego. Es hijo legítimo de la Inquisicion, y sólo puede nacer en el país donde las damas garridas iban á ejercitar la coquetería en los autos de fe, en la misa y en las corridas de toros.

Del discípulo de Ribera, el pintor de Cárlos II, el practicon más experto que conocemos, Lúcas Giordano, á quien sus contemporáneos llamaban *Luca fa presto*, no hay en el Museo ménos de sesenta lienzos. Mas este número no sirve á su gloria, sino que nos hace estimar en su justo valor la ejecucion *deplorablemente* fácil, la ausencia de pensamiento y la estéril abundancia de este Proteo de la pintura. Todos los géneros cultivó; las maneras y los maestros más encontrados, más opuestos no le detenían; copiaba é imitábalo todo. La *alegoría de la Paz*,—así llamada sin saber por qué, pues mejor es



la alegoría del genio de Rubens,—es el ménos malo de sus sesenta cuadros. Posible es, que cuando lo hizo admirase á ojos poco espertos, confundiéndolo con un Rubens; pero atacó tan violentamente el negro de las sombras, los *claros* son tan duros y *opacos*, el dibujo tan expeditivo, que fuera crimen de lesa gusto este error, siquiera momentáneo. La obra más importante de Luca Giordano es sin disputa el techo de la sacristía de la catedral de Toledo. Dudamos que exista en el mundo composición más vasta. Mas si la vista se admira de aquella facilidad en cubrir de color un espacio tan considerable, la imaginación deplora tal intemperancia de ejecución. Es una especie de salto mortal, lo que llaman los franceses un *tour de force* que sorprende, pero que no conmueve. Si realmente hubiera existido una escuela española, si Giordano hubiese seguido un conjunto de tradiciones en vez de ser únicamente discípulo de un genio, su decadencia fuera ménos rápida y precipitada. Italia tardaría cien años en caer desde Ribera á Giordano.

Entre los cuarenta y seis lienzos de Murillo trece son los más notables en nuestro entender, y aún cuando en este número los hay tan importantes como el *San Ildefonso*, y tan bellos como *Rebeca y Eleazar*, no son superiores á la *Concepción* y al *Nacimiento de la Virgen* del museo del Louvre más que las *Concepciones* y *Sacra Familia*. No obstante, en nuestro museo se conoce mejor á Murillo. Por la importancia de la composición, por el número de los personajes, el *San Ildefonso* ocupa dignamente el sitio que se le ha concedido en el salón de Isabel II. Pero confesamos que son preferibles los dos cuadros de *El Niño Jesus* y *San Juan Bautista*, relegados á las salas españolas. Sábese que Murillo, como Rafael, hacía de su talento y de su manera de pintar modificaciones que los meticulosos del arte llamaron sus *tres estilos*, y que se conocen bajo la denominación de *frio*, *cálido* y *vaporoso*. Estas modificaciones, difiriendo en esto de la opinión del Sr. Madrazo, no creemos que fuesen sucesivas, sino que las empleó simultáneamente, según el asunto que trataba. No se concibe de otro modo. El *San Ildefonso*, el *Niño Jesus*, *San Juan Bautista* todas sus *Concepciones* las trató con la manera



*vaporosa*. Este último asunto se sabe que preocupaba mucho al artista, repitiéndolo á cada paso. En el Museo hay varias, entre las cuales descuellan, en nuestro humilde concepto, las que llevan los números 878 y 879 (229 y 275 de la numeración antigua). La primera tiene el toque ménos aterciopelado al parecer; el grupo de ángeles que sostiene á la Reina de los Cielos es ménos rico y armónico, la cabeza es ménos extética, aunque muy bella, ménos celeste y más humana que la segunda, que es la personificación del éxtasis divino, y que debe ser la preferida. Ciertamente que en ella las figuras tienen la mitad del tamaño natural, pero su color es más blando que la otra *Concepcion*, en nuestro concepto inferior, que enriquece el museo del Louvre. Los ojos, la cabeza de la del Museo del Prado se anegan en los efluvios de la beatitud celeste. Es incontestable que Murillo daba á las líneas de sus cabezas de Vírgenes, ménos estilo que Sanzio, y tuvo el defecto de hacerlas lindas en vez de hermosas: no obstante, supió animarlas de tan pura expresión, tal goce divino, que por nuestra parte nos conmueve más una Vírgen de Murillo que una madona de Rafael. No se crea que establecemos comparación entre ambos maestros, cuyas cualidades son tan diferentes, por no decir opuestas, no hacemos más que declarar una impresión personal. En su estilo *vaporoso* debemos citar también el *Martirio de San Andrés*, cuyos contornos están hechos como los de las *Concepciones*.

*Rebeca y Eleazar* está tratado con el estilo *cálido* que más justamente debiera llamarse duro. Es, en efecto, este cuadro, por su intensidad, por el tono cortado de su claro oscuro, algo que parece compuesto bajo la impresión directa de Ribera. Las cuatro figuras de mujeres colocadas cerca de la fuente, á la derecha y vistas en plena luz, tienen un vigor asombroso. No se aperciben á primera vista, al ménos tal es el efecto que me producen; pero á medida que se miran se iluminan más y más y acaban por destacar sobre todos los objetos que las rodean.

Sólo citaremos la *Conversion de San Pablo*, la *Cabeza de San Pablo*, el *San Francisco de Paula* y *San Agustín*. En cualquier otro museo fuera preciso detenerse más; pero la ri-



queza del nuestro, sus numerosas obras maestras son tales que no tenemos espacio para enumerarlas una por una. El *Cristo crucificado* es curioso, sobre todo bajo el punto de vista de la comparacion que puede hacerse con el mismo asunto que trata Velazquez y se encuentra en la misma sala. Esta comparacion, y perdonen sus admiradores fanáticos, no favorece á Murillo.

Preciso nos fuera recordar á Sevilla para conocer más detalladamente á Murillo. El *San Antonio de Padua* y *Moisés* que allí están, compiten, en opinion de los inteligentes, con la *Escuela de Aténas* y el *Juicio final* en las obras de Sanzio y de Buonarroti. Pudiéramos estar equivocados, pero nos inclinamos á creerlo, sintiendo no poder hacer esta excursion y paralelo artístico en nuestro actual estudio. No obstante, en algo nuestro pesar se aminora por haber podido apreciar con detenimiento la *Santa Isabel curando á los leprosos*, que se ve en el gran salon de la Academia de San Fernando. Ante esta produccion de su pincel se admira á Murillo mejor que en el Real Museo. No creemos que el sentimiento de la realidad pueda llegar más allá, ni que los recursos materiales del arte se eleven nunca á mayor altura. Por las gradas del palacio adelanta la reina de Hungría rodeada de sus servidoras. Arrodillado ante ella, un jóven mendigo apoya su cabeza en una fuente de plata que la reina ostenta en una de sus manos, miéntras que con la otra baña las asquerosas llagas del desdichado. Detras de la reina, á la derecha del espectador, otro leproso ráscase con furia la cabeza. A la izquierda una de las doncellas tiene los buratos del bálsamo. En primer término, á la izquierda, un mendigo se ata las vendas sobre las llagas de sus piernas, miéntras que á la derecha una vieja, acurrucada en los escalones, implora limosna á la régia hermana de caridad. Se ve que todas estas repugnantes figuras se pintaron con una increíble audacia de verdad. Y no obstante, la magia del color es tan grande, el poder de interpretacion tan absoluto, la seguridad del pincel tan magistral, que no es posible reprochar á Murillo la eleccion del asunto. Desaparece por completo ante la pintura. Los dos estilos, suave y duro, se confunden en el cuadro en proporcion tan exacta que Murillo hace de una asquerosa



escena una obra de arte incomparable. Cuando se ha tenido á la vista el color de la *Santa Isabel* no se piensa en contemplar las otras dos composiciones del mismo artista, colocadas en la décima sala, y que representan la *Fundacion de Santa María la Grande*. Queda el alma fascinada, deslumbrada; todo parece pálido en parangon con esta temeridad, con esta *insolencia de color* (y perdonen los críticos de la *Academia*).

Veamos á Velazquez, rey del Museo. Sólo ante sus sesenta y cuatro lienzos que en él se admiran puede verse la fecundidad, los recursos, el juvenil pincel, siempre activo, nunca cansado, de este gran artista. Desde 1623 á 1660, durante treinta y siete años, D. Diego Rodriguez de Silva y Velazquez no descansó jamás. La amistad de Felipe IV no fué para él una prebenda. Sólo Rubens puede igualársele en fecundidad. Y no obstante, en él como en el pintor de Anvers, no se vislumbran huellas de fatiga, de modificacion ó decadencia. Dijérase que todas sus obras se compusieron y ejecutaron en un instante mismo, en una sola hora. Los lienzos de 1624 son iguales á los de 1659. Su incomparable talento llegó á la cúspide, se sostuvo y desapareció en un solo momento. No albergó la más leve sombra de vacilacion ni debilidad. Una imaginacion inagotable, ayudada por la mano más obediente al arte que se ha conocido, fué su secreto. Y debemos repetir que sólo en nuestro Museo puede apreciarse su asombroso genio.

Si en nuestros dias no se diera á la palabra una acepcion distinta de su sentido verdadero, confundiéndola con lo grotesco, nos atreveríamos á asegurar que Velazquez fué el primer *realista*. En todos sus lienzos pintó lo que vió, con franqueza, con sinceridad, sin embellecerlo ni afearlo. No siempre fueron felices sus asuntos de composicion, y lo deploramos; pero al ménos los eligió, y este defecto se atenúa teniendo en cuenta la intimidad de relaciones que le unía al monarca, lo cual exigía una mano siempre dispuesta á aceptar obras de encargo, no dejándole tiempo para escoger las de inspiracion propia. Pero cuando acepta un asunto, sea el que fuere, lo salva colocándolo á nivel de las obras más elogiadas y perfectas, merced á su arte y habilidad de ejecucion. Los *Retratos de enanos*, de *Menipo*, de *Esopo*, de *Mendigos*, del *Bobo de Coria*,



el *Mercurio* y *Argos*, nada prueban en contra de lo que decimos. Son estudios, caprichos de artista, intemperancias de talento y color destinadas á satisfacer algun capricho real ó á no salir del taller, y no obstante la posteridad las admira, porque involuntariamente acaso, puso en ellas el artista la audacia del toque. Bastarán dos ejemplos para que se comprenda nuestra aseveracion. Veamos el *Dios Marte* y *Los Borrachos*. En el primero copia una especie de truhan pendenciero, con algo de soldado, mucho de bandido y musculoso como Atlas. Pintóle tal como se colocó ante él en su estudio por algunos maravendises: sentado, con la mano sobre el muslo, y mirando brutalmente ante sí. Pero, al echar sobre su bajo vientre un trozo de tela azul, formó el encanto de la vista, encanto tal, que no se olvida. La armonía pictórica tiene sus reglas, como la armonía musical, y la observancia de estas reglas produce el goce de los ojos como en ésta el del oído. El número de los *dilettanti* del color, es más corto que el de los de la nota. No necesitamos describir el cuadro titulado *Los Borrachos*; todos han visto sus reproducciones numerosas. Pues bien, todas aquellas facciones vulgares, triviales, bestiales, agrupadas alrededor de un tonel, cantan el poema del vino, como una bacanal antigua ó una orgía de Teniers. Aquellos ojos chispean, aquellas gargantas están saciadas, aquellos cuerpos se prosternan con fervor ante las odres vacías y se tambalean al erguirse bajo el influjo de la embriaguez. Nadie piensa en reprocharle sus modelos ante aquella impresion tan bien copiada, pidiendo distincion y elegancia donde no puede haberla. Velazquez no embellecía, salvaba sus asuntos á fuerza de arte; era verídico, mas no realista en el concepto que hoy se da á esta palabra.

Ningun artista pintó con más franqueza. Su color no tiene la luz y deslumbradora transparencia de Rubens; fáltale finura,—por más que su toque no carece de esta cualidad,—pero reemplaza estas faltas con una intensidad que en tanto grado ninguno de sus émulos posee. Toda su armonía, todo su poder está en la relacion de los tonos entre sí, tonos que rara vez se cortan en la degradacion de la escala. Los verdes, el rosa, los amarillos paja, los azules se confunden sin chocar en un concierto claro, brillante, donde no se ve la disonancia.



No hay ménos de sesenta y cuatro Velazquez en el Real Museo, entre los cuales merecen citarse treinta y dos con preferencia. En este número figuran naturalmente *La Fragua de Vulcano* y *Las Hilanderas*, la admirable composicion conocida por el título de *Las Meninas* y otras muchas que equivalen á las más ilustres obras del arte pictórico. Su notoriedad nos dispensa de describirlas. En cuanto á su aprecio, tendremos que limitarnos á poner en cada una las admiraciones con que las alaba el mundo entero. Sería trabajo más enojoso para el lector que para nosotros. Pero no lo emprendemos. Preferible es detenerse en las ménos conocidas, pues repetimos que cuanto lleva la firma de Velazquez tiene méritos iguales.

El *Cristo crucificado* es una composicion en que abundan las enseñanzas, y más aún por su colocacion al lado del mismo asunto tratado por Murillo. En éste, Velazquez se eleva á las superiores esferas de la pintura de estilo, merced á la correccion del dibujo, cuyas líneas salen con dulzura unas de otras, dando á la figura del Salvador un singular carácter que atribuimos nosotros á los cabellos que caen sobre su pecho y hombro derecho. Es difícil, sin haberlo visto, comprender cuánta sombra solemne da á la figura este detalle fútil en apariencia. La *Coronacion de la Virgen* tambien es de Velazquez, siendo esto su único defecto. El efecto general es blanco y duro; las nubes en que los divinos piés descansan asemejan nieve; de todas sus obras acaso ésta sea la única en que se nota falta de armonía. Si no hubiese pintado el *Cristo crucificado* pudiera creerse, ante este otro lienzo, que forzaba su genio al componer asuntos religiosos.

¿Qué hemos de decir de la *Rendicion de Breda*, conocida por el cuadro de *las Lanzas*? No es pintura, es asombro. El asunto, importante en sí, lo es todavía más bajo el punto de vista de la historia patria, de la que es glorioso episodio. Ya lo analizamos tratado por Leonardo. A la derecha el marqués de Spino-la, que se apeó del caballo, recibe las llaves de la ciudad de manos del gobernador flamenco que ante él se inclina. Detras de ambos jefes está el ejército. A la derecha, detras del vencedor, una compañía de soldados con mosquetes, *lanzas* y banderas, cuyas armas dieron su nombre vulgar al cuadro. En el fondo



la campiña terminada por la ciudad de Breda y dominada por los planos del cielo. Es la composición más vasta de Velazquez, y es mayor aún por su impresión que por sus dimensiones. Hay leguas de terreno entre las figuras de los personajes del primer término y los fondos sobre que destacan. El asunto está tratado con sencillez; pero comparándolo á la composición de Leonardo, se juzga en seguida la distancia que separa al genio del talento. ¡Qué armonía y vigor en los primeros términos! ¡Qué gradación en el paisaje! ¡Qué aire, qué luz, qué cielo! ¡Qué expresión en el rostro del marqués de Spínola, expresión de esa justa benevolencia que un noble vencedor tributa siempre á un vencido glorioso!

Hablar de los cuatro retratos ecuestres de *Felipe IV*, de *Margarita de Austria* y de *Isabel de Borbon*, de los de la *Infanta doña María*, de los infantes *Fernando de Austria* y *D. Carlos*, del soberbio *Duque de Olivares* y del *Escultor Alonso Cano*, colocados ambos en el salon de Isabel II, fuera caer en repeticiones que se agotan hasta para las más merecidas alabanzas. Necesitaríamos dedicar muchas páginas á cada una de sus obras. Recomendamos, para terminar, á los artistas que quieran sorprender el secreto del toque de Velazquez, que estudien, pues nunca lo harán bastante, los dos retratos de su hija que se admiran en el Museo. Una hora que se emplee en analizar delante de estos dos lienzos, enseña más que cuanto pudieran nuestros humildes juicios, decir en una frase acerca de este asunto. En estos lienzos se ve el procedimiento del maestro, aún cuando no es posible imitarlo.

Como pintor de retratos, Velazquez se ha comparado á Van-Dyck. Por grande que sea nuestra sincera admiración á este ilustre compatriota, no seguiremos tal opinión. Ambos pintores se ven en el Museo con obras maestras en dicho género. Fácil es, pues, compararlos. Velazquez con la *Infanta doña María*, el *Duque de Olivares* y *Alonso Cano*; Van-Dyck con el *Conde de Bristol*, la *Condesa de Oxford* y el *Organista Liberti*, Velazquez supera ciertamente á su émulo por el sentimiento de la vida y de la realidad; mas aún cuando Van-Dyck no posee ámbas cualidades en grado tan eminente, reemplázalas con otras que en el órden estético son superiores; la ex-



presion, la nobleza de actitud, la elegancia de ejecucion. Todo está combinado con profunda ciencia para que tenga relieve aquella que es más importante. ¡Cuánta elegancia y nobleza en el detalle, en el porte de la cabeza, en el gesto, en la actitud, en los enlaces de cabeza y manos, en los pliegues más insignificantes del traje ó manto! ¡Qué dignidad en la mirada! Sangre patricia circula por las venas y da á las carnes la frescura de la flor y el aterciopelado del fruto. Ciertó que los retratos de Velazquez impresionan, porque nos han transmitido con una exactitud evidentemente escrupulosa aquella expresion de egoismo, ignorancia indolente y hastío profundo que caracteriza á la raza de Felipe II. Pero dista mucho todo ello de la inteligencia activa, del espiritual fulgor que ilumina las cabezas de Van-Dyck. Esta impresion viva al principio no se atenúa con una más atenta observacion.

Por último, en los paisajes de *San Pablo visitando á San Antonio*, en la *Vista de Aranjuez*, en las dos *Vistas de jardines* Velazquez es el mismo maestro. Lo es por su ciencia, que se sacrifica oportunamente, por la ligereza con que su pincel hace circular el aire á traves del follaje de los árboles, por el efecto que produce con toques tan rápidos como seguros. ¡Feliz él! Su imaginacion era fácil, ágil y rica, su inteligencia se equilibraba, su genio era favorito del arte, y en él se reunieron las más raras dotes; la variedad en la unidad, la fecundidad sin agotamiento y la eterna juventud del genio! Escasos son en número los artistas que ganan en reputacion cuando se los conoce, y cuyas obras no cansan nunca la mirada. Rubens, Veroneso, Ticiano, Corregio se cuentan entre ellos, y con orgullo legítimo nuestra patria une á esta pléyade gloriosa el nombre de Velazquez de Silva.

De Velazquez á Bayeu, honda es la caida, completa la noche y la decadencia absoluta. Los extraños, Luca Giordano, Ranc, Houasse, Mengs, Miguel Vanlío, no tuvieron talla para levantar la escuela española y formar discípulos de vital temperamento. En el Museo no hay verdaderamente obras de Bayeu. Para conocer á este insulso imitador de Natoire, debe hacerse una excursion á la catedral de Toledo; en cuyos claustros hay frescos que va destruyendo el tiempo por



estar expuestos á la intemperie. No somos iconoclastas, pero confesamos que el *tempus edax* hace en este punto una obra digna de elogio.

Para encontrar un artista de valor real, es preciso llegar á Goya y Lucientes, que nació en 1746 y murió en Burdeos en 1828, en estado próximo á la miseria. Goya no es conocido en el extranjero más que por sus grabados de los *Caprichos* y la *Tauromaquia*: aparte de dos ó tres retratos que había en la galería española formada por Luis Felipe, no creemos que en Francia se encuentren pinturas de este autor. En nuestra patria abundan. Además de las del Real Museo, las hay en la Academia, en casa del señor duque de Osuna, en la de Salamanca y en la del Sr. Madrazo. El Museo posee un *Retrato ecuestre de la reina María Luisa*, *Un picador*, una gran composición que representa á todos los individuos de la *Familia de Carlos IV*, y dos importantes cuadros de la revolución del 2 de Mayo. Al llegar á este autor no quisiéramos emitir opiniones que han de censurarle. Goya, que no era dibujante ni colorista en el verdadero sentido de estas palabras, lo era, sí, á su manera, desdeñando los primeros elementos del arte, y reemplazándolos con una fogosidad que era su originalidad, y le hizo hallar efectos que nadie se hubiese atrevido á buscar. Su dibujo es movido, fuerte y original; su color es bajo y pálido. Dijérase cubierto por una gasa; mas su impresión es viva y verdadera. Tenía el *diablo en el cuerpo*, como dijo Theófilo Gautier. Los caballos del *Episodio de la invasión francesa* son animales apocalípticos; pero en aquella confusión y laberinto de formas y colores, hay una figura que se lanza sobre un mameluco á caballo y lo acuchilla, movido admirablemente y con estilo casi antiguo. Por lo demás, cuando Goya quería ser más reposado y contener su talento, podía hacer y sabía. Véase si no el hermoso retrato de mujer que posee el Sr. Salamanca, y otro, el conocido vulgarmente por *La maja echada*, que está en la Academia. Este lienzo está pintado por los dos lados, según se dice, y el reverso, que no se enseña más que á los elegidos, representa á la misma mujer completamente desnuda. Nosotros no lo aseguramos porque no somos de los elegidos. Descendiente ya débil, en



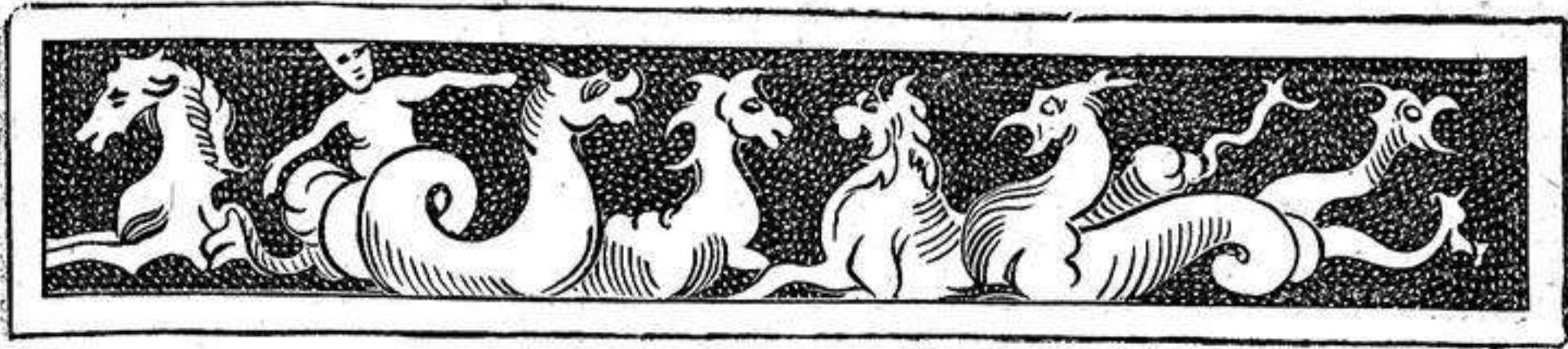
nuestro concepto, de Ribera y Velazquez, Goya pertenece, no obstante, á su escuela; mas con él desaparece su tradicion.

Goya introdujo en lo cómico el elemento fantástico. Goya no tiene nada de especial, ni cómico absoluto, ni cómico puramente significativo. El aspecto general en que ve las cosas es fantástico, ante todo. Los *Caprichos* son maravillosa obra, no sólo por la originalidad del pensamiento, sino por la ejecución. Goya más que grande es aterrador. Une á la alegría, á la jovialidad, á la sátira española del tiempo de los clásicos, un talento mucho más moderno, el amor á lo imposible, el sentimiento de los contrastes violentos, de los espantos de la naturaleza y de las facciones humanas singularmente embrutecidas por las circunstancias. Goya es el espíritu pictórico que debía venir despues del gran movimiento satírico y demoledor del siglo XVIII, y soñaba con todas las hipérboles de la alucinacion, con las sombras de la religion y las claridades de nuestro cielo, con las caricaturas monacales y las mujeres españolas. El gran mérito de Goya consistió en crear lo monstruoso verosímil. Sus monstruos son vitales, armónicos. Nadie fué más allá que nuestro artista en el camino de lo absurdo, dándole fuerza de humano. Hasta bajo el aspecto de análisis particular de la historia natural, sería difícil condenar sus creaciones por lo análogas y armónicas. En una palabra, la línea de sutura, el punto de union entre lo real y lo fantástico, no se distingue; es una vaguísima frontera que el analítico más sutil no podría trazar con tanta naturalidad é importancia.

EDUARDO LOPEZ BAGO.







## EL PESIMISMO EN ALEMANIA.

---



AL comparar las instituciones de Alemania con las de otros países no es mi ánimo deducir consecuencias desfavorables para aquéllas; sólo tratamos de resolver por el estudio de los hechos una cuestión que preocupa altamente á los espíritus amantes de la filosofía y de las ciencias sociales. Tomando por divisa las bellas palabras de Spinoza, que deben servir de guía á todo el que se dedique á la investigación de la verdad: «*Neque flevē, neque videre, sed intelligere*», no pretendo dilucidar más que las causas sociales á que se deben las tendencias pesimistas de la Alemania actual; y, sin fijar la atención en las puramente intelectuales, ó por lo ménos no insistiendo mucho sobre ellas, me dedicaré especialmente á estudiar el medio, que es para el pesimismo lo que un terreno fértil para el desarrollo de la planta.

Hay mil cosas en la vida que por sernos, desgraciadamente, bastante familiares las miramos con desprecio, como indignas de ocupar nuestro pensamiento, que reservamos para materias más importantes, y fijos en esa idea pensamos que entre los hombres científicos y esos hechos insignificantes nada comun debe haber. Un exámen detenido nos hace ver, sin embargo, que la ciencia se debe á todas las verdades; por pe-



queñas y banales que sean, asegurémonos solamente que son hechos y no los despreciemos por herirnos continuamente la vista. Si es cierto que el oro, por regla general, se encuentra escondido á alguna profundidad, y que para extraerlo es preciso abrir pozos y galerías, no lo es ménos que su valor depende de su naturaleza y no del sitio que ocupe; las arenas de algunos rios nos dan por el lavado cantidades apreciables de aquel metal y no las despreciamos por presentarse en la superficie. La sociología es, sin duda, entre todas las ciencias la que tiene que fijarse más en los pequeños acontecimientos: recoge, por decirlo así, oro en todas partes donde viven y obran seres humanos, lo mismo en el campo que en la ciudad, en la iglesia que en el salon de baile ó en el gabinete del sabio. No debemos entresacar aquellos que convengan á nuestro objeto, sino clasificar y estudiar todo lo que pueda considerarse con justo título como hecho social.

Estas reflexiones me han llevado insensiblemente á investigar por qué ha encontrado el pesimismo en Alemania un suelo tan favorable, contando tan gran número de adeptos entre la juventud que frecuenta las aulas, y se halla representado en la filosofía, la poesía, la música y la pintura por hombres de la talla de Schopenhauer, Hartman, Wagner y Hamerling. Aparte de las causas puramente intelectuales, creo que se pueden dividir las otras en tres grupos que podríamos llamar físicas, políticas y sociales. Las primeras son aquellas que por su consorcio íntimo con el estado físico del individuo, afectan su ánimo y le predisponen á caer en el pesimismo; las sociales no se refieren al hombre en su aislamiento, sino en sus relaciones con sus semejantes, y se distinguen de las políticas en cuanto éstas se presentan solamente cuando consideramos al individuo formando parte de la colectividad Estado.

## I.

Salta inmediatamente á la vista que uno de los principales gérmenes del pesimismo es la educacion escolar. Desde sus más tiernos años el estudiante aleman se encuentra agobiado.



de trabajo, y esta ruda tarea se complica más y más á medida que avanza en sus estudios, hasta entrar en la Universidad (1). No sólo asiste á clase desde las ocho en invierno y siete en verano, á tres ó cuatro de la tarde, sino que se hallan tan absorbidos en sus tareas, que he visto alumnos de la division inferior de segunda (*inter secunda*) clavados en su silla hasta media noche, sin gozar un solo momento de descanso (2). Para él son desconocidos los juegos y ejercicios al aire libre, que dan color á las mejillas y vigor al pensamiento; emplea generalmente sus ocios en leer, y cuando cree que su edad le impide jugar con sus amigos, va gravemente á pasear á algun jardin público ó al parque de un castillo. Esto, que para un viejo sería un ejercicio excelente, de nada sirve á un jóven que ha reconcentrado su energía vital á fuerza de estar sentado sobre el duro banco de las clases. La gran importancia dada por Inglaterra á los ejercicios corporales ha hecho nacer la costumbre que obliga al estudiante inglés á protegerse á sí mismo (3) y que tan grande y benéfica influencia ejerce sobre su carácter. En Alemania el estudiante tiene el duelo; pero este sólo se verifica entre los individuos de un mismo cuerpo (*verein*), y éstos pertenecen en general á la aristocracia, son condes, duques, príncipes, etc., que vienen á darse un barniz universitario; las confederaciones (*burs chenschaufften*) compuestas de hijos de profesores, mercaderes, etc., no le autorizan. En el estado actual de la sociedad, el duelo es una antigualla; el jóven perteneciente á un cuerpo que, miedoso y espadachin á la vez, se acoraza de piés á cabeza ántes de cru-

---

(1) El ministro de Instrucción pública de Berlin envió no há mucho tiempo una circular á los padres, para informarse del número de horas que los niños consagran al estudio y remediar el mal.

(2) El autor de la obra titulada *German Home Life* da á conocer el mismo abuso en las escuelas de niñas.

(3) Combatir con los puños es el procedimiento natural y nacional de los jóvenes ingleses para arreglar sus querellas. Esta clase de duelo tiene sus reglas, sus testigos y su público. Cada combatiente es auxiliado por dos de sus amigos, que le limpian el sudor y le dan una silla para descansar entre dos asaltos y éstos se repiten durante media hora, hasta que alguno de los asaltantes no puede tenerse sobre sus piernas. Al fin del combate hay ojos saltados, caras amoratadas y áun algun dedo roto ó labio hendido. (Taine. *Notes sur l'Angleterre*, cap. IV.)



zar las espadas, deja muy por detras á D. Quijote. El estudiante inglés tiene sobre esto una opinion más racional, despreciar á todo aquel que se bate por vanidad.

Los profesores alemanes aplican todas sus fuerzas á desarrollar la inteligencia, pero no se preocupaban de formar el carácter, y no es solamente por negligencia, sino que parece tienden de antemano á destruirle, empleando palabras poco cultas é indignas de ser pronunciadas por un hombre: *Eres un asno. Mientes. Du Ezel. Du Leigst.* El alumno está tristemente abandonado y sacrificado al maestro, que exige de él una sumision completa de pensamiento y de accion; de aquí proviene que en su presencia aquél disimule é invente excusas y pretextos, en tanto que le ridiculiza y se burla de él á sus espaldas. En América se trata á los jóvenes como hombres, y este arte de sacar partido del sentimiento del honor es completamente desconocido en Alemania. Las escuelas de esta nacion han sido siempre en extremo alabadas y se las ha propuesto como ejemplo al mundo entero; merecen, sin duda, su reputacion en lo que concierne á la enseñanza; pero en la educacion y cultura del carácter es otra cosa, y el sistema de escuelas públicas americanas vale mucho más. Contemplad el pálido rostro de ese joven que ha consumido sus fuerzas en el estudio; en vez de vivir al presente, como lo exige su edad, vive por completo en el porvenir. Espera con impaciencia la hora en que hará su entrada en la Universidad. Se ve de antemano con su casquete de color, calzadas sus grandes botas, con la espada en una mano y el vaso en la otra, burlándose de todas las leyes y todas las restricciones que ha sufrido ántes. Pero ¿qué queda de esta risueña perspectiva? Su imaginacion cautivada por el encanto de la novedad, nada en las delicias mientras duran las ilusiones que cubren de flores su camino; mas al cabo de pocos meses se cansa del dulce *far niente* á que se ha entregado, de los inofensivos duelos y de las olas de cerveza que ahogan sus facultades. Su cuerpo debilitado por el exceso de trabajo no resiste largo tiempo á esos placeres groseros, su debilidad física se complica con remordimientos que sufre por el tiempo perdido, y de aquí nace la enfermedad que los alemanes han designado con el nombre de *moralische kat-*



*zen jammers*. Sus antiguos hábitos de asiduidad, un resto de loable ambición le hacen odiosos estos bellos días tejidos de pereza y tedio, y ensaya en vano resucitar el papel del estudiante romántico de otros tiempos. Un estómago estragado, un profundo desencantamiento, preparan el camino al pesimismo, y en todo caso su educación en el gimnasio ha contribuido mucho á turbar la paz y el contento de su espíritu.

## II.

Antes de pasar á las causas puramente sociales, es preciso penetrarse de un hecho que no debemos perder de vista, que el alemán es por su naturaleza muy sentimental y que los pensamientos profundos y verdaderos son para él un elemento de vida y sufre cuando se ve privado de ellos. Esto supuesto, pongamos en primera línea entre aquéllas, la ausencia del hogar doméstico, de lo que los ingleses llaman *home* y los alemanes *deutsche Heim*, *Heimwesen* y aunque cantadas sus excelencias, por éstos en prosa y verso, en realidad no existe. En la ciudad, las grandes casas con sus habitaciones en todos los pisos, no permiten la vida de familia y son, más bien, fondas. No se está en ellas tranquilo, léjos del mundo y de la agitación de la calle, y al abrigo de las excitaciones del egoísmo, de las banalidades de la vida y de los negocios. No es esa fortaleza donde se puede despojar el hombre de la máscara social y presentarse tal cual es, donde el puro idealismo está en seguridad contra las burlas de sus enemigos y encuentra el individuo un antídoto contra todas las amarguras de su existencia; este dón precioso falta por completo al alemán. Donde se deja sentir en mayor grado su ausencia es en las jóvenes generaciones. El padre mercader, industrial ó funcionario público tiene su sociedad de hombres y con ellos pasa la mayor parte de sus ocios en el café. La madre tiene también sus reuniones y sus visitas femeninas, en las que el marido no interviene, y en muchas ciudades va al teatro acompañada solamente de una criada; los niños salen de sus cuidados como pueden, en ausencia de sus padres.



Se nos dirá que el francés, al ménos el de las grandes ciudades, no tiene hogar doméstico ni *home*, y sin embargo pasa tranquilamente su existencia. Ante todo, no está demostrado que la idea que, en general, se tiene en el extranjero de las costumbres francesas, corresponda á otros que á la juventud disipada y á los *bons vivants* de Paris, y aunque estuviesen extendidas entre toda la sociedad; hay entre la naturaleza del francés y del alemán diferencias tan radicales, que necesariamente han de resultar efectos totalmente opuestos. El primero se burla del sentimentalismo germánico y de sus platónicas contemplaciones; á sus ojos Voltaire retrató el mundo con admirable perfeccion. Se atribuye generalmente su ligereza de alma á que no goza de la vida de familia. ¿No sería más justo decir que su carácter frívolo es el que le hace abandonar su casa, y que su falta de hogar doméstico es el efecto y no la causa de aquella? El carácter inglés es esencialmente el mismo que el del alemán; no podría vivir sin alimentar su alma con profundos pensamientos, y sin embargo, con la institucion del *home* resiste heroicamente á la invasion del pesimismo. Difiere, por otra parte, de aquél en que sus facultades intelectuales tienen mayor imperio sobre sus emociones; en tanto que Fichte se abandonaba á su pasion por la ciencia, Bacon trata de establecer el predominio del hombre sobre la naturaleza, y si en Alemania el hombre tiende los brazos á Schopenhauer y se arroja en el pesimismo, el inglés se refugia en la indiferencia de Hume.

¿Qué relaciones median hoy entre los jóvenes de aquella nacion? Por regla general, sólo se encuentran en las reuniones y los bailes, donde reina una etiqueta en extremo minuciosa, y donde el buen tono manda engañar al mundo con nuestras maneras y una conversacion insípida. Hablar franca y seriamente es imposible, y de aquí depende que el alemán se halle contrariado en sus más caras afecciones y odie á la sociedad tal cual es.

Recuerdo la descripcion de un baile que hace un poeta lírico pesimista; en su pintura fiel y cáustica, nos da á conocer los sentimientos de gran número de jóvenes que se enrojecen y bajan los ojos delante de los hombres, y á solas asombran con las



observaciones que salen de la boca de la tímida doncella. ¿Cuánto más valdrían si comprendieran la belleza de las almas puras y sinceras?

Las reuniones íntimas, en las que el jóven pueda ofrecer á su vecina una amistad leal y cándida, faltan por completo, y en la poesía los idilios amorosos como *Hermam y Dorothee*, *Luisa de Wors* y el *Oberhof* de Immerman, son completamente desconocidos. Los cantos patrióticos y guerreros de Buckert viven todavía en algunas mentes como recuerdos de la infancia; pero las bellas poesías en que su musa elocuente canta el amor dichoso y correspondido, canciones sentimentales, sin duda alguna, pero muy distantes del pesimismo, han sido ya olvidadas. Cuando los poetas modernos de Alemania quieren pintar cuadros llenos de alegría y dulzura, colocan la escena en otros países y otras edades, como Scheffel y Kinkel. La patria y los tiempos modernos no ofrecen asuntos á la poesía lírica y pastoril, síntoma marcado de la enfermedad que corroe las entrañas de la sociedad. En la música, ningun tema perfectamente nacional estimula la imaginacion ni revela la asociacion de ideas, y de aquí esta imitacion perpetua de melodías esclavas que hacen brotar en los espíritus ideas plásticas y sentimientos místicos. Con sus aires dulces y vagos, sombríos y agradables, que se traducen con frecuencia en amorosos recitados, son la expresion de la naturaleza que el aleman adora, y que en ninguna parte encuentra; caracterizados por disonancias extrañas que recuerdan las contradicciones del dibujo, terminan brusca y vagamente, causando una decepcion, en vez de dejar en el ánimo del auditorio impresiones agradables. Hoy se exige que la música excite los nervios, es preciso que el auditorio vibre y se agite como los movimientos del corazon febril; un oido estragado quiere esos acentos ardientes y desesperados; poco importa que sobrevenga la reaccion y deje al alma extenuada y vacía. Así el hombre en Alemania, despues de trabajar enérgicamente durante todo el dia, se pone con el vaso en la mano á escuchar su música nacional; las danzas esclavas y los czardes magyares le transportan á Oriente y le hacen sentir la influencia del opio respirando la desesperacion y el fatalismo. Si existiera la vida doméstica, rodeado de



la bienhechora atmósfera de su hogar, escaparía con frecuencia de los ataques de la melancolía.

Schopenhauer trata á las mujeres con implacable dureza, fundado en premisas pesimistas; yo creo que este mal, si no ha nacido de la humillacion de la dulce mitad del género humano, en ella ha tomado fuerzas. Si la privacion de los juegos y ejercicios al aire libre ejerce funesta influencia sobre los escolares, el jóven sufre tambien con la falta del hogar y la sociedad.

El idealismo, ya lo hemos dicho, es el fondo de la naturaleza del aleman, que sin él no podría ser dichoso y, sin embargo, hoy es vivamente contrariado en sus más caras afecciones, porque en la manera de ser actual de la familia y la sociedad, el realismo corta el vuelo á la fantasía.

La juventud tiene que buscar desde temprano su pan diario y llevar sobre sí el peso de su existencia. Antes, el jóven se mostraba siempre con sus cabellos flotantes y el traje roto ó raído, y era recibido hasta en los salones más principales, á pesar ó quizás á causa de su independencian; su pobreza le hacía respetar, y gozaba deliciosamente de la vida, sin tener dinero y sin desearlo, pues hubiera manchado sus manos de filósofo y de poeta. Leía en los ojos de su Margarita que era amado, y cuando llegaba á su edad madura, obtenía en su pueblo algun pequeño empleo, haciéndose profesor, bibliotecario, etc., y con su mujer é hijos, orgulloso de sus recuerdos juveniles, que reanimaban su espíritu, daba al olvido los cuidados materiales.

Tal era hace treinta años la vida del estudiante en Alemania. Se traslucía siempre, debajo de sus melancolías y lamentaciones, contra las costumbres políticas y los hábitos sociales, una satisfaccion interior; quizás le desagradaba el medio ambiente, pero parecía contento de su existencia. Inundada su alma por el fuego sagrado, se desahogaba en excentricidades poéticas ó en atrevidas teorías hegelianas, sufriendo el martirio político con sorprendente calma. Sus imprecaciones se dirigen no á la vida en general, sino á la parte que le ha correspondido. La melancolía wetcheriana le seduce por su parte estética, y se envuelve en ella como en un bello y negro manto; sus gemidos armoniosos y sus invectivas eran las efusiones de su



exceso de energía y de espíritus animados, y no la expresión inerte del pesimismo actual.

El melancólico tenía afecto para el mundo y hablaba con gusto de sus tristezas, porque no intervenía él para nada: el pesimista hace profesión de indiferencia. Aquél le podemos comparar al filósofo que dice: «No es ésta la senda que lleva á la verdad,» y no al escéptico exclamando: «Ningun camino conduce á la verdad.» Carlyle le hubiera definido, *un adorador de la melancolía unido con el espíritu del tiempo*, en tanto que el pesimista se une al espíritu todo entero, porque siente que es hijo de su tiempo. El misántropo ama al hombre y guarda su odio para la sociedad.

¿Qué diferencia entre aquella época y la nuestra? ¿Qué queda de la admiración que el mundo otorgaba al filósofo ó al poeta pobre? Lo que ántes constituía su orgullo, hoy se vuelve contra ellos. Conozco un poeta alemán de gran valer y de una merecida reputación, á quien la sociedad trata sin los miramientos que le son debidos, porque no puede ofrecerle una hospitalidad costosa; otros inferiores á él, pero más ricos, son los héroes del día. El genio no basta al jóven idealista, es preciso ser hombre de negocios, tener dinero, vestirse á la moda y peinarse como todo el mundo, ó ser objeto de pública irrisión, porque el entusiasmo artístico ha decaído ya. Como Hamlet, el jóven pensador no es comprendido por sus amigos, se hace indiferente y siguiendo el ejemplo de Schopenhauer desprecia al género humano. ¿Dónde busca, en su aflicción, un refugio para su ideal? ¿En su hogar, en su familia, cerca de su esposa? No, carece de todo esto. Se concentra, pues, en sí mismo y oculta los tesoros de su ciencia. Allí no duda de nada, no tiene afrentas ni sujeciones que sufrir y se remonta á las más altas cimas del idealismo, y no piensa en descender para sacar de polvo de la calle la moneda que asegura su subsistencia. Es dueño y rey de su voluntad, y exclama con orgullo: «El mal está en todo lo que me rodea, y el bien en mí solamente; estoy fuera del mal, puesto que reconozco su existencia.» Tal es la base inconsciente de todos los razonamientos del pesimismo.

El nihilista nada desea en este mundo; ha concluido con to-



das las aspiraciones de la vida renunciando á todo, y mira correr el tiempo como si le fuera indiferente. Optimismo y pesimismo son dos formas de movimiento: el nihilismo es la inercia; aquéllos son susceptibles de aumentar ó disminuir, éste le podemos representar por cero.

Las condiciones y circunstancias sociales que hemos mencionado determinan, ó el indiferentismo como en Francia, ó el pesimismo como en Alemania. No hay otra alternativa. Este último es en la filosofía práctica lo que el escepticismo en la filosofía teórica; las dos tendencias son simples transiciones al curso del desarrollo intelectual. Atestiguan la una y la otra que el hombre quiere salir de su letargo, que aún le resta energía. Como el nadador que se arroja de cabeza al agua, la primera impresion es desagradable; pero una saludable reaccion no se hace esperar. Una nacion que no es indiferente ni gastada, sino pesimista, da pruebas de energía vital y de potencia. El pesimismo actual no tendrá larga duracion; se ven surgir por todas partes, aún en su mismo campo, tentativas para combatirle, ó más bien para ponerle remedio. Se le estudia, señal de que su fin se aproxima.

«Volvamos á la naturaleza,» es el grito de guerra. Leed *Tristan é Isolda*, los *Nibelungen* ó las otras obras de Wagner, las novelas de Heyne, la última de Gortzkow *Die Nemensera pions brüder*, todas parecen decir: «Romped con las leyes sociales, tan frias, tan secas, tan artificiales, y que matan los verdaderos sentimientos y la individualidad. Lo humano no es un vicio, es, por el contrario, la virtud por excelencia. La humanidad no es un monstruo del que debemos huir, es el producto más bello y sublime de la naturaleza. Entremos, pues, en posesion de ésta, pura y sencilla.» Admiro como el genio de la historia sabe presentarnos, la víspera de una reforma, las verdades nuevas, bajo los colores más fuertes y más chocantes. Ofenden al principio la vista, pero se imponen despues, toman proporciones razonables y se hacen del dominio público.

Así es cómo fogosos apóstoles del sentimiento amenazan reducir á polvo las instituciones sociales más necesarias. Dejémosles decir: el buen sentido público recogerá lo que es con-



veniente, y la reforma vendrá en su justa medida. Si un árbol está enfermo, se habla primero de derribarlo, luégo nos contentamos con cortarle las ramas muertas y vuelve á la vida. La moral de Rousseau y la filosofía de Hume son excesivas; no han dejado, sin embargo, de dar buenos frutos.

### III.

El pesimismo tiene tambien en Alemania sus causas políticas. Esto parecerá á primera vista paradógico. ¿De qué se quejan? ¿No están en posesion de la unidad nacional, que era desde hace mucho tiempo el objeto de sus votos? Sí; sin duda alguna. ¡Pero á qué precio! ¡Qué diferencia entre la reunion bajo la bandera negra, roja y blanca, y la unidad con los colores negro, rojo y oro! ¡Qué abismo entre la Alemania de 1848, coronada de encina, y con la espada en la mano, de pié sobre la roca de Loreley al borde del Rhin, y la Alemania de 1878 con su casco puntiagudo y su fusil hollando con su planta la Alsacia y la Lorena!

Francia, áun despues de su derrota, es alegre, rica, gloriosa; Alemania, al salir de la embriaguez del triunfo, ha buscado en vano su querida *genialitt* (mezcla de genio y originalidad), y muere bajo el talon del militarismo, que es una necesidad política. Este repugna en alto grado al carácter aleman, mata el individualismo, el delirio, la fantasía y los bellos sentimientos de libertad. En la Alemania del Sud el oficial ha sustituido al hombre de genio, pobre, mal vestido y con el cabello suelto; en lugar de la profunda y conmovedora palabra del poeta, sólo se oye la voz, ó más bien el sonido agrio, monótono y nasal de los jefes. El *turista* se sorprende del cambio que observa en las costumbres. No hace muchos años el aleman tenía algo de la gracia y ligereza francesa, y su saludo fino y amable estaba en armonía con las personas; hoy, el estudiante aproxima vivamente las piernas y baja la cabeza mecánicamente como el soldado.

Despues vienen los efectos de la lucha social y religiosa, el desfallecimiento, la desmoralizacion; ideas, instituciones que la incredulidad respetaba ántes, son discutidas en la prensa con



lenguaje grosero. En un gran número de localidades se ha operado una verdadera revolución; el ciudadano de la clase media no se mezcla con sus compatriotas y amigos, porque el fanatismo ha sembrado la discordia. Los parroquianos de la cervecería se han agrupado en corrillos, y la antigua amistad ya no reina entre ellos. Los sacerdotes disputan con sus penitentes, el marido con su esposa en presencia de sus hijos, y aún la escuela se ha convertido en campo de discusiones. La situación no es brillante. Añadid á esto el marasmo de los negocios y del comercio, y tendreis la fiel pintura de la actual prosperidad política.

La tormenta financiera y mercantil impide á los asuntos mercantiles seguir su curso con tranquilidad y éxito. Todo es incierto, todo parece estar sujeto al capricho de un poder misterioso. Esto depende del abuso del crédito, que se ha erigido en sistema; los esfuerzos personales, la habilidad de las transacciones no tienen ningun valor. Hay fluctuaciones generales, imposibles de prever, que aniquilan las empresas particulares, y en esta lucha contra dificultades, ocultas muchas veces, se muere de incertidumbre y de fatiga. Un hombre que encuentra en su camino obstáculos que pueden más que su voluntad, pierde su valor, y las poblaciones de los países donde el individuo está á merced de la naturaleza, se hacen fatalistas y se abandonan á su destino.

El comerciante moderno siente su impotencia y considera toda operacion felizmente terminada como un favor del azar. La misma diferencia en nuestras guerras: cuando una batalla era un gran duelo, el combatiente se fiaba en su destreza y sentía orgullo en deber su vida á su valor y fuerza. ¿Cuáles serán los sentimientos del soldado moderno, inmóvil ó en marcha, bajo el fuego enemigo y esperando que una bala perdida corte el hilo de su existencia? Se necesita un valor frio é imposible que no todos poseen.

Otra causa política muy importante es el espíritu de centralizacion. El aleman ha debido, en gran parte, su desarrollo intelectual á su particularismo, que tanto favorece la preponderancia del individuo. El genio nacional no tenía un hogar ó centro único, era alimentado por corrientes que partían de las



más modestas y pequeñas aldeas; este es el secreto de su *genialitt* tan querida. Fischte, incomodado en Jena por su enseñanza, fué acogido en Berlin; lo mismo sucedió á Tuerbach, Schelling y á otros muchos. No puedo representarme al Dante ni al Renacimiento sin la Italia particularista de su tiempo; cada pequeño Estado, para mostrar mejor su independencia, se esforzaba en distinguirse de sus vecinos. La personalidad del Estado se acentuaba, y con este ejemplo bajo los ojos, el individuo se mostraba todo entero. Pensamientos, obras, caractéres que la moda hubiera encerrado en su estrecho círculo, resplandecían en plena luz en toda su grandeza, y su mérito conquistaba una reputacion que se extendía en seguida fuera de las fronteras locales, hasta los últimos límites del mundo civilizado. El que hubiera sido desdeñado en otro tiempo por uno de esos pequeños soberanos que brillan como soles y oscurecen las estrellas, encuentra de seguro en alguna parte apreciadores y admiradores cuyos elogios son desinteresados y que no carecen de gusto.

El rasgo característico por excelencia de Alemania es tener cientos de pueblos que son Aténas en miniatura, y en las que hay un oráculo literario cuya autoridad es reconocida y que se estima dichoso en ser escuchado. Sus ideas, que en una gran ciudad se enterrarían en sus libros, ó no las conocerían más que sus amigos literarios, salen aquí de sus labios, se extienden por su auditorio y la instruccion penetra por todas las capas sociales. Todo esto existe aún en una cierta medida; pero es incontestable que la centralizacion marcha á pasos agigantados, y que la igualdad en la educacion está en descenso á expensas de la *genialitt*. El prestigio de las pequeñas aldeas va siendo poco á poco absorbido por Berlin y los otros grandes centros; el nombre sólo de aquél es una autoridad en boca del público, y al querer luchar contra esa autoridad el sabio de las ciudades inferiores, se pone en ridículo y hace el mismo papel que un idealista de largos cabellos mirándose al espejo en un salon de baile.

La tendencia se anuncia en las universidades de Berlin y Leipzig, que eclipsan paulatinamente á las más antiguas y célebres, como Heidelberg, Jena, Gottingue, Halle, Tubingue,

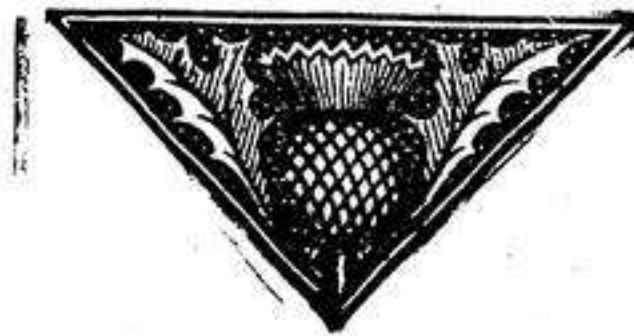


Marbourg, etc. El número de estudiantes de aquéllas va siempre en aumento, oscila hoy entre dos y tres mil. Heidelberg, que contaba no ha mucho mil doscientos ó mil cuatrocientos no tenía más que seiscientos, en el curso de 1874-75. Berlin se esfuerza en atraer hácia sí todos los hombres ilustrados; en pocos años reúne un Keller, un Kirchhof y otros no ménos notables. Este espíritu de centralizacion no desmaya, y no se sabe dónde terminará. Las grandes ciudades, cualesquiera que sean su mérito y sus defectos, tienden constantemente á debilitar el sentimiento y el idealismo, y la vida elegante no hace del alemán como del francés un indiferente, sino un pesimista; arroja por lo ménos los gérmenes del pesimismo.

Podemos decir, en conclusion, que el estado actual de Europa está cargado de estas tendencias, y negras nubes suspendidas sobre nuestras cabezas nos amenazan con sus terribles tormentas, cambios de religion y en las instituciones de todas las naciones. Se sienten llegar guerras, sangrientos trastornos, y si el genio de este pobre globo se durmiese durante un siglo, no lo reconocería al despertar.

Acabamos de ver cuáles son las causas sociales; el capítulo de las intelectuales ha sido tratado á fondo por Mr. James Lully. Esto no era una razon para pasar en silencio las otras; si las primeras no han dado origen á las segundas, son compañeras inseparables. Si un filósofo cree conveniente refugiarse en las abstracciones impersonales, no puede prescindir del medio que le rodea; su espíritu sufre las influencias del pasado, y nadie podrá decir de él: «No; las instituciones sociales no han ejercido influencia sobre sus juicios y sus opiniones.»

CHARLES WALDSTEIM.







## TIPOS EXTRANJEROS.

---

### EL DOCTOR WILLIAM STOKES.



UANDO en 1858 tuvimos la honra de conocer por primera vez al hombre eminente cuyo boceto personal vamos á presentar á nuestros lectores, hacía ya muchos años que la casa por él habitada venía siendo el centro de reunion escogido, no sólo por las lumbieras que la ciencia posee en la capital de Irlanda, sino tambien por todas las notabilidades literarias que, atraídas por su fama, acorrían de todos los ángulos del mundo con el único fin de ver y admirar más de cerca al esclarecido doctor, á cuya tan frugal como hospitalaria mesa se sentaba diariamente, á más de los miembros de su numerosa familia, algun ilustre extranjero.

El autor de estas líneas debe á una mera casualidad el haber adquirido conocimiento con el célebre doctor, debiendo agradecer esta honra á uno de sus hijos. Tan pronto como por éste supo que á la sazón éramos uno de los alumnos del colegio de la Trinidad, y que, forasteros en Dublin, apenas teníamos relacion alguna en la capital, contando asimismo con reducido número de amigos, nos ofreció reiteradas veces y con suma cordialidad su deliciosa quinta, situada á orillas del mar, de modo que no sólo, aceptada la oferta, gozamos del solaz que



necesitábamos, sino que tratando con más intimidad á nuestro esclarecido huésped, aprendimos de él mucho más quizás que la innumerable falanje de estudiantes á quienes cabía la honra de asistir á sus explicaciones prácticas en el Hospital general de la localidad.

Así pues, con mucha frecuencia empezamos desde entonces á recorrer en su compañía aquellos enmarañados bosques, dirigiendo particularmente nuestras excursiones al pintoresco valle de Howth, aprovechándose él de estas circunstancias para estimular nuestra afición al difícil estudio de la medicina, y valiéndose para ello de elocuentes discursos sobre el tratamiento de las fiebres, de los desarreglos del sistema nervioso y de las afecciones de pecho; empero no dejaba de llamarnos la atención el observar con cuánta destreza evitaba todos los detalles pesados y desagradables, intercalando para amenizar nuestros interesantes discursos, siempre que la oportunidad lo permitía, alguna advertencia suministrada por la larga práctica en el desempeño de las funciones propias de su profesion, durante su estancia en los departamentos del Oeste, donde se entregaba á la vez á los estudios históricos de Irlanda, entresacando los romancescos episodios que con tanta maestría sabía luego describir con la propiedad y vida que caracteriza á Walter Scott.

Era tal su temperamento que no recordamos haberle nunca observado hablar, andar ó ejecutar acción alguna apresuradamente, y con mucha frecuencia le hubierais visto en medio de las fuertes tempestades de verano suspender deliberadamente su marcha; sacar la caja de rapé, y, despues de tomar con mucho aplomo un buen polvo, continuar su interrumpida narracion mientras la lluvia caía á torrentes sobre la cabeza de los interlocutores, pues tenía proscrito el uso del paraguas por considerarlo ridículo, manía que hacía aplicase á los que no eran de su parecer el apodo de *umbelíferos*.

Jamás se le pudo inducir á ocupar en la mesa la presidencia, ni gustaba de distribuir las viandas, dedicándose tan sólo á animar la conversacion secundado por el luciente círculo de su inteligente é ilustrada familia.

Si alguna vez acontecía que los huéspedes se distinguiesen



por su templanza, sobriedad y poca experiencia, se complacía en mistificarlos con la exposicion de las más extraordinarias y violentas teorías, en cuyo caso sus hijos daban asimismo inequívocas muestras de la buena educacion recibida, escuchando atenta y respetuosamente cuanto salía de los labios de su digno padre, hasta que alguno de los asistentes, extraño á la familia y que no podía aceptar las raras opiniones que el doctor afectaba tener, tomaba á su cargo rectificarlas ó refutarlas. Entónces es cuando nuestro doctor ponía de manifiesto su vasta erudicion y la sutileza de su ingenio, inventando los más maravillosos argumentos y estupendas teorías para el sostenimiento y defensa de su extravagante paradoja.

Por las tardes, despues de haber comido, procuraba oír alguna buena pieza de música, prefiriendo las sonatas nacionales, de las que era en extremo apasionado, aunque no muy inteligente.

Otras veces en las veladas de los dias festivos se complacía en ser el protagonista de algun juguete cómico ó sainete, siendo en la representacion tan ingenioso en combinar gestos y actitudes, que involuntariamente excitaba la hilaridad de los espectadores. En estos casos elegía por aficion especial el papel de vieja, imitando á las de la ínfima clase de la sociedad con tanta precision y maestría que cualquiera lo hubiese confundido con la más gazmoña ó refunfuñona, lo cual no dejaba de ofrecer contraste cuando por el contrario se proponía remedar á alguna de las elegantes sacerdotisas del buen gusto y de la moda, papel que tambien representaba á las mil maravillas.

Tal vez la misma benevolencia de nuestros lectores llegue á tachar tan prolijos y minuciosos detalles de triviales é indignos de ver la luz pública en las páginas de una Revista, empero muy distinto será su juicio si atiende á que el autor de estas líneas no puede en manera alguna tratar de dar á conocer al hombre eminente cuya fama llena al mundo, sino al amigo á quien á pocos fué dado conocer en los episodios más íntimos de la familia.

En su consultorio de Dublin ya era nuestro hombre un sér totalmente distinto. En él aparecía ante su numerosa clientela



grave, solemne y aún alguna que otra vez tan taciturno, que no era raro encontrar pacientes que ántes de verlo desplegar los labios adivinasen, por la expresion tomada por el rostro del doctor, el diagnóstico que éste había hecho de la dolencia en cuestion.

Antes de dar respuesta alguna á las diferentes consultas que se le hacían, acostumbraba hacer largas y prolongadas pausas que por lo comun eran interrumpidas para dar una contestacion evasiva ó totalmente opuesta al objeto de la visita. Tratando de investigar cuál fuese el fin que se proponía al obrar así, pudimos averiguar no ser otro sino el de eludir esas indiscretas ó importunas preguntas cuya satisfaccion daña tanto á los pacientes como compromete á los facultativos. Mas si tal proceder causaba extrañeza á los que no le conocían, sus amigos no veían en él más que uno de los distintivos de su carácter, mientras que los extraños se retiraban, creyendo haber topado con el mayor excéntrico del mundo.

Cuando parecía estar más distraido y se mostraba como ajeno al asunto propio de la conversacion, era por lo regular cuando precisamente se ocupaba en hacer alguna importante observacion práctica sobre el particular ó algun estudio interesante sobre el temperamento físico ó moral de la persona que ante sí tenía.

Algunas veces se complacía en prestar atencion á conversaciones tan prolijas como ridículas sobre diversas materias, aplicando, segun las apariencias, todos sus sentidos á lo que se hablaba, y mostrándose grave y hasta apenado cuando el asunto parecía requerirlo; pero si en estas circunstancias acertaba á aparecer por las puertas alguno de sus amigos daba sin reparo alguno rienda suelta á su hasta entónces comprimida risa, que se convertía en sonora carcajada.

Esto no obstante, cuando el ejercicio de su carrera lo ponía en contacto con los sufrimientos reales y miserias efectivas de esta nuestra vida, se veía de pronto asaltado por serios temores de naturaleza desconocida y que sin querer lo empujaban hácia la melancolía para que ella ejerciese su cruel tiranía sobre el ánimo del doctor, que, dotado de talento tan claro, de imaginacion tan penetrante y de experiencia tan vasta y pro-



funda, conocía por una parte los funestos resultados de la enfermedad presente y por otro la impotencia ó nulidad de la medicina para atajar los pasos á los males que desde luégo columbraba.

Por todo lo cual creemos que nuestro amigo no hubiera seguramente podido tolerar el enorme peso del trabajo que sostuvo por espacio de cincuenta años, á no haber gozado de cuando en cuando los intervalos de completo solaz y recreo á que él mismo, conociendo su necesidad, se entregaba con regocijo casi infantil siempre que sus ocupaciones le permitían incorporarse al escogido grupo de amigos, que unidos á sus parientes formaban lo que un autor ha llamado con mucha propiedad *familia del corazón*.

En su retiro de Howth organizaba frecuentemente excursiones venatorias contra los jabalíes de sus propias posesiones, y entónces era de ver la gravedad cómica con que con sus propias manos aparejaba su cabalgadura, que solía ser algun torpe asnillo ó lacio jamelgo, la conducía del diestro hasta algun sitio algo elevado, saltaba sobre el anca y, ya caballero, se complacía en ir por uno y otro sendero tras el rastro de la caza. Si alguien halla algo de ridículo en este detalle, recuerde lo que Ciceron confiesa del gran Escipion: *Non audeo dicere de talibus viris, sed tamen ita solet narrare Scævola, conchas eos et umbilicos ad Caietam et ad Laurentum legere consuesse, et ad omnem animi remissionem ludumque descendere.*

Pero aún en medio de sus excursiones agrestes cualquiera hubiera podido notar en el doctor las profundas raíces echadas en su ánimo por el espíritu de observacion que siempre le caracterizó; así que, á falta de otras observaciones más interesantes que hacer, se dedicaba entónces á estudiar el instinto de los perros de su jauría, y como se ocupaba de ellos como si se tratase de seres racionales, los pobres animales le manifestaban tanta simpatía que, aún los pertenecientes á los amigos, preferían permanecer con él á volver á casa de sus dueños.

En los últimos años de su vida, cuando sólo podía mudar de sitio transportado en una silla, fué cuando más notable se hizo esta su afición á perros y otros géneros de animales. En efecto, hizo construir un palomar, y á poco tiempo reunió en



él una bandada de hermosos pichones, á quienes tenía tan domesticados que no sabían retirarse un momento de su lado, con lo cual, nos decía haber tenido ocasion de examinar detenidamente hasta los últimos perfiles de los hábitos propios de estas aves.

Tal conjunto de cualidades, calificadas de extravagancias por algunos, fué ¿quién lo creyera? el que principalmente contribuyó á dar al doctor Stokes el lugar de preferencia que llegó á ocupar entre todos sus compañeros de profesion.

Por otra parte, todo el total de su porte exterior lo hacía aparecer como hombre de escasísima educacion. En efecto, aunque nacido en excelente cuna é hijo de un hombre tan excéntrico como estimado por todas las eminencias contemporáneas de Irlanda, tales como Lord Plunket que, de paso sea dicho, solía apellidarle *el mejor hombre del mundo*, todavía Stokes, á pesar de las brillantes cualidades de su ilustre padre y de la influencia que éstas debieron ejercer en su ánimo, descuidó hasta donde no es decible sus primeros estudios. Con esta ocasion diremos que con suma gracia solía contar sus rabonas, empezadas ya en los primeros dias de su incorporacion al establecimiento á causa de haber roto en la cabeza del dómine la pizarra, causándole las consiguientes heridas. Al ver correr la sangre por la frente de aquel pobre hombre, que, entre paréntesis sea dicho, llevó su merecido por haber puesto sin causa las manos en el nuevo alumno, sintió el doctor tan extraña é imperecedera sensacion de complacencia, que cuantas veces le vimos contar el percance á la apiñada multitud de muchachos que ansiosos de oír tan gráficos detalles se agrupaban en torno suyo, notábamos en su rostro, ademanes y palabras algo que aún nos dejaba traslucir la antigua satisfaccion en la injuria vengada. Desde aquel dia no volvió á pisar la escuela, sino que se marchaba al campo y tendido sobre la mullida hierba, y apoyando su cabeza sobre una roca, se dedicaba á pasar las hojas de la gramática latina que acababan de poner en sus manos.

Tampoco recibió instruccion ninguna universitaria; así que en los postreros años de su vida se echaba bien de ver que toda la sabiduría que lo caracterizaba era parto de sus propios esfuerzos. Con todo, debemos notar que siempre habló con el



mayor respeto y veneracion del doctor Alison de Edimburgo, á cuyos cuidados fué confiado para el estudio de la medicina, y no estará de más tener presente que las lecciones oidas á tan excelente profesor fueron, á nuestro juicio, las únicas de importancia que recibió en su vida.

Mas tan luégo como regresó á Dublin, cuando aún no contaba más que veintitres años, y por influencia de su padre, segun creemos, fué nombrado facultativo del Hospital general de Meath, su gran talento por un lado, y por otro la ardiente aficcion de estudio que en él se había desarrollado, lograron que en poco tiempo se distinguiera entre todos sus rivales, elevándolo sobre ellos, y haciéndolo tan notable por su singular disposicion para el diagnóstico, que desde aquel dia hasta el punto en que por desgracia llegó á eclipsarse la refulgente luz de sus facultades intelectuales, haciendo que naufragase su incomparable inteligencia, ocupó siempre, no sólo en la medicina, sino tambien en la literatura, el más encumbrado puesto. Con todo, en honor de la verdad, nos vemos obligados á confesar que, por no haber recibido educacion literaria especial, carecen sus escritos de la correccion y elegancia necesaria en trabajos análogos; pero téngase en cuenta que aún las mismas páginas consagradas á asuntos ajenos á la medicina llevan impreso el sello de la gran energía y originalidad de su gran inteligencia.

Su obra, *VIDA DE PETRIE* manifiesta notable y fecunda capacidad para la literatura, siendo trabajo más interesante y de plan mejor concebido que el de muchas biografías debidas á plumas de gran reputacion en la república de las letras.

Asimismo, aunque todos los interesantes y prolijos discursos pronunciados en las aperturas de los estudios de la Facultad de Meath adolecen de los resultados propios de los descuidos habidos en la educacion del doctor Stokes, todos ellos abundan en provechosas advertencias, hijas de sus amplios conocimientos y generoso espíritu.

Indescriptible fué siempre la poderosa influencia ejercida por su aplicacion al estudio en el ánimo de los que tuvieron la honra de contarse en el número de sus discípulos, cualidad que tambien iba á reflejarse en todos los individuos de su fa-



milia, los cuales, á pesar de ser continuamente invitados al descanso y distraccion, seguían el camino que el doctor con su ejemplo les mostraba.

Otro tanto podría decirse tambien de aquellos de sus jóvenes amigos con quienes él se complacía particularmente en tratar, muchos de los cuales debieron la primera inspiracion de amor al trabajo y de aversion á la ociosidad, á la influencia ejercida por el continuo trato con quien prefería á todas las coronas del mundo la de sudor que ciñe la frente de quien sabe sacar provecho áun del mismo castigo impuesto en su prevaricacion á la humanidad.

Muchos jóvenes habrán tambien de confesar deber al trato y ejemplo de este gran hombre el haber abandonado insensiblemente los senderos del vicio para entrar de lleno en la esfera de la honradez y de la práctica de los propios deberes, en medio de los peligros y tentaciones que regularmente los asediaban miéntras se dedicaban á los estudios universitarios.

Sin embargo, para la obtencion de resultados tan felices nunca se valió de pláticas ó serias amonestaciones, sino que, poseyendo gran discernimiento de espíritu, daba á cada cual el consejo que había menester, poniendo con tanta maestría el dedo en la llaga que todos llegaban á persuadirse, ó al ménos entraban en sospecha, de que el doctor había sido previamente informado de los malos pasos por ellos seguidos en su licenciosa vida.

El estímulo de su influencia no se limitó únicamente á la juventud, sino que poseyó dón de ejercerla, fuese cual fuese el asunto ventilado, sobre cuantos acudían á él, elevándolos sobre sí mismos é impulsándolos á empresas mayores que las que trataban de emprender. Así, por ejemplo, las notables investigaciones de George Petrie acerca de las antigüedades y música de Irlanda, no hubieran quizas visto jamás la luz pública, si el doctor William Stokes, no obstante sus escasos conocimientos musicales y artísticos, sintiendo arder en su pecho el noble sentimiento del arte, y sobreponiéndose por él al comun de los hombres, no hubiese ejercido en el ánimo de aquel grande investigador la presion necesaria para que participase á sus semejantes los conocimientos por él adquiridos.



De esta suerte consiguió constituirse, sin pretenderlo, en maestro de cuantos le rodeaban, poseyendo gran disposición para los estudios, y sabiéndolos comunicar á sus semejantes, mientras que el desarrollo de las facultades necesarias para la observacion lograba darle el primer puesto entre los naturalistas de sus dias.

Empero este hombre, que tanto simpatizaba con todo lo que reflejaba un destello de talento, y cuyo corazon carecía tanto de envidia como abundaba en generosidad para disimular cualquier falta, odiaba de muerte esa pretenciosa estupidez consistente en amontonar en la conversacion y repetir hasta la saciedad detalles destituidos de todo género de utilidad. A este propósito recordamos un caso en que, estando á su lado en la mesa, un sabiondo de este género nos *ametrallaba* con los minuciosos detalles de su eterna palabrería. Harto ya, se volvió con gran mesura hácia nosotros, y exclamó con énfasis: Hay una regla de oro que debería tenerse muy presente cuando se habla:—*no sepas nada detalladamente*.

Excusado será añadir que ésta fué siempre la norma de sus pláticas, á no ser que se permitiese alguna excepcion cuando el interes del asunto residía precisamente en los detalles, en cuyo caso nada hay que pueda compararse á la animacion y gracia de sus descripciones.

Hay hombres cuyo talento hace que sus obras hablen mucho en su favor, dando una idea exagerada del mérito del autor; mas al llegar á tratarlos, sentimos un verdadero desencanto y conocemos que todo lo que de grande y relevante existe en ellos se haya resumido en sus escritos, mientras que su personalidad brinda con escasas simpatías. Por el contrario, hay otros cuyas publicaciones parecen no tener valor alguno cuando se las compara con el atractivo y poderosa influencia que ejercen en las personas que con ellos tratan, mientras que sus ideas no satisfacen á los que gozan del privilegio de la amistad del que las emite.

Ahora bien, si esta distincion es siempre cierta, tiene especial aplicacion cuando se trata de William Stokes, puesto que siendo el primero entre los facultativos de Irlanda, y habiendo justamente conseguido que sus obras *sobre el pulmon y cora-*



zon fuesen durante una generacion la norma de cuanto se escribía en el mundo, al propio tiempo se elevaba sobre cuanto estas glorias implican á tanta altura que los extranjeros no podrán jamás apreciar su verdadero mérito (1).

Fué, en efecto, el tipo más grande y acabado del verdadero irlandés, con la solicitud y descuido, la melancolía y formalidad, la astucia y disimulo, diligencia y falta de accion, con todas las cualidades, en una palabra, que distinguen á esa raza inestable á quien Inglaterra devuelve hoy su libertad, pero combinadas y luchando en una misma naturaleza.

Representaba además otra combinacion que en nuestros dias sería tenida por patente contradiccion, pero que constituía entónces el lema de la bandera de la sociedad que le rodeaba y que contaba por miembros á los Graves, Jodd, Ferguson, Petrie, Wilde y Reeves. Sabido es que estos hombres fueron entusiastas patriotas, dedicados casi exclusivamente al estudio de su país y al fomento de los intereses patrios, miéntras que al propio tiempo figuraban en primera línea entre los ciudadanos más leales y profesaban profunda aversion y desprecio á esa política bulliciosa que no sabe inspirar á sus secuaces amor á Irlanda sin empujarlos á odiar á Inglaterra.

Esto fué lo más notable en nuestro amigo, pues aunque sentía sumo menosprecio hácia los *sajones*, como él llamaba á los ingleses, esto no rezaba más que con los sajones en general, porque en particular no sabemos de nadie que haya tenido en Inglaterra mejores relaciones que él. Empero si servía á la mesa un *plum-pudding* lo llamaba importacion sajona, y si una encantadora jóven inglesa daba su mano, como frecuentemente ocurre, á algun toSCO irlandés, respondía á nuestra admiracion diciéndonos: Amigos, no hay que tener extrañeza, puesto que sabido es que los *sajones carecen por completo de facultades para el diagnóstico*. Más frecuente era el que se viese forzado á topar con alguno de esos estúpidos gobernadores enviados á Irlanda por Inglaterra y que en seis meses se persuaden conocer

---

(1) En efecto, sabemos que un sabio de California ha propuesto que el Dr. Stokes sea tenido como el Bacon de la medicina moderna, y conocimos á un doctor griego que aunque no sabía pronunciar su nombre, confesaba deber toda su ciencia á las obras de Stokes.



á fondo á aquel noble pueblo, á quien aplican sin compasion el *bluebook*. En estos casos concluía la reseña de su encuentro con un suspiro, un polvo y esta exclamacion: ¡Pobres bestias sajonas! ¡Carecen de luz!

Todas estas circunstancias explicarán á nuestros lectores por qué siendo Stokes tory puro y neto, era conocido y amado por los mismos hombres del 48, como Davis, Mangan y demas cofrades, gozando entre ellos de grandes simpatías y recibiendo pruebas inequívocas del más profundo respeto.

Pocos eran, en efecto, los que no acababan por ser atraídos al influjo de la grandeza de su corazon, que rebosaba en atractivos de simpatías para con todo el mundo; así que conocía en Irlanda á todos sus compatriotas que merecían ser conocidos, habiendo entrado en relaciones con algunos de ellos en esas horas de amargura que en breves instantes aproximan los ánimos más separados para unir los corazones con lazos que los años no pueden romper ni siquiera aflojar. Así, pues, conocía con perfeccion al pueblo irlandés y podía dar cuenta de sus costumbres pintadas en las más curiosas anécdotas y maravillosos recuerdos de historias domésticas. Inestimable es por consiguiente el tesoro de esta clase de experiencia que bajó con él á la tumba, haciendo quedasen en el olvido datos interesantísimos para los amantes de las glorias patrias y de la ciencia.

Quizas haya sido un gran bien el que este gran hombre no hubiese tomado parte alguna, que activa fuese, en las cuestiones políticas, porque siendo tan apasionado por sus amigos, que acaso sea ésta su mayor debilidad, de seguro se hubiera expuesto á dejarse llevar de la parcialidad en favor de los que tanto amaba, puesto que, aunque no podía tolerar á un *ganso*, si alguna vez llegaba á tomarle cariño, no paraba hasta convertirlo en *cisne*. Por lo tanto su gran influencia corría peligro de ponerse á servicio de hombres que podían ser indignos de ella, y ya es cosa sabida que almas de este temple no se paran en barras cuando se trata de un amigo. Nos confirma en nuestra opinion el recordar que con frecuencia le oimos decir que había que conseguir altos puestos á las medianías que no podían elevarse por sí mismas.



Del mismo modo sus antipatías, aunque generalmente basadas en alguna profunda observación desapercibida para los demás, echaban tan profundas raíces en su alma que nunca ni por ningún caso hubiera tolerado se defendiese á los que él describía con exageración cómica. Esto nos recuerda que en cierta ocasión le oímos terminar el retrato de un personaje con estas palabras: «Dios lo crió chocante, pero él supo hacerse aún más chocante de lo que Dios lo hizo.»

Empero, todas estas frases y otras análogas no las vertía sino en el seno de la confianza con que trataba á sus amigos; así que nunca rió con nadie, y aunque trataba con indiferencia ó evitaba encontrarse con las personas que le eran antipáticas, al ménos por las noticias que tenemos, no tuvo jamás enemigo alguno personal.

Los últimos años de su vida fueron amargados con grandes disgustos, que vinieron á acibarar su existencia envolviendo como entre nubes la brillante luz de su ingenio. Como sus simpatías eran sumamente delicadas y su corazón muy sensible para poderse contentar con los consuelos de las almas vulgares, durante toda su vida había sido víctima de los ataques del dolor, y llegaron á su colmo cuando uno tras otro fueron desapareciendo todos los miembros de su familia, llegando á convencerse de que sus facultades mentales, fuente de toda su gloria, empezaban á inclinarse hácia el ocaso.

Por último, una caída de un coche mientras corría á practicar una obra de caridad, fué la causa de la fatal enfermedad que gradualmente le robó el uso de los miembros del cuerpo hasta reducirlo á permanecer sentado en una silla junto á la chimenea de su casa.

Empero, aun cuando se hallaba reducido á estado tan lamentable, y se eclipsaba la luz de su inteligencia, retenía, sin embargo, el doctor aquella su maravillosa ternura, que reunía en torno de su silla á todos los niños de la vecindad, que á boca llena se gozaban en llamarle papá-abuelito, haciendo ménos amargos aquellos días en que, con plena conciencia de su próximo fin, lo esperaba Stokes con la tranquilidad del justo.

La muerte y la vida lucharon por mucho tiempo en aquella vigorosa constitución, que en los últimos momentos hizo tan



horribles los padecimientos del amigo á quien nunca lloraremos debidamente.

Sus obras siguen perpetuando en el mundo los trabajos por él emprendidos; su talento está aún representado en sus hijos, que en más de una ocasion han dado muestras de no ser indignos de sustentar el fuego encendido por su padre; su imagen vive, no sólo en el perfecto retrato sacado por Burton, sino en la hermosa estatua de Forley, que acaso es una de las obras más perfectas de aquel gran artista; y las enseñanzas prácticas de su vida juntas á sus ejemplos ejercen y ejercerán en todo tiempo saludable influjo en la cultura general y posicion social de los que son sus hermanos en profesion.

Pero, á pesar de ser tanta la herencia que al mundo ha dejado William Stokes, los que tuvimos la honra de conocerle creemos que toda la riqueza que la constituye es nada en comparacion de la que en realidad constituía el mérito del gran hombre.

J. P. MAHAFFY.







## JUAN KEPLER.

---

**E**l entusiasmo ideal es un patrimonio del pueblo alemán, y eminentemente alemanas fueron también las cualidades que adornaron al sucesor genial de *Copérnico*, *Juan Kleper*, en cuyo trabajo espiritual predominaba el tipo ideal y cuyo espíritu trataba de armonizar las fuerzas disonantes del mundo. Quizá á los pensadores de otras naciones, el autor del *Misterio cosmográfico* y de la *Armonía del mundo*, con sus adivinaciones, y no diremos sus inclinaciones, sino sus indulgencias astrológicas, les habrá parecido un genio más fantástico que lleno de claridad; pero una contemplación más profunda de *Kepler* demuestra que hasta cuando, abandonando el suelo firme de la investigación, se dejaba llevar á la esfera de las adivinaciones proféticas, se distinguía por una consecuencia suma, mientras en la esfera de la investigación propia no cedía el puesto á ninguno respecto á la suma de los conocimientos y á la profundidad de la asociación de ideas.

Antes de la aparición de *Copérnico*, de quien dijo *Kepler*, su compañero en la *Walhalla*: «*Vir maximo ingenio et, quod in hoc exercitio magni momenti est, animo liber.*» (*Praef. in*



*Tabl. Rudolph.*, pág. 4), la astronomía no estaba en ninguna armonía con la sabiduría del Creador; de modo que el rey don Alfonso el Sabio de Castilla, al saber el sistema confuso de Ptolomeo, se atrevió á exclamar: «Si Dios me hubiese consultado, yo hubiera ordenado las cosas de mejor manera.»

A *Kepler*, ese obrero de la luz que no dejaba ni un solo día de exponer sinceras y valiosas ofrendas en el altar de la ciencia, le corresponde el mérito de haber derribado completamente la teoría sostenida por Ptolomeo é impugnada por Copérnico, aquella teoría que atribuía á la Tierra una posición central, y por consiguiente, una importancia al hombre que sobre ella habita tan absoluta, que suponía todo el sistema sideral creado para su servicio y su recreo; á *Kepler* le corresponde el mérito de haber fundado, en un período de destrucción en que Alemania, después de una aurora breve, parecía volver á sumergirse en la noche de la barbarie, una astronomía *sin hipótesis alguna*, una astronomía que está en armonía completa con la naturaleza. *Kepler* es como el lucero del alba que, brillando en un tiempo sombrío, anuncia el nuevo día. La *Armonía del mundo* y las *Tablas astronómicas*, que fueron bautizadas con el nombre de *Rodolfinas* en obsequio del emperador Rodolfo, tan entusiasta de la astronomía, se hicieron la sustancia de su vida, tan llena de amarguras y de penas, como imponente por su grandeza sublime. Le admiramos como á un sabio, le amamos como á un alma pura, y le lloramos como á un mártir, como al hijo que fué del varón de Dolores y que al poeta alemán Kaestner le inspiró las sentidas palabras: «Ningun mortal ha subido tan alto como el genio de *Kepler*, y éste murió de hambre, pues á quien no sabía encantar sino á los espíritus, los cuerpos le dejaron sin pan» (1).

Nació *Juan Kepler*, el padre de la astronomía moderna, en Magstatt (pueblo wurtembergues, distante media legua de la ciudad de Weil) el 27 de Diciembre de 1571, de una familia hecha noble por el emperador Segismundo. El padre de Juan,

---

(1) Kaestner escribió aquellas palabras ántes de haber conocido el inventario de los bienes de Kepler, que se hizo inmediatamente después de la muerte de éste, y que demuestra que el gran astrónomo cogió, siquiera al final de su vida, el fruto de sus trabajos.



Enrique Kepler, hijo del burgomaestre de Weil, abandonó á Suabia despues del nacimiento de su primogénito, nuestro Kepler, para pelear bajo las banderas del duque de Alba contra los belgas, y vuelto en 1575, no encontró la felicidad al lado de su mujer, y en 1589 abandonó para siempre á su familia, participando de la campaña contra los turcos. La historia del desarrollo espiritual de *Juan Kepler*, huérfano de padre en edad tan temprana, lleva el sello de una genialidad que se desarrollaba por sí propia. La primera enseñanza la recibió en Ellmendingen, donde su padre había establecido una hostería, y más tarde en Leonberg (Wurtemberg). Había de pasar á veces desde la escuela á la labranza; pero siendo débil de cuerpo, fué destinado para la teología, que estudió en las escuelas de los conventos de Hirsau y de Maulbronn (Wurtemberg), y más tarde en el *Seminario Teológico* de Tubinga. Pero el espíritu polémico de los teólogos no gustaba á *Kepler*, que se complacía más en tratar al maestro de matemáticas, Miguel Maestlin, que enseñaba las doctrinas de Copérnico y de Tycho-Brahe, y que en un viaje á Italia convenció á Galileo de la verdad del sistema copernicano.

Maestlin, Galileo y Kepler: hé aquí los tres amigos entusiastas de la verdad perseguida, los tres compañeros apasionados de la doctrina del sabio de Thorn (Copérnico), que se amaron durante toda su vida, celebrando que el cielo confirmase lo que condenaban todavía sus contemporáneos. La correspondencia entre Maestlin y Kepler da testimonio de la gran estima en que el uno tenía al otro. «Tú eres, escribió el discípulo Kepler, la fuente del rio que fecunda mis campos.»—«Si un día enseña al otro, contestó el maestro, ¿por qué no debemos los mayores estimar á los jóvenes tanto como queremos que ellos nos estimen á nosotros? Por los descendientes, no por los mayores, las artes y las ciencias llegan á su cúspide.»

El teólogo Kepler (1) se hizo un sacerdote, un sacerdote en

---

(1) ¡Cosa memorable! Tres astrónomos eminentes fueron teólogos, siendo católico el gran Copérnico, protestante el genial y entusiasta Kepler que en Stiria gozaba la protección de los jesuitas, y siendo el padre Angel Secchi, que acaba de bajar al sepulcro, un nombre que la Compañía de Je-



el templo de la naturaleza, un astrónomo, pero no por su albedrío, sino que su vocacion le fué impuesta, segun él mismo decía, por la fuerza misteriosa del destino, que imponiendo á cada cual su vocacion, demuestra que estamos todos bajo la direccion de la Providencia divina.

Siendo educado á expensas del Duque de Wurtemberg, el jóven *Kepler* había de ir adonde éste le mandase. Un cargo astronómico en Gratz (Stiria), es decir, un empleo menospreciado entónces en comparacion con la teología, era para él una suerte de destierro que le impuso la autoridad del Duque y de los teólogos. Pero podría decirse: *No hay mal que por bien no venga*. La astronomía, esa ciencia que se ocupa en celebrar al Obrero divino, levantaba el espíritu de *Kepler* en todos los sinsabores de su vida.

Su primera obra en Gratz fué el calendario para el año de 1594. Dos años despues salió á luz en Tubinga su *Prodromus dissertationum cosmographicarum, continens mysterium cosmographicum*, con un prólogo de Maestlin, en el que éste felicitó á su siglo por el pensamiento atrevido de Kepler de demostrar *à priori* el número, el órden y el tamaño de las esferas celestes, y en el que presagió que aquel jóven genial reformaría la astronomía entera. La citada obra, destinada á demostrar desde el punto de vista especulativo la realidad del sistema copernicano, se distingue por un estilo florido, por una imaginacion extremada que en su vuelo se aparta á veces de la calma de la investigacion; pero la fuerza y la libertad con que el autor superaba las mayores dificultades de la teoría copernicana y del tecnicismo astronómico son innegables, y esta obra, que excitaba ya la admiracion de Galileo, no era para Kepler sino el primer escalon en su afan de explicar el mundo.

Entre tanto casóse en 1597 con una señora noble, Bárbara Müller de Mühlek, y en 1600, cuando los protestantes de Stiria se vieron perseguidos, abandonó á Gratz como mártir de su religion, renunciando Wurtemberg á la gloria de verle cul-

---

sus puede añadir al largo y glorioso catálogo de nombres ilustres que el Instituto de San Ignacio ha ofrecido á la admiracion del mundo.



tivar la astronomía en su patria. Aceptó, pues, un cargo astronómico en el observatorio del emperador Rodolfo II en Praga, bajo la dirección del altivo Tycho-Brahe, cuyo sistema, no fundándose en el movimiento de la tierra, era tan distinto del sistema de Copérnico y de *Kepler*.

Este último, que no tenía otro fin que el de dar á su entusiasmo especulativo la consagración de las severas investigaciones empíricas, obtuvo el buen resultado de que cada uno de los estudios que hizo en el observatorio imperial fuese una confirmación de la doctrina copernicana y una refutación de la de Tycho-Brahe, y viéndose después de la muerte de éste, acaecida el 24 de Octubre de 1601, único dueño de aquel riquísimo material de observación, penetró en los secretos de la astronomía, y observando al planeta Marte, conocía la forma *elíptica* de la órbita de los planetas alrededor del Sol, lo cual han denominado la *primera regla de Kepler*. Esta la demostró su descubridor de un modo del todo geométrico, y haciendo prueba, no sólo de la movilidad especulativa de su espíritu, sino también de su profundidad matemática, descubrió su *segunda regla*, que junto con la primera es la columna de la astronomía moderna, demostrando que los planetas giran lo más velozmente en el perihelio y lo más lentamente en el afelio, lo cual se explica por la teoría sencilla de que ellos describen en iguales tiempos iguales llanos de su órbita, ó valiéndome de una frase geométrica, la línea recta que se figura ser tirada desde el centro del Sol hacia un planeta, corta del llano de la órbita elíptica de éste en iguales tiempos sectores de tamaño igual.

Ambas reglas las publicó *Kepler* en 1609 en Praga en la obra inmortal que titulaba con razón *Astronomía nova seu Phisica cœlestis tradita commentariis de motibus stellæ Martis*. Acerca de esta *Astronomía nueva*, que pregonaba la gloria de su autor, dió Galileo, ese mártir de la teoría copernicana, lecciones en Pavía, confirmándola por sus descubrimientos: los cuatro satélites de Júpiter, las fases de Vénus y el anillo de Saturno. Comparando los descubrimientos de *Kepler* con las observaciones de Tycho-Brahe, diremos que éstas son como un pedazo de mármol en bruto en comparación con una estatua



de Fídias: sólo un hombre del talento de *Kepler* sabía derivar de aquellas observaciones la órbita elíptica.

¡Triste destino el que al gran astrónomo y filósofo, que con sus descubrimientos aniquilaba la astrología, le condenó por toda su vida á la servidumbre *astrológica*! Pues si no hubiese cultivado la astrología leyendo en las tablas del destino y en los horóscopos, hubiera perdido la ocasión de aprovechar para sus investigaciones astronómicas el Observatorio imperial de Praga. Pero no recibiendo su sueldo como astrónomo del imperio por el sucesor de Rodolfo, el emperador Matías, así como tampoco lo había recibido entero por Rodolfo, vióse obligado á aceptar el profesorado del Gimnasio de Linz, donde los mismos luteranos le excomulgaron, porque, reconociendo sólo la autoridad de la Biblia, no atribuyó igual autoridad á la llamada *Formula concordiaë*, que es uno de los libros simbólicos de la iglesia luterana.

Después de muerta su primera mujer, Bárbara, se casó en 1613 con una bella austriaca, Susana Rettinger, la hija de un carpintero; pero pronto le amenazó una sin igual desgracia. El que en buena lid ganaba cada día la batalla de la vida, sacando de su ocupación favorita fuerzas para tolerar todos los sinsabores, vivió en la época triste de los pleitos de hechizos y tuvo el dolor inefable de ver á su propia madre víctima del odio mortal de una enemiga, y manchada como bruja por la más cruel de las preocupaciones, no extinguiéndose aquella mancha sino después de la muerte de todos los miembros de la familia de Kepler. El sabio que destruyó cuantos errores encontraba en su camino, defendió á su madre sin atreverse á negar la existencia de los brujos, por ser ésta entonces todavía un artículo de fe, y apenas escapó la anciana en 1621 á la tortura, cuando en Abril de 1622 la piadosa muerte la sustrajo, á los setenta y cuatro años de edad, á ulteriores persecuciones.

¡Cuántas horas amarguísimas pasaría Kepler desde 1614 á 1621 durante aquel pleito terrible en que sólo la astronomía logró levantar su espíritu abatido! Sumergiéndose en la música de las esferas, en el misticismo pitagórico de armoniosas proporciones numéricas, descubrió la que han denominado *tercera regla de Kepler*, que dice que en el movimiento de los



planetas los números cuadrados de los períodos tienen la proporción de los números cúbicos de la distancia media del sol. Aquel descubrimiento lo demostró el gran defensor de Copérnico en la obra que, conteniendo la suma de sus pensamientos filosóficos relativos á la armonía del mundo, salió en 1619 bajo el título de *Harmonicæ mundi*, y que concluyó con las palabras: «Te doy las gracias, Señor y Creador, por haberme encantado con tu creacion y arrebatado por la obra de tus manos. He manifestado á los hombres la gloria de tus obras en cuanto mi pobre espíritu pudiese abarcar tu infinidad. Si he dicho algo que fuese indigno de ti, ó si he buscado mi propia honra, perdóname por tu gracia.»

Si *Kepler*, en cuyos escritos se encuentran los gérmenes de la doctrina entera de la mecánica celeste, hubiese buscado su propia gloria, no hubiera empleado toda su vida en hacerse el defensor del sistema copernicano, sino que la nueva astronomía que él descubrió la hubiera llamado astronomía kepleriana.

En 1624 dió á conocer la teoría de los logaritmos, y en 1627 publicó en Ulm las tablas astronómicas que le habían tenido ocupado largos años y que vieron la luz bajo el título de: *Tabulæ Rudolphinæ totius Astronomicæ scientiæ à Tycho Braheo primum conceptæ continuatæ et absolutæ*. Después de publicadas aquellas tablas que esperaron con ansiedad los amantes de la astronomía, el destino unió en la relación de señor y de servidor á dos hombres extraordinarios é igualmente consecuentes y enérgicos, al altivo *Wallenstein*, aquel guerrero impetuoso y revolucionario, y al humilde *Kepler*, el investigador pacífico. Éste había de cumplir á la vez los encargos del Emperador y de *Wallenstein*, calculando por el primero las efemérides hasta el año de 1637, y para el segundo el próximo encuentro de Júpiter y de Saturno. Pero no recibiendo su sueldo ni del uno ni del otro, salió en 1630 para la Dieta de Ratisbona, á fin de pedir que se le pagase la pensión imperial que no había recibido desde hacía tiempo. No la necesitaba más; ya se había concluido su peregrinación en la tierra: apenas llegó á Ratisbona, cuando sucumbió de los esfuerzos de su viaje, que había hecho á caballo, y subió á la gloria á recoger



el premio de sus virtudes. Entregó su alma á Dios el 15 de Noviembre de 1630.

Con su muerte la tierra tenía un justo y un sabio ménos; con su muerte apagóse un faro que encendieron las más nobles aspiraciones y las más generosas facultades. Ninguna pasión enemiga se mezcla en el relato de sus adversidades y amarguras; la paz se anidaba siempre en su corazón, los golpes del destino aumentaron aún la nobleza de su alma, y cuando recordamos el amor y el respeto con que le rodearon los varones más nobles, y entre ellos el emperador Rodolfo, diremos que ántes de volar al seno de Dios tenía también en la tierra auras benéficas en que se meciese su espíritu, y al ocuparse de su ciencia divina habrá á veces respirado felicidad por todos los poros de su cuerpo.

Pero mientras Tycho-Brahe fué enterrado en Praga con la mayor solemnidad; mientras Newton halló su sepulcro al lado de los reyes de Inglaterra en la abadía de Westminster, donde le pusieron un epitafio que dice: «Gloríense los mortales de que ha existido un hombre que tanto ha honrado á la humanidad,» el gran *Kepler* fué olvidado por sus contemporáneos. Después de las tempestades de un destino adverso, encontró la paz en el cementerio de San Pedro, en las fortificaciones exteriores de Ratisbona. Sobre su sepulcro hay un dístico que él mismo escribió:

*«Mensus eram cœlos, nunc terræ metior umbras,  
Mens cœlestis erat, corporis umbra jacet.»*

(En vida he medido los cielos, ahora estoy midiendo las tinieblas de la tierra. El espíritu perteneció al cielo, al cuerpo le cubre la tierra.)

Cuando el duque Bernardo de Weimar, en Noviembre de 1633, tomó por asalto á Ratisbona, las fortificaciones derribadas cubrían la tumba de Kepler, y ésta descubrióse apenas á principios del siglo actual, cuando la nación alemana quiso dar á su gran hijo el debido tributo de respeto y de admiración. En 1808, en medio del estruendo de la guerra, el entonces obispo de Ratisbona, Carlos de Dalberg, le levantó un monumento en el hermoso bosque que reemplazaba las fortifica-



ciones. Consiste aquel monumento en un busto que se levanta sobre un altar en un templo dórico, ostentando el pedestal un bajo-relieve labrado por Danneker, que representa á Kepler quitando el velo del rostro de Urania. La ciudad de Weil ha honrado tambien la memoria del astrónomo insigne con una gran estatua de bronce, que se halla en el mercado. En los ángulos del basamento vense á Copérnico, Tycho-Brahe, Galileo y Newton.

Pocas palabras y concluyo. Despues de la muerte de *Kepler*, su hijo Luis publicó un escrito satírico en que Kepler, para castigar las costumbres de su tiempo, emprende una excursion á la luna. Titúlase aquella satírica astronomía de la luna: *Yo. Kepleri somnium seu opus posthumum de Astronomia lunari divulgatum à M. Lud. Keplero filio med. cand.* Kepler, que logró encontrar la unidad sublime en la variedad, la unidad que había adivinado desde el momento en que empezó á cultivar las ciencias, contrajo los mayores méritos, no sólo respecto á la astronomía, sino respecto á la óptica, física, cronología, geometría y aritmética, y además era un poeta elegante en la hermosa lengua de Virgilio y de Horacio. En 1601 escribió una admirable elegía con motivo de la muerte de Tycho-Brahe, y en 1594 escribió en el álbum de un amigo suyo los siguientes versos:

«*Si nunc inanes cernis imagines,  
Si functus ævo ipsissima numina  
Cernes; quid hæc amittere horres,  
O oculo, et meliora apisci?  
Si mutila tam suavè scientia  
Mulceris, ut lætaberis integra?  
Audacter obliviscere illa.  
O anima; ut scito noris ista.  
Si vivere hic est quotidie mori,  
Semelque vitæ principium mori;  
Quid ergo differs interire,  
O homule, et moriens renasci?»*

(Si ahora contemplas las imágenes de las cosas sólo en un espejo, y si despues has de conocer la esencia misma, ¿por qué ¡oh, ojo! tardas aún en trocar un sér más noble por las apariencias? Si hasta los fragmentos de la ciencia te encantan, ¿con



qué júbilo mirarás la ciencia entera? ¡Oh alma! deshazte resuelta de lo bajo para que pronto ganes lo eterno. Si el vivir en la tierra es morir cada día, y si la muerte es la fuente de la vida, ¿por qué tardas, ¡oh hombrecito! en perecer para renacer saludando la luz de la eternidad?)

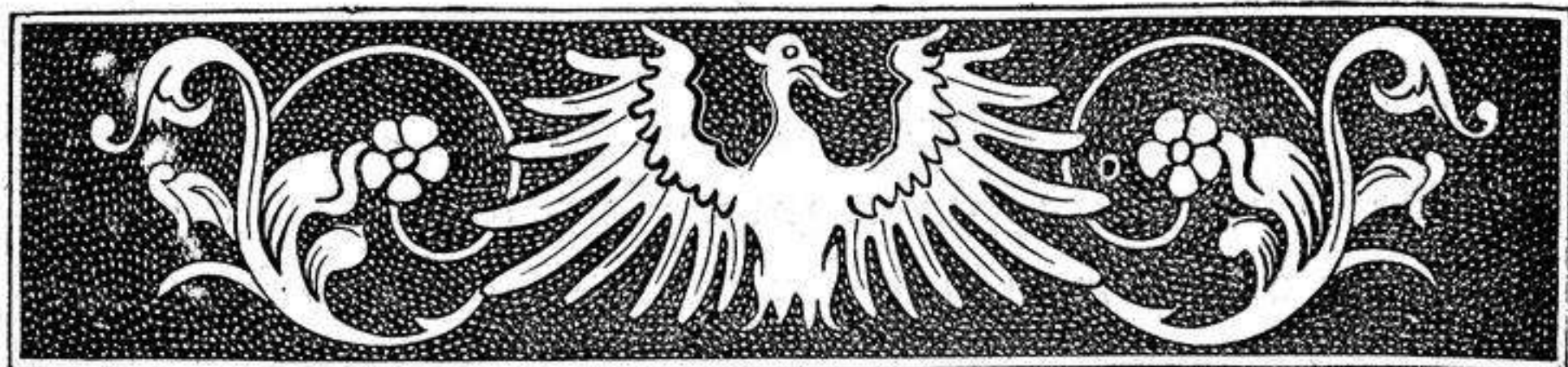
El gran astrónomo era un hijo fiel de la Iglesia evangélica, cuyas doctrinas quería defender con sus escritos, y tuvo razón el que hoy es Leon XIII en apoyarse en el testimonio de *Kepler* en la pastoral que dirigió al clero y al pueblo de Perusa, cuya diócesis gobernaba en 1877, para demostrar que «los que aplican su inteligencia á estudiar seria y profundamente la naturaleza, hallarán siempre en el fondo de sus investigaciones á Dios, el cual siempre se deja ver en sus obras con los irrecusables atributos de su poder, de su sabiduría y de su bondad.»

Leyendo en el libro de la naturaleza, *Kepler* halló á Dios, que con su luz llena la inmensidad de lo eterno y los insondables abismos del humano espíritu. Él tenía la mucha ciencia que nos aproxima á Dios, de quien nos aleja sólo la poca, según dijo bien Bacon de Verulamio.

JUAN FASTENRATH.







# COPÉRNICO

DIALOGO HUMORÍSTICO DE GIACOMO LEOPARDI

TRADUCIDO DEL ITALIANO

POR MANUEL DE LA REVILLA.

---

## ESCENA PRIMERA.

LA PRIMERA HORA Y EL SOL.

LA PRIMERA HORA. Buenos días, excelentísimo señor.

EL SOL. Mejor dirás: buenas noches.

LA HORA. Ya están preparados los caballos.

EL SOL. Bien está.

LA HORA. Hace un rato que ha venido el Alba.

EL SOL. Bueno; que vaya y venga por donde se le antoje.

LA HORA. ¿Qué quiere decir V. E.?

EL SOL. Que me dejes en paz.

LA HORA. Pero, excelentísimo señor, la noche ha durado tanto ya, que no puede durar más, y si nos retrasamos puede ocasionarse algún desorden.

EL SOL. Suceda lo que quiera, yo no me muevo.

LA HORA. ¿Qué es esto, excelentísimo señor? ¿Está malo V. E.?

EL SOL. No tengo nada; pero no quiero moverme. Eso no impide que tú hagas tu oficio.



LA HORA. Pero si yo soy la primera hora del día, ¿cómo he de andar si V. E. no viene? ¿Cómo ha de haber día, si V. E. no se digna salir afuera, como tiene por costumbre?

EL SOL. Si no hay día habrá noche. Las horas nocturnas harán su oficio, y tú y tus compañeras os estareis descansando. Sábelo; ya estoy cansado de este caminar continuo en torno de la Tierra para iluminar á cuatro animaluchos que viven sobre un puñado de fango, tan pequeñito que yo, que tengo buena vista, no alcanzo á verlo. Esta noche he resuelto no volver á tomarme semejante trabajo. Si los hombres quieren tener luz, que enciendan fuego ó se arreglen de otro modo.

LA HORA. ¿Y cómo quiere V. E. que se compongan esos pobretes para hacerlo? Gasto excesivo será para ellos reunir las luces necesarias para tener alumbrado todo el día. Si hubiesen ya descubierto cierto aire que arde é ilumina calles y casas, tiendas y cantinas, todo con poco gasto, el apuro no sería tan grave. Pero el caso es que habrán de pasar trescientos años, poco más ó menos, para que hallen los hombres este recurso; y entre tanto se les acabarán el aceite, la cera, la pez y el sebo, y nada tendrán que encender.

EL SOL. Andarán á caza de luciérnagas y de esos gusanos que dan luz.

LA HORA. ¿Y cómo se librarán del frío? Sin el auxilio que V. E. les prestaba, el fuego de todos los bosques juntos no les bastará para calentarse. Moriránse además de hambre, porque la tierra ya no producirá frutos. Y de esta suerte, al cabo de pocos años, se perderá la simiente de esos pobres animales; pues, cuando hayan andado un poco de tiempo dando vueltas á tuestas por la Tierra y buscando con qué vivir y calentarse, al cabo, consumido todo lo que podían comer, y apagada la última chispa de fuego, se morirán á oscuras, helados como pedazos de cristal de roca.

EL SOL. ¿Y á mí que me importa? ¿Soy por ventura la nodriza del género humano, ó el cocinero que le ha de sazonar y preparar los manjares? ¿Por qué he de cuidarme de que una corta cantidad de invisibles criaturitas, que distan de mí millones de leguas, no vean ni puedan soportar el frío si quedan privadas de mi luz? Por lo demás, si he de servir de estufa ó



de hogar á esa familia humana, lo razonable es que si la tal familia quiere calentarse, sea ella la que ande alrededor del hogar, y no éste el que gire en torno de su casa. Por consiguiente, si la Tierra necesita de mi presencia, camine y apresúrese para gozarla, que yo no necesito ninguna cosa de ella y no tengo para qué dar vueltas en rededor suyo.

LA HORA. V. E. quiere decir, si he entendido bien, que haga la Tierra lo que hasta ahora V. E. ha hecho.

EL SOL. Justamente; y que lo haga siempre, de aquí en adelante.

LA HORA. Ciertamente que V. E. tiene en esto muchísima razón: sin contar con que puede hacer lo que bien le plazca. Mas con todo, dígnese V. E. considerar cuántas cosas bellas habrá que suprimir si se establece ese nuevo orden de cosas. Ya no tendrá el día aquel hermoso carro dorado y aquellos gallardos caballos que se lavaban en el mar; y prescindiendo de otros detalles, nosotras las pobrecitas Horas, ya no tendremos lugar en el cielo y de muchachas celestes descenderemos á terrestres; á no ser (como me temo) que nos convirtamos en humo. Pero sea de esto lo que fuere, la cuestión está en persuadir á la Tierra de que gire en torno vuestro: cosa que ha de ser harto difícil, porque no está acostumbrada á hacerlo y ha de extrañarle mucho tener que correr y fatigarse tanto, habiendo permanecido hasta ahora sin moverse del sitio que ocupa. Y si, como parece, comienza ahora V. E. á inclinarse á la pereza, huélome que la Tierra no tendrá mucha más afición al trabajo que en otros tiempos.

EL SOL. La necesidad la obligará en este asunto á bailar y correr todo lo que sea preciso. Pero de todos modos, el camino mas fácil y seguro es hallar un poeta ó un filósofo que la persuada á moverse, ó que si de otra manera no puede inducirla á ello, la haga caminar por fuerza. En último resultado, la mayor parte de estos asuntos están en manos de los filósofos y los poetas, que en esto son casi omnipotentes. Fueron los poetas los que en otros tiempos (cuando yo era mas jóven y les daba oídos) con sus bellos cantos me hicieron aceptar de buen grado, cual si fuera diversion ó hermoso ejercicio, la estúpida tarea de correr desesperadamente (siendo tan grande y



gordo como soy) alrededor de un granito de arena. Pero ahora que ya he entrado en la edad madura y me he dedicado á la filosofía, busco en todo no lo bello, sino lo útil; y las ocurrencias de los poetas, cuando no me revuelven el estómago, me hacen reir. Para hacer una cosa, quiero tener buenas y sólidas razones; y como no hallo ninguna para preferir á la vida cómoda y ociosa una vida activa en la que jamás encontraría la recompensa de mi trabajo (pues no hay cosa en el mundo que valga dos cuartos), he resuelto dejar á otros las fatigas é incomodidades y vivir en mi casa quieto y sin quehaceres. Este cambio que en mí se ha verificado se debe, como te he dicho, aparte de mi edad, á los filósofos; gente que en esta época ha comenzado á tener poderío, y cada dia tiene más. Por consiguiente, para conseguir mi deseo de que la Tierra se mueva y gire en lugar mio, por una parte me parece que me sería más útil un poeta que un filósofo; porque los poetas, inventando fábulas, dando á entender que las cosas del mundo son de valor y de peso, y en alto grado bellas y agradables, y creando mil halagüeñas esperanzas, muchas veces incitan á los demas á tomarse trabajos; pero los filósofos hacen lo contrario. Sin embargo, como, por otra parte, los filósofos están en alza, dudo de que la Tierra esté hoy más dispuesta que yo á oír á los poetas, y me temo que, si los oye, no les haga caso. Será mejor, por lo tanto, que recurramos á un filósofo, pues, aunque habitualmente son poco aptos y ménos aficionados á incitar á la accion á los demas, quizá en este caso extremo hagan lo contrario de lo que suelen. A no ser que la Tierra estime más conveniente su perdicion completa que tanto trabajo, en lo cual no diría yo que le faltase razon. En fin, ya veremos lo que sucederá. Ahora vas á hacer lo siguiente: Te irás á la Tierra ó mandarás allí una de tus compañeras, la que mejor te plazca, y si la que envíes encuentra por allí alguno de esos filósofos que se están fuera de su casa tomando el fresco y mirando el cielo y las estrellas (que de seguro lo encontrará, á causa de la novedad de esta noche tan larga), que lo levante en peso sin más ni más, se lo eche á cuestras, y me lo traiga aquí, que yo veré de disponerle á hacer lo que queremos. ¿Lo has entendido bien?

LA HORA. Sí, excelentísimo señor, sereis servido.



## ESCENA SEGUNDA.

COPÉRNICO en el terrado de su casa, vuelto hácia Oriente y mirando el cielo con un tubo de papel (pues aún no se habían inventado los anteojos de larga vista).

Esto es maravilloso. Ó todos los relojes se equivocan, ó hace mas de una hora que debía haber salido el sol, y sin embargo, ninguna claridad se vislumbra por Oriente; á pesar de estar el cielo claro y terso como un espejo todas las estrellas brillan como si fuera media noche. ¡Que me expliquen ahora Almagesto ó Sacrobosco la causa de este suceso! Cosa semejante he oido contar de la noche que pasó Júpiter con la mujer de Anfitrión; y tambien recuerdo haber leído hace poco en un libro moderno de un español que los peruanos refieren que una vez, en tiempos antiguos, hubo en su país una noche larguísima, desmesurada, y que al terminar, salió el sol de cierto lago que llaman de Titicaca. Hasta ahora he tenido por cierto, como hacen todas las personas razonables, que estas eran puras fábulas; pero ahora que veo lo poco que sirven la razon y la ciencia, me inclino á creer que estas y otras cosas semejantes muy bien pueden ser verdaderas; tanto que estoy por recorrer todos los lagos y pantanos que me sea posible, para ver si en alguno de ellos pescó el Sol. ¿Pero qué zumbido es éste, que parece el ruido de las alas de un gran pájaro?

## ESCENA TERCERA.

LA HORA ÚLTIMA Y COPÉRNICO.

LA HORA ÚLTIMA. Copérnico, yo soy la última hora.

COPÉRNICO. ¿La última hora? Está bien. No hay más que conformarse: solamente quería que me dieras tiempo suficiente para hacer testamento y arreglar mis negocios antes de morir.



LA HORA. ¿Cómo morir? Yo no soy la última hora de la vida.

COPÉRNICO. Entonces ¿quién eres? ¿acaso la última del Brevariario?

LA HORA. Ya me figuro que ésta será para tí más cara que la otra, cuando estés en el coro.

COPÉRNICO. ¿Cómo sabes que soy canónigo? ¿De qué me conoces? Antes me has llamado por mi nombre.

LA HORA. Me he informado de quién eres, preguntando á unos que estaban en la calle. Para concluir: soy la última hora del día.

COPÉRNICO. Ahora lo entiendo todo. La primera hora está enferma y por eso aún no ha amanecido.

LA HORA. Déjame hablar. Ni hoy, ni mañana, ni nunca amanecerá, si tú no lo remedias.

COPÉRNICO. Estaría bueno que á mí me encargasen de que hubiese día.

LA HORA. Yo te diré cómo has de hacerlo. Pero lo primero y más urgente es que vengas conmigo sin tardanza á casa de mi señor el Sol. El resto te lo diré por el camino; parte de ello te lo dirá su excelencia cuando lleguemos.

COPÉRNICO. Está muy bien; pero el camino, si no me engaño, debe ser bastante largo. ¿Cómo he de llevar las provisiones suficientes para no morirme de hambre ántes de llegar? Aparte de que no creo que los dominios de Su Excelencia produzcan siquiera lo necesario para tomar una colacion.

LA HORA. No te preocupen esas cosas. No estarás mucho tiempo en casa del Sol, y el viaje se hará en un momento, porque has de saber que soy un espíritu.

COPÉRNICO. Pero yo soy un cuerpo.

LA HORA. Bien, bien. Tú no eres ya un filósofo metafísico y no tienes necesidad de meterte en esas cosas. Ven aquí; sube en mis espaldas y déjame hacer lo demas.

COPÉRNICO. Ea, ya está hecho. Veamos en qué paran estas novedades.



## ESCENA CUARTA.

## COPÉRNICO Y EL SOL.

COPÉRNICO. ¡Ilustrísimo señor!

EL SOL. Perdona, Copérnico, si no te invito á sentarte; aquí no usamos sillas; pero despacharemos pronto. Mi criada te ha enterado ya del asunto. Por mi parte, enterado de tus cualidades por la muchacha, creo que eres muy á propósito para lo que pretendo hacer.

COPÉRNICO. Hallo, señor, muchas dificultades en esta empresa.

EL SOL. Las dificultades no deben asustar á un hombre como tú. Dícese de ellas que dan mayores ánimos al valiente. ¿Pero cuáles son esas dificultades?

COPÉRNICO. En primer lugar, por grande que sea el poder de la filosofía, no estoy seguro de que sea suficiente para persuadir á la Tierra de que debe echar á correr, en vez de estarse sentada cómodamente, y fatigarse, en lugar de permanecer ociosa; sobre todo en estos tiempos, que no son los heroicos.

EL SOL. Si no puedes convencerla, fuérzala á que lo haga.

COPÉRNICO. De buen grado lo haría, ilustrísimo señor, si yo fuese un Hércules, ó al ménos un Orlando, y no un canónigo de Varmía.

EL SOL. ¿Y eso qué importa? ¿No se cuenta de aquel matemático antiguo que en una ocasion dijo que, dándole un lugar fuera del mundo en que él pudiera colocarse, se comprometía á mover el cielo y la tierra? Pues tú no tienes que mover el cielo, y ahora te encuentras en un lugar fuera de la tierra. Conque si no quieres ser ménos que aquél, la has de mover, quiéralo ella ó no.

COPÉRNICO. Eso puede hacerse, señor, pero se necesita una palanca, la cual ha de ser tan larga, que no solamente yo, sino V. S. I., por rico que sea, no tiene el dinero suficiente para sufragar la mitad del gasto que ocasionen la materia de que ha de hacerse y la hechura. Otra dificultad más grave es la que aho-



ra os diré; mejor dicho, es una serie de dificultades. La Tierra ha ocupado hasta ahora el primer lugar en el mundo; quiero decir, ha estado en medio de él, y (como sabeis), ha permanecido inmóvil y sin más cuidado que mirar en torno suyo, en tanto que todos los demas globos del universo—lo mismo los mayores que los más pequeños, y los brillantes que los oscuros,—giraban alrededor de ella con una presteza, una actividad y un furor tales, que daba miedo pensarlo. De esta manera, pareciendo que todas las cosas estaban á su servicio, asemejábase el universo á una corte, cuyo trono ocupaba la Tierra, siendo los demas astros al modo de cortesanos, guardias y servidores que desempeñaban funciones diferentes. Así es que la Tierra se ha tenido siempre por emperatriz del mundo, y en verdad que estando las cosas como ántes estaban, no puede decirse que discurría mal, y yo no negaré que su opinion era muy fundada. ¿Pues qué diré de los hombres? Creíanse (y nos creeremos siempre), las primeras y principales criaturas terrestres, y cada uno de nosotros (así fuera vestido de andrajos y no tuviese un mendrugo que roer), tenía por cierto que era emperador, y no ya de Constantinopla ó de Alemania, ó de la mitad de la Tierra, como lo fueron los emperadores romanos, sino del universo; monarca del Sol, de los planetas y de todas las estrellas visibles é invisibles, y causa final de las estrellas, de los planetas, de V. S. I. y de todas las cosas. Pero si ahora queremos que la Tierra abandone su puesto central, que corra, gire y se afane continuamente, que haga ni más ni ménos que hacen los demas globos del universo; en suma, que entre en el número de los planetas,—su majestad terrestre y sus majestades humanas tendrán que desocupar el trono y dejar el imperio, quedándose con sus andrajos y miserias, que no son pocas.

EL SOL. ¿Y adónde va á parar con todo ese discurso, mi señor don Nicolás? ¿Por ventura tiene escrúpulos de conciencia y cree que va á cometer un crimen de lesa majestad?

COPÉRNICO. No por cierto, ilustrísimo señor. Ni los códigos, ni el Digesto, ni los libros que tratan del derecho público, del imperial, del de gentes ó del natural, mencionan semejante crimen, que yo recuerde al ménos. Pero en sustancia quiero decir que lo que vamos á hacer no será cosa puramente ma-



terial, como á primera vista parece, y que sus efectos no serán meramente físicos, porque este suceso trastornará los grados de dignidad de todas las cosas y el órden de los séres, cambiará los fines de las criaturas, y por consiguiente hará una gran revolucion en la metafísica, y en todo lo que toca á la parte especulativa del saber, y de aquí resultará que los hombres, si saben y quieren discurrir con acierto, comprenderán que son una cosa muy distinta de lo que hasta ahora han sido ó imaginado ser.

EL SOL. Hijo mio, todas esas cosas no me dan temor alguno. Tanto respeto tengo á la metafísica, como á la física, la alquimia ó la nigromancia. Los hombres se contentarán con ser lo que son; y si esto no les gusta, se pondrán á razonar al revés y á argumentar contra la evidencia de las cosas, lo cual podrán hacer con suma facilidad; y de esta manera seguirán creyéndose lo que se les antoje: duques, barones, emperadores, todo lo que quieran, con lo cual estarán más consolados y ningun disgusto darán al mundo.

COPÉRNICO. Está bien. Dejemos á un lado los hombres y la Tierra. Considerad, ilustrísimo señor, lo que sucederá en los demas planetas. Cuando vean que la Tierra es uno de ellos y hace lo que ellos hacen, no querrán seguir estando tan llanos, sencillos y faltos de adorno, tan desiertos y tristes como siempre estuvieron y consentir en que sólo la Tierra tenga tantos adornos. Querrán tener ríos, mares, montañas, plantas, animales y habitantes; pues no hallarán razon alguna para ser ménos que la Tierra en nada. Hé aquí otra gran revolucion en el mundo; infinidad de familias y poblaciones nuevas, que un momento nacerán por todas partes, cual si fueran hongos.

EL SOL. Déjalos que nazcan y sean cuantos quieran. Mi luz y mi calor bastarán para todos, sin aumentar mis gastos, y el mundo tendrá alimento, vestido, casa y cuidados de todo género, sin que haya que contraer deudas.

COPÉRNICO. Lleve más allá su pensamiento V. S. I. y verá originarse otra complicacion. Al ver las estrellas que os habeis sentado, no sobre un escabel, sino en un trono, y que teneis en rededor vuestro esa hermosa corte y ese pueblo de planetas, no sólo querrán sentarse tambien y descansar, sino reinar, y



como el que reina necesita súbditos, querrán tener sus planetas como teneis vos, y cada una los suyos propios. Y será necesario que esos planetas nuevos estén adornados y habitados como la Tierra. ¿Y qué diremos entónces del pobre género humano, ántes reducido á poco ménos que nada, en comparacion de este mundo? ¿A qué se reducirá cuando aparezcan tantos millares de mundos, que no haya estrellita de la vía láctea que no tenga el suyo? Pero, mirando únicamente por vuestros intereses, diré que hasta ahora habeis sido, sino el primero del universo, al ménos el primero despues de la Tierra, y no habeis tenido igual, pues ninguna estrella se atrevía á compararse con vos; pero en este nuevo estado del universo tendreis tantos iguales cuántas sean las estrellas. Mirad, pues, que este cambio que queremos hacer no redunde en perjuicio de vuestra dignidad.

EL SOL. ¿No te acuerdas de que, caminando vuestro César por los Alpes, pasó por cierta aldehuela de unos pobres bárbaros y dijo que mas le agradaría ser el primero en aquel lugar que el segundo en Roma? Pues de igual modo, me agrada mas ser el primero en este mundo nuestro que el segundo en el universo. No es la ambicion la que me mueve á cambiar el actual estado de las cosas; sino el amor á la quietud, ó mejor dicho, la pereza. Por consiguiente, me importa poco tener iguales ó no tenerlos y ocupar el primero ó el último lugar; porque, pensando al reves que Ciceron, prefiero el ocio á la dignidad.

COPÉRNICO. Por lo que á mí toca, ilustrísimo señor, haré todo lo posible para proporcionaros ese descanso; pero dudo, aunque lo consiga, de que os dure mucho tiempo. Casi seguro estoy, en primer lugar, de que no pasarán muchos años sin que os veais obligado á andar girando como una garrucha de pozo ó una muela de molino, aunque sin cambiar de sitio. Abrigo tambien alguna sospecha de que al cabo, ántes ó despues, os convendrá de nuevo volver á correr: no diré yo que en torno de la Tierra, ¿pero eso qué os importa? Es posible que el movimiento de rotacion que entónces hareis sirva de pretexto para haceros andar. Basta; sea lo que quiera. A pesar de todas estas dificultades y de las demas consideraciones, si perseverais en vuestro propósito, haré por serviros; y si la



cosa no sale bien , creed que no me ha sido posible ; pero no penseis que me han faltado ánimos.

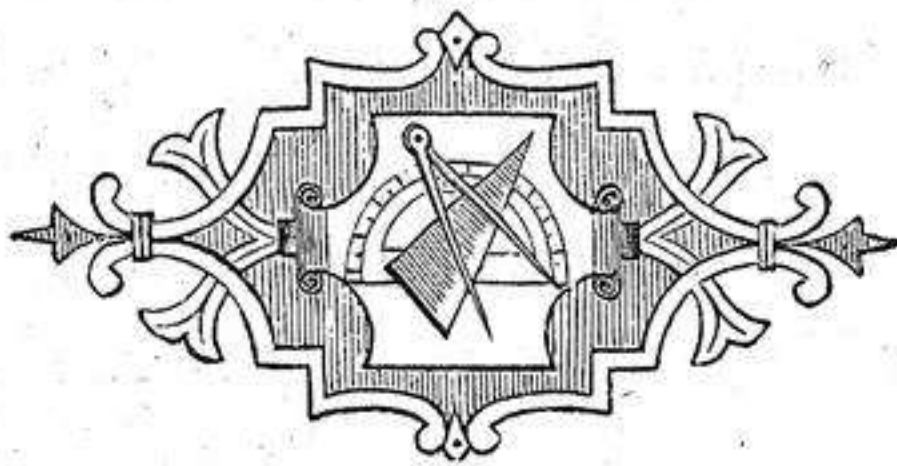
EL SOL. Está bien , Copérnico mio. Haz la prueba.

COPÉRNICO. Una sola dificultad me ocurre todavía.

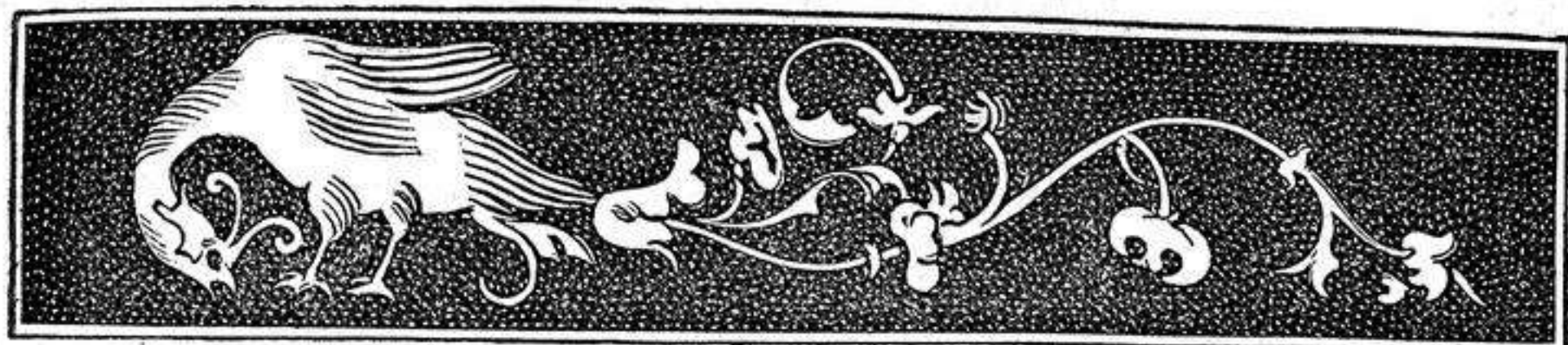
EL SOL. ¿Cuál?

COPÉRNICO. Que por este hecho no querría yo ser quemado vivo como el ave Fénix ; porque si tal sucediera , tengo la seguridad de no renacer de mis cenizas como el susodicho pájaro y de no volver á ver la faz de vuestra señoría.

EL SOL. Escucha , Copérnico. Tú sabes que hubo un tiempo—cuando vosotros los filósofos apenas habíais nacido y la poesía era dueña del campo—en que fuí profeta. Quiero que ahora me dejes profetizar por última vez, y que me des crédito, recordando mi antigua virtud. Dígote, pues, que acaso despues de tu muerte, á algunos de los que aprueben lo que hayas hecho les tocará alguna quemadura ó cosa semejante ; pero por causa de esta empresa nada sufrirás, á lo que entiendo. Pero si quieres estar más seguro todavía, puedes tomar este partido : dedicar al Papa el libro que á este propósito escribas. Haciéndolo así, te prometo que ni siquiera has de perder tu canongía.







## LOS LIBROS DE LOS INDIOS.

---

«Quando yo oyo dezir á algunos que los Indios eran y son bestiales, y gente de bajos entendimientos, no lo puedo llevar á paciencia; porque los que esto dicen juzgan que si los hombres no son maliciosos, terribles y dados (como dicen, al diablo) no son hombres: no mirando que la piedad, mansedumbre y humildad son grandes virtudes. Esto digo porque notando la buena governacion de esta gente, me parece que no se diferenciava en nada de una buena república, pues en todas las cosas tenian orden natural y en todo mostraban tener gran policia.»

(HIERONIMO ROMAN, en su libro *República de los indios occidentales*; Salamanca, 1595, segunda edicion.)



No, no merecían ciertamente por concepto alguno los indígenas de gran parte de América el despreciativo desden con que fueron tratados por no pocos espíritus superficiales, cuando no imbuidos en grosero fanatismo, que casi rebajaba al nivel de las bestias á cuantos, sobre tener algunas costumbres extrañas, no profesaban sus creencias religiosas.

Prescindiendo de la grandiosidad de muchos monumentos de los indios, construcciones que indican á las claras un pueblo no muy rezagado ciertamente, pues que no pocos de ellos son y serán (mientras duren tan venerables restos) la admiracion de los hombres estudiosos, tenían por otro sí esos indíge-



nas leyes de todo género, harto dignas de meditarse. Ya los padres misioneros Olmos, Sahagun, Gante y otros hicieron notar la perfecta moral que encierran las *Pláticas* que las madres inculcaban en el corazón de sus hijas, pláticas que son un código curiosísimo y completo de moral social al propio tiempo que doméstica.

Acomodadas á todas las fases de la vida, ellas encierran consejos prudentísimos para saberse conducir tanto en lo relativo á la familia y amistades como todo lo demas.

Excelente régimen que, con ligerísimas variantes, era comun á todas las nacionalidades de Nueva-España, y especialmente los *mayas* ó yucatecos, entre los cuales bastará decir en su abono *que no se conocían los ladrones*, que en ninguna otra parte las mujeres vestían tan honestamente, sobresaliendo no ya sólo por el decoro, sino por el delicado esmero de su vestido y tocado. Habilísimas en todas las labores de su sexo, tejer, hilar, etc., lo eran igualmente en el cuidado de sus hijos.

Distinguíanse tambien los de Verapaz, de los que dice Hierónimo Roman, «eran sus leyes muy santas y muy buenas, que si las quisiéramos comparar á muchas de las nuestras no disparían mucho.»

Y en punto al respeto á la propiedad, al cuidado de los sembrados de maíz, de fríjoles y de yuca, etc., téngase presente que aquellos naturales castigaban con severas penas, muchas veces con la muerte, las transgresiones de la ley. Sobre la caza y pesca, fuera de los términos de su jurisdicción (cosa que ya indica algo de municipio), eran inexorables en la aplicación de las penas, pero penas no arbitrarias, sino señaladas en sus leyes. Lo mismo sucedía entre los de Guatemala.

Pero acerca de éstos consigna el citado autor que entre otras leyes graves, era una la que sigue: «*Cuando el Rey era tirano y cruel, aquellos que eran cabezas de familias, ansi como los ricos y altos señores, comunicaban con las ciudades y magistrados del país los agravios y males que hacía el Rey, y si se conformaban los más, luégo lo mataban y tomábanle los hijos y la mujer por cautivos, y su hacienda se confiscaba en pro del comun.*»



Una de las cosas que más distinguen á los pueblos que han hecho un notable camino en la vía de su perfeccionamiento, es la de saber consignar su historia. En esto como en todo lo demas, los pueblos indígenas del continente americano tenían grandísima diferencia entre sí, marcando distintamente el grado de altura de su civilizacion.

Al paso que entre los Charruas, los *Carandís*, los *Tapes*, los *Chanás* y otros de Sud-América, su historia toda estaba compendiada á una muy reducida tradicion oral, refieren varios misioneros, y entre ellos el célebre Diego de Torres Bollo, que en algunas tribus del Orinoco y sus afluentes vió con grande sorpresa un indio que muy acompasada y gravemente se hallaba cantando al són de un tambor en una encrucijada, varias cosas y á pausas; y que como esto hubiese de chocarle, interrogó á un indio de los circunstantes qué era lo que aquello significaba, á lo que dicho indio amigo le respondió que aquel hombre estaba encargado por la comunidad ó tribu de hacer conservar, por la memoria de la tradicion, las cosas notables; que era un archivero, que para que no se olvidasen en la tribu los principales acaecimientos estaba obligado á repetirlos de tiempo en tiempo á són de tambor en diferentes parajes de la comarca, á fin de imprimirlos en la memoria de todos. Que tenía el deber de hacerlo así hasta su muerte, y que finado, iba ese cargo (honroso y distinguido entre ellos) á otro que estuviese bien enterado de la historia.»

Aquí ya se ve ciertamente su notable progreso entre aquellos indios, pues ponían singular cuidado de encargar (mediante una retribucion) á una persona perita el recordar continuamente á la nacionalidad los acaecimientos más dignos de perpetuarse. Pero nótese que los de Nueva-España, no obstante poseer ya la escritura jeroglífica y tener en ella extendidas sus crónicas, acostumbraban tambien á cantar al són de tambor las hazañas de sus capitanes y demas acaecimientos, para instruir y quizá tambien para entusiasmar las masas, disponiéndolas á las luchas.

Tanto Ovalle como el abate Molina y otros historiadores de Chile, hacen mencion del modo ingenioso con que por medio de los *guipos* conservaban los de aquella parte del Pacífico la



memoria de las guerras, de las pestes, inundaciones, etc. Por este medio raro de los guipos tenían presente los hechos dignos de conservarse. Son los *guipos* un género de nudos hechos en unos cordones algo gruesos y de diferentes colores y tamaños, combinados, como dice Ovalle, á *manera de rosarios ó Pater noster*. Por ellos contaban los años, meses, días; por ellos hacían unidades, decenas, centenas y millares; y para que las cosas que querían contar se diferenciases, hacían los nudos mayores y menores y con diversidad de colores; de manera que para una cosa tenían cordón colorado, para otras blanco, amarillo, verde, y así lo demás. De estos guipos pueden verse en varios museos arqueológicos, y nosotros les hemos examinado en muchos museos de América y Europa. Les hay en el Museo Arqueológico Nacional.

Viéndolos no puede uno ménos de exclamar, como escribe Hierónimo Roman. «Pero lo que á mí más me espanta, dice, es que con esos cordones y con esos nudos contaban las sucesiones de los tiempos, cuánto reinó cada rey, si fué bueno ó malo, si valiente ó cobarde, todo en fin, lo que se podía sacar de las crónicas se sacaba de allí. Tenían grandes montones de estas cuentas á manera de registros, como tienen los escribanos, y allí tenían verdaderos archivos; y de tal manera que el que necesitaba saber algo no tenía más que hacer de irse á los que tenían ese oficio y preguntarles cuándo acaeció tal ó cual cosa, cuál rey hizo tal ley, cuándo hubo tal pestilencia, etc., y luégo él (el archivero) sacaba sus cuerdas y daba razón sin faltar punto.»

Esto, pues, por más que imperfecto aún, acusa un progreso notable. Valíanse también de ese medio los quichuas, pero poseían además la *escritura jeroglífica*, como ha dicho en una excelente obra moderna el erudito argentino doctor don Vicente Fidel Lopez, si bien no como una novedad, según han creído algunos escritores, olvidando que ya há más de dos siglos se había ocupado de propósito del conocimiento de *las letras y caracteres* de los indígenas del Perú, un autor del que daremos cuenta en otro lugar.



Es, empero, nuestro propósito el tratar de las *Escrituras jeroglíficas y de los libros de los diferentes pueblos de Nueva-España*. Estos pueblos, que admiraron á los conquistadores por el aseo y policía de sus ciudades, por la magnificencia, orden y concierto de sus grandes mercados; por el lujo y prolijidad de sus jardines, en cuyo arte habían llegado á un punto que fuera increíble hoy si miles de testimonios no lo aseverasen (1), tenían tambien un no escaso cultivo de la ciencia. Establecido habían escuelas para aprender con perfeccion el rico idioma patrio, y cultivaban no pocos entre ellos la poesía, de cuyas composiciones aún se conserva alguna.

Moctezuma franqueaba á todos sus súbditos los jardines, facilitando las plantas que para la curacion de las enfermedades hubiera menester cualquiera; y sólo se exigía que despues diese cuenta circunstanciada de sus efectos, á fin de anotarlo en libros que *ad hoc* se llevaban en las oficinas de dichos jardines.

Dedicábanse no pocos al estudio de la astronomía, conocimiento de los planetas, observacion de los eclipses, cómputo de años, etc. Preciábanse, y lo eran seguramente, de filósofos. Dice un autor del siglo xvi: «Los astrónomos tenían gran cuenta con el lucero que vemos por la tarde despues de puesto el sol. Este lucero se comienza á ver en Nueva-España en el otoño á las tardes hácia Poniente; pero en el verano y primavera que sube el sol hácia la cabeza, pónese este lucero. Desde que aquesta estrella aparece y se puede ver, hasta que se encubre, pasan duscientos y sesenta dias, y estos philosophos ponían en cada uno un signo, etc.»

Quedan, con efecto, testimonios de que en la difícil ciencia de los astros habían hecho observaciones curiosísimas.

Bien es verdad que aún muchas tribus del Chaco y otras comarcas, algo se les alcanzaba tambien de esta materia. El eruditísimo madrileño Pedro Lozano, en su obra «*Descripcion choreographica del gran Chaco Gualanga*, dice que los indios

---

(1) Hay en todos los historiadores la descripcion de los fastuosos jardines de Moctezuma, pero aún se conservan algunos de los *jardines flotantes* que hicieron en el gran lago de México.



de aquel territorio, en medio de su estado salvaje, suponen que cuando el sol y la luna se eclipsan depende en que una grande ave se interpone que extendiendo las alas embaraza las luces. Dice asimismo que distinguen algunas constelaciones, á las que denominan con nombres de animales, como *ñandú* (avestruz) y otras. Añade Lozano que «hay tiempo en que en sus tierras (*el Chaco*) no se descubre la constelacion que decimos las *siete cabrillas*, y cuando de nuevo se comienzan á aparecer es muy para vista la fiesta y regocijo que hace toda aquella nacion, pero fiesta propia de gente bárbara, etc.»

Volviendo á los de Nueva-España, diremos que por lo tocante á la historia eran, tanto los *mexica* como los *mayas*, los *chiapas* ó guatemaltecos y otros de aquel inmenso territorio, eran, digo, sumamente cuidadosos; consignando en sus crónicas los sucesos de toda especie dignos de transmitirse á la posteridad; no olvidando ni los acaecimientos prósperos, ni las catástrofes; apuntando igualmente las guerras con los pueblos vecinos que las sequías, inundaciones, pestes, terremotos y demas.

En lo que se refiere á la division del tiempo, tenían el año compartido en 18 meses de á 20 dias, y los complementarios, que tambien conocían, pues su año, como el nuestro, era de 365 dias. Cada uno de los dias del mes tenía un nombre especial; nombre que variaba entre los *mexica* de los de los *maya*, etc.; pero que era el de un animal, planta ó cosa tal á que estaba dedicado (digámoslo así) el dia; mas todos convenían en los 18 dias del mes, en los 365 del año y en el siglo de 52 años, al que llamaban *Katun*. Los mayas ó yucatecos tenían además del *Katun* otro siglo mayor, dicho *Ahua-Katun*, que se componía de 312 años.

Los de Mayas y otros decían al dia 1.º, *Kan*; al 2.º, *Chicchan*; al 3.º, *Cimi*; al 4.º, *Manik*; al 5.º, *Lamat*; al 6.º, *Muluc*; al 7.º, *Oc*; al 8.º, *Chuem*; al 9.º, *Eb*; al 10.º, *Beu*; al 11.º, *Xit*; al 12.º, *Men*; al 13.º, *Cib*; al 14.º, *Caban*; al 15.º, *Ebznab*; al 16.º, *Canac*; al 17.º, *Ahan*; al 18.º, *Imix*; al 19.º, *Ik*, y al 20.º, *Kabal*.

Como ántes dije, los nombres variaban segun las nacionalidades. Los *mexica* decían al primer dia *Cecipactli*, que es tanto



como decir pez-espada; y con él, con efecto, le designaban. El 2.º le decían *Omehecatl*, que significa dos vientos. El 4.º, *Navaicuezpali*, que es cuatro cocodrilos, etc.

En todas las naciones de aquel golfo el día que finalizaba el *Katun*, siglo, era celebrado con grandes fiestas en sus templos y en todas las casas de aquellos buenos indios; pero los yucatecos, para celebrar su siglo mayor, su *Ahua-Katun*, se hacía un festival verdaderamente extraordinario.

\*  
\* \*

Ahora bien: pueblos en ese grado ya de progreso, no podían ménos de haber alcanzado la escritura, de uno ú otro modo, para conmemorar sus efemérides y dejar á la posteridad el fruto de sus observaciones, y como muy bien dice el venerable obispo Landa, *sus sciencias*.

Poseíanla, en verdad, bastante ingeniosa, y que llenaba bien su objeto entre las escrituras jeroglíficas, teniendo no poco parecido á los jeroglíficos de los egipcios; pero difiriendo bastante de los de los habitantes del Nilo. Son los de Nueva-España más sencillos, y por tanto preferibles, ó como dice un autor del tiempo de la conquista, *no encubren tanto su significado*.

Mas ántes de hablar de los libros y modo de pintarlos y demas, diremos dos palabras de una industria íntimamente ligada con ésta, es decir, con la fabricacion del *papirus*, en que los libros y escrituras sueltas se extendían. Este papirus, dicho por los indios *metl*, procedía generalmente de las hojas de pita, vegetal apellidado entre ellos *magüey*, y del cual sacaban otros provechos, entrando su jugo como materia principal de una bebida parecida á la sidra. Hacíanla tambien con la corteza de la raíz de un árbol sumamente dúctil y resistente, y por último de la corteza de las palmeras.

Para ello sujetaban la primera materia á una maceracion por espacio de muchos días; despues arrancaban cuidadosamente las fibras gruesas de las plantas para que fuese más flexible; sujetaban luégo las hojas extendidas á una fuerte presion por algun tiempo, y por último las daban un barniz blanco en algunas ocasiones. El *metl*, que procede de dichas raíces ó de las hojas de *magüey*, es de un color pardo,



como la yesca. El de palmera es de mucha mejor calidad y mayor blancura, y éste empleaban para las cosas de más esmero.

Para escribir lo hacían de uno y otro lado; pero singulares en esto como en todo, no escribían ó pintaban sus figuras jeroglíficas de izquierda á derecha, como nosotros las letras, ni viceversa como los turcos y otros pueblos orientales, ni de arriba para abajo como los chinos. Trazaban sus caracteres en fila no horizontal sino perpendicular, pero comenzando á leerse cada fila de abajo para arriba.

De unos á otros caracteres dejaban razonables claros, con el fin de plegarse las hojas á trechos, á la manera *que se plegan las piezas de paño*. Después, sobre todo si el volumen del libro lo requería, les encuadernaban con unas carpetas de madera, labradas algunas con bajo-relieves y grecas de más ó menos gusto.

El método de escritura era pintar con imágenes propias las cosas que tenían figura, como un hombre, animal, árbol, etc.; para las que no había verdaderas imágenes tenían ciertos caracteres significativos convencionales, lo propio que otros caracteres para manifestar el tiempo en que acaeció un suceso dado.

Para los calendarios y algunas otras cosas acostumbraban á extenderlos en círculos (en forma de rueda) por un método también ingenioso y fácil. Y para el arte mismo de confeccionar estos libros tenían hombres hábiles, á la manera que antes de la imprenta había pendolistas y miniaturistas célebres en el adorno de los códices. Lo propio tenían sitios destinados á los principales libros, bien así como si dijéramos sus *Bibliotecas*.

Y si alguno supusiera exagerada esa palabra, vea lo que el sabio castellano P. José Acosta dice á este propósito en su célebre obra *Historia natural y moral de las Indias*: «Uno, dice, de los de nuestra Compañía de Jesus, hombre muy práctico y diestro, juntó en la provincia de México á los ancianos de Tezcuco y Tulla y confirió con ellos mucho y le mostraron sus librerías y sus historias y kalendarios; cosa muy de ver.»

Circunstancia que también Sahagun, Olmos y otros antiguos misioneros relatan; pero no solamente empleaban este mé-



todo de pintura para los libros, sino para noticiar en una hoja suelta su acaecimiento notable; de otro modo lo hacían de palabra.

Cuando los buques de Hernan-Cortés arribaron á la costa mejicana, los caciques de la comarca pintaron los barcos y remitieron de ese modo la noticia, por medio de sus correos, al emperador Motezuma. Con poner un hombre blanco, pintado y con barba, con sombrero y sayo colorado (en el signo de *caña* que era el que corría á la sazón) señalaron la época de la entrada de los españoles.

Mas para que se comprenda lo bien que ellos se entendían con dichos jeroglíficos, bastará decir que varios de los primeros indios que se hicieron cristianos pusieron en esos caracteres el *Catecismo de la doctrina*, que es por tanto uno de los documentos más curiosos que quedan de aquellas gentes. Verbi gracia, para significar, *yo pecador me confieso*, pintaban un indio arrodillado á los piés de un confesor. Para designar *Dios Todopoderoso*, pintaban tres caras con sus coronas, como diciendo Trinidad. Donde les faltaban figuras lo suplían con sus caracteres, lo que ya propiamente, aunque bien desemejantes en la forma, eran letras, pues llenan regularmente el oficio de tales.

Lo propio por las materias de que se ocupaban que por el esmero de su ornamentacion, había libros célebres entre ellos, tales como el *Códice de Tula*, al que muchos han llamado la *Biblia de los Tultecas*, mas tenían otros cinco de mucho renombre.

Muchos son los historiadores de Indias que han hecho mérito de los libros que nos ocupan, empero á excepcion de Acosta y alguno más, lo han hecho muy someramente. Hierónimo Roman, en su obra *Repúblicas de todo el mundo* y tomo III, *República de los indios occidentales*, lib. II, pág. 170 vuelta y pág. 171, dice: « Los indios, aunque tuvieron otras cosas buenas y muchas, de una cosa carecieron, que fué de las letras, las cuales sin duda y sin que yo gaste mucho tiempo, son alabadas y necesarísimas. Mas con todo eso tuvieron sus figuras y señales con que conservaban sus memorias y hacian sus contratos, de manera que les servian de lo que agora las



letras, y esto era de tal suerte que conservaban sus antiguas hazañas como nosotros en los libros y historias, y libros tuvieron porque con sus pinturas, á veces de animales, de aves y de árboles y otras cosas, hacían el oficio de nuestro A. B. C.; y cierto fuera una cosa principal y notable si agora los tuviéramos, lo cual se pudiera haber hecho facilísimamente si ciertos padres dominicos no los hubieran hecho quemar, diciendo que aquellos traían perjuicio á la conversion de los indios, como si no pudieran guardarse ó enviarse á España, para quitar aquel inconveniente. Cierto que las memorias antiguas siempre se habian de conservar y guardar, porque como dice D. Lope Barrientos, obispo de Cuenca, en el *Tratado de adivinar*, aunque algunos libros son dignos de ser destruidos y quemados para en lo comun, todavia en lo particular es bien que se guarden, porque tiempos hay que puedan aprovechar para defensa de la Iglesia y religion cristiana, y para confusion de aquellos que usasen de ellos. Así que estos libros de los indios fueran provechosos en la Iglesia y para leccion comun de los hombres curiosos y doctos; y en la verdad no sé yo qué daño podian traer estando escritos en aquellas pinturas y figuras de animales, pues no podian ser entendidos sino por personas doctas. Volviendo, pues, á mi intento, digo que esta gente, á diferencia de las letras hieroglíficas que usaron los egipcios, que fueron dichas sagradas, tenian sus memorias escritas en pinturas.»

«Cinco libros contaban, entre otros muy famosos.....  
 ..... Tenian en estos volúmenes grande orden y concierto, porque todas las cosas que tocaban á la religion, á las antigüedades, á las guerras y á los buenos ó malos sucesos que les habian acaecido, todos estaban por sus épocas y años, y en tiempo de qué reyes sucedió cada cosa; por ellos se supiera agora quiénes poblaron la tierra la primera vez, despues adelante quién la aumentó, y así sabrian muchos hombres curiosos lo que había acaecido en ochocientos ó más años, como nosotros lo sabemos por nuestras historias. Tenian estas gentes sus cronistas é historiadores, los cuales escribian ó ponian por memorias todas las cosas que acaecian, y tanta curiosidad tenian en esto, que sabian el prin-



cipio de todas las cosas que habian ocurrido en tiempos remotos. A ellos acudian los que querian saber algo de bueno, cómo se gobernó el reyno en tal tiempo, etc. Tenian escritas las vidas de los capitanes y valientes hombres de guerra. A estos tales cronistas pertenecia escribir los meses, dias, años, etc., todo por sus figuras.»

Otros autores añaden que tenían tambien singular encargo de escribir las *arengas notables* de los jefes guerreros y de los grandes sacerdotes, dichas en circunstancias particulares; de modo que de esa manera coleccionaban sus más escogidos trozos de literatura, lo cual se comprende muy bien si se tiene presente que tanto el venerable franciscano P. Andrés Olmos como Sahagun, Gante y otros, consignan que eran los *mexica*, los *otomis* y otros de aquel antiguo vireynato elocuentísimos en el hablar, y que eran estimadísimos entre ellos los que con más propiedad y galas oratorias expresaban los conceptos. «Y una de las razones, dice Olmos, que tuvo él para copiar las *Pláticas* que los padres *mexica* hacian á sus hijos de ambos sexos para inculcarles las admirables máximas de moral y de amor al trabajo, de respeto á sus semejantes, de mútuo cariño entre los esposos, etc., fué tambien lo elegante de dichas máximas; que como él mismo apunta, pierden mucho en la traduccion al castellano, y áun asi son preciosas.»

\*  
\* \*  
\*

Uno de los misioneros españoles que además de los dichos se ocuparon en el siglo xvi de estudiar lo perteneciente á los libros y otras antiguallas de los indígenas de Nueva-España, y por cierto ménos conocido entre nosotros, fué el P. Diego de Landa, franciscano, natural de Guadalajara, guardian de San Antonio de la Cabrera y despues obispo de Mérida de Yucatan. Peritísimo en el lenguaje de los *mayas*, compuso un gran *Catecismo de la doctrina* en ese idioma, y otros opúsculos; pero su trabajo principal fué una erudita obra titulada *Relacion de las cosas de Yucatan*. Este interesantísimo libro, que últimamente ha vuelto á publicar y traducir en frances el abate Brasseur de Bourbourg, en el cap. VII dice entre otras cosas lo que sigue:



«Que los de Yucatan fueron tan curiosos en las cosas de la religion como en las del gobierno, y que tenian un gran sacerdote que llamaban *Ahkin-Mai*, y por otro nombre *Ahau-Can-Mai*, que quiere decir sacerdote grande: que éste era muy reverenciado de los señores ó caciques, el cual no tenia repartimiento de indios, pero que sin las ofrendas le hacian presentes los señores, y que todos los sacerdotes de los pueblos le contribuian; y que á éste le sucedian en dignidad sus hijos y parientes más cercanos, y que en éste estaba la llave de sus ciencias, y que en éstas trataban lo más, y que daban consejo á los señores y respuestas á sus preguntas, y que las cosas de los sacrificios pocas veces las trataba sino en las fiestas principales ó en sus negocios muy importantes; y que éste proveia de sacerdotes á los pueblos cuando les faltaban, examinándoles en sus ciencias y cerimonias, y que se encargaba de las cosas de sus oficios y el buen exemplo del pueblo, y proveia de sus libros que les enviaba, y que éstos atendían al servicio de los templos y á enseñar sus ciencias y á escribir sus libros. Que enseñaba los hijos de otros sacerdotes que se les llevaban para eso desde niños, si veian que se inclinaban á este oficio.

Que las ciencias que enseñaban eran la cuenta de los años, meses y dias, las cerimonias y fiestas, los tiempos fatales y sus maneras de adivinar y profecías, los acaecimientos, los remedios para sus males, las antigüedades y leer y escribir con sus libros y caractéres, con los cuales escribian y con las figuras que significaban las escrituras. Que escribian sus escrituras en una hoja larga, delgada, doblada con pliegues, que se venia á cerrar toda entre dos tablas que labraban muy galanas, y que escribian las hojas de una parte y de otra *á columnas*, segun eran los pliegues, y que este papel hacian de cortezas de raices de un árbol, y le daban lustre blanco en que podian escribir bien; que sabian de estas ciencias algunos principales señores por curiosidad, y que estos tales, por ello, eran muy estimados.»

Pero una cosa que da inmenso interes á esta antigua obra del venerable Landa, es la coleccion de láminas y explicacion para servir de clave á descifrar las escrituras de los mayos, y es una razon de más por la que se ha procedido á la segunda



edicion, y por lo que es tan buscada por los aficionados á esta clase de estudios, hoy tan en boga, parte principalísima de las ciencias antropológicas.

Los poquísimos ejemplares de las escrituras de los indios que han sobrevivido á la hidrofobia de quemar que en aquel tiempo se apoderó de los partidarios de ese implacable Moloc que se llamó *El Santo Oficio*, andan esparcidos y cuidadosamente guardados en el Museo de México y en los arqueológicos de varias capitales de Europa. Cada uno de los que han sido descifrados, y son casi todos, ha dado nueva luz sobre el singular modo de ser de aquellos indígenas. Por eso, al aparecer en el gran concurso de la Exposicion de Paris los que pertenecientes á nuestro Museo Arqueológico Nacional se han remitido, han sido objeto del estudio de los curiosos, y es muy probable vuelvan á ésta convenientemente interpretados. Tenemos motivo para creer que alguno es bastante incompleto, aunque no por eso deje de ser curioso y estimable en sumo grado.

\*  
\* \*

En Francia, y principalmente en Inglaterra, donde esta clase de estudios se cultivan con singular esmero, hánse hecho ediciones con magníficos cromos representando la mayor parte de las *escrituras jeroglíficas de los indígenas de Nueva-España*, que son conocidas, y han honrado así la memoria y los trabajos del sabio castellano Fr. Bernardino de Sahagun, de Olmos, Landa y otros. Como en compensacion de una porcion de dominicos que destruyeron tantos monumentos de esa especie con satánico placer, procuraron conservar y estudiar con ahinco las interesantes antiguallas de los indios los antedichos.

Y prestaron con sus escritos y con la copia de algunos documentos un servicio inapreciable á la ciencia, pues habiendo estado esta clase de trabajos enteramente olvidados larguísimo período, los libros de éstos y otros sabios españoles han sido la principal guía que han tenido los que en época posterior se han dedicado á este género de estudios.

Entre nosotros, sin duda por la falta de apoyo oficial que para tales empresas há menester, aún no se han hecho edicio-



nes de tales obras. El único libro mexicana que en láminas de bronce ha sido dado á luz por españoles, es el que los americanos dicen *Códice Lorenzana*. Es un *catálogo de los tributos que los pueblos de la cordillera pagaban cada ochenta dias al imperio, en qué especie y cantidad*. Tan notable libro fué descifrado á instancias del señor arzobispo Sr. Lorenzana, por el indio D. José Domingo de la Mota y el presbítero D. Luis de Neve y Molina, catedrático de lengua *otomí* en la Universidad de México. Fué dado á luz á costa de dicho arzobispo don Francisco Antonio Lorenzana: «En la ciudad de México, año de 1770, en la imprenta del Br. Joseph Antonio de Hogal.» Tiene treinta y una buenas láminas representando exactamente los jeroglíficos de dicho Catálogo (cuyo original se conserva en México).

Por este libro se ve la admirable y equitativa administracion que tenían de tiempo anterior los *mexica*; se nota asimismo cómo había distritos en aquel imperio muy manufactureros, pues como pagaban sus tributos, como se ha visto, en especie, se observa que comarcas enteras, como la que forman los pueblos indígenas de *Atiyacatla*, *Malitla*, *Xoxutla*, *Xuitepec*, *Iztla*, y diez más que estaban (y algunos se conservan) en la comarca dicha hoy Cuernavaca, pagaban principalmente en tejidos de algodón, tales como *Maxtlath*, que eran vestidos á modo de bragas, así como tambien en *Huipilles*, mantas, de las cuales hay muchas, no sólo finas, sino de un labrado rarísimo y de unas labores y colorido muy variado. Hacían tambien el traje ó vestido á manera de tonelete, dicho por los indios *Guilzalxi*, y de éstos algunos que debían ser tejidos con plumas de aves finísimas y de variados colores, las cuales eran de un efecto admirable por las labores y por el tornasol de dicha pluma.

Había tambien en otras regiones otros pueblos en que fabricaban de estas mismas ropas, así como otros de vestidos y adornos militares, con figuras, sobre todo en las caperuzas sumamente extrañas y raras.

Varios otros distritos, más principalmente agricultores, pagaban con fardos de cacao, por cierto de un labrado singular, dichos zurriones, y de medidas de grano de maíz, de frí-



joles y otros frutos. Había comarcas que daban especialmente pieles, plumas finas, oro en granos, vigas labradas, etc., al paso que algunos labraban distintos utensilios con el oro que sus vecinos pueblos daban en bruto.

Esto dará una idea del interes que despierta el *Códice Lorenzana*, prelado ilustre que despues fué cardenal arzobispo de Toledo, y fundó en esta ciudad la biblioteca que existe.

Así él como Landa y otros pocos, hubieran tenido más imitadores.

Muchos de los que visitan nuestros museos apenas habrán fijado su atencion, ó habrán tomado como una curiosidad de escaso mérito las pocas pinturas jeroglíficas de los indios que hay en dicho establecimiento. De hoy más sepan que son verdaderos libros de aquellas buenas gentes.

Y como no creemos fuera de lugar dar á conocer algunos otros compatriotas que en aquellos lejanos países estudiaron de propósito sus antiguallas, diremos que son dignas piezas bibliográficas las siguientes: *Teología de los Indios*, escrita por el P. Fr. Domingo de Vico. *Historias, fábulas y errores de los Indios*, por el mismo autor; ambos MS. y citados por varios bibliógrafos, entre ellos por Antonio de Leon Pinelo en su *Biblioteca Oriental y Occidental*. El P. Vico es tambien autor de varios trabajos filológicos, y son muchos los autores que dicen fué de los más aventajados en distintos idiomas de los indios.

*Relacion de las antigüedades de los Indios*, escrita por D. Juan Bautista Pomar, por orden del señor virey de México, el conde de Coruña. Esta obrita, que quedó manuscrita, ha sido luégo dada á luz en México.

*Libro del conocimiento de las letras y caractéres de los indígenas del Perú*, compuesto por el Dr. D. Fernando Murillo de la Cerda, en el año de 1602. Quedó manuscrito, y dice Leon Pinelo (D. Antonio) que se hallaba en la librería del Sr. Condestable de Castilla, mas hay copias en el Perú; una en la Biblioteca de Lima.

*Repertorio de las cosas de los Indios de Nueva-España*, escrito por D. Henrico Martinez: impreso en México en 4.º mayor. Sobre este libro dice Leon Pinelo ser obra sumamente



curiosa, *por tener muchas y muy buenas noticias*. Creo que se ha hecho en México nueva edicion.

*Grandeza mexicana*, en prosa y verso. Se imprimió en México en 1618.

*Relacion de las cosas, idolatrías, ritos y ceremonias de los indios de Nueva-España*, por el P. Fr. Toribio de Motolinia (ó Benavente). *De las costumbres de los Indios*, en latin, por el mismo Motolinia.

*Sitio, naturaleza y propiedades de la ciudad de México*, por el Dr. D. Diego de Cisneros, impreso en México el año de 1618.

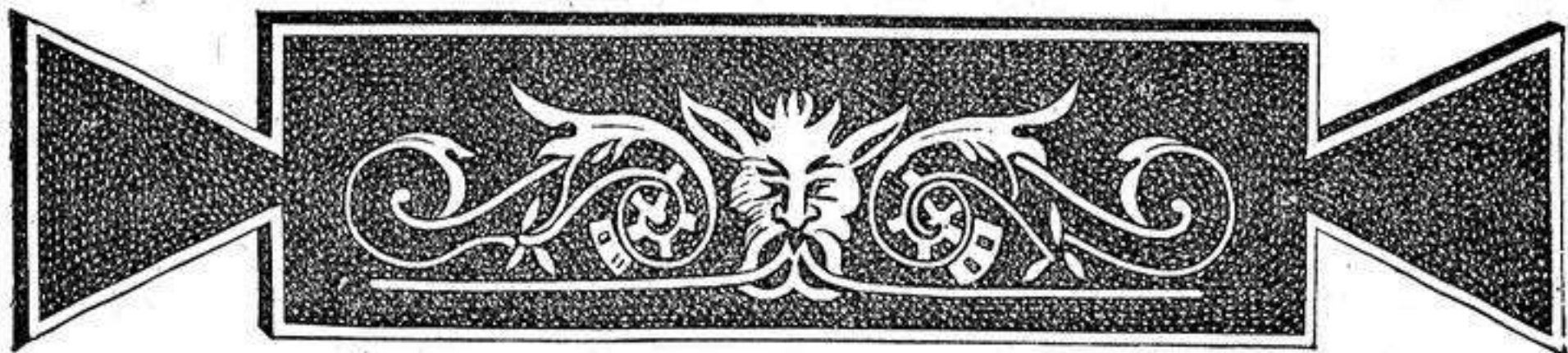
Las primeras de estas obras (aunque todas de interes) son importantísimas, y además ya sumamente raras; en nuestro país poco ménos que desconocidas. ¿Por qué, ya que no hayamos hecho ediciones propias, no se ha procurado adquirir razonable número de ejemplares para dotar con ellos las principales bibliotecas de la nacion?

Aunque no es difícil la respuesta, la aplaza por hoy

T. CIUDAD Y SOBRO.







## EL ALMA, SEGUN GOETHE.

---



GOETHE, como Dante, como Shakespeare, será por largo tiempo la luz y la sombra de la crítica.

Un día que preguntaban á Goethe, con motivo de una lectura del *Antígono* de Sófocles, de dónde vino al mundo la moralidad: «De Dios mismo, como todo bien, dijo Goethe: no es un producto de la reflexion humana, es una hermosa ciencia que se creó con nosotros, innata en nosotros. Existe más ó ménos en el hombre en general; existe en cierto grado en algunos y es dón especial de determinadas almas. Estas han revelado por medio de actos y doctrinas lo que tenían de divino en su interior; su aparicion encantó á los hombres por su belleza, viéndose poderosamente arrastrados á honrarlas y rivalizar con ellas.» La más alta leccion de moral, es, pues, el espectáculo de la vida de un hombre de bien, que nos inspira el deseo de imitarla; pero Goethe, con su amor á la experiencia, reconocía que había otra manera de llegar á conocer lo que vale la belleza moral: el bien. La observacion de la vida lleva irresistiblemente á la conclusion de que el abandono del hombre á sus instintos inferiores, como



son el egoísmo, el vicio, tiene por consecuencia la destrucción de la felicidad general y de la particular que de ella es causa. Por el contrario, lo que es noble y justo no puede dejar de acrecer la felicidad de todos como la de cada individuo. La belleza moral puede de este modo convertirse en una doctrina y extenderse, tomando la forma de la palabra, en las muchedumbres.

Para las naturalezas superiores, todos estos intermediarios son inútiles, porque en ellas se produce una revelación permanente de lo bello moral, á la cual pueden entregarse con seguridad y abandono completos. Ellas mismas, por su propia fuerza, aprenden á libertarse de toda esclavitud, de todo yugo de supersticiones ú opiniones. «Miraos en vuestro interior, y en »las profundidades de vuestro sér, encontrareis un guía al que »se confía todo espíritu noble sin recelo. No os puede faltar »regla alguna, porque la conciencia libre es el sol de vuestro »dia moral.»

La verdadera regla es la que toda alma noble encuentra en sí misma. En la misma region de las ideas hay en Goethe un compendio sumamente delicado, y es la siguiente máxima que yo quisiera ver escrita en letras de oro, junto á las más bellas inspiraciones morales de Kant. «El deber consiste en »amar lo que se impone uno á sí mismo.» Esto parece una corrección muy feliz á la doctrina harto dura del *imperativo categórico*. La perfección moral, para el austero pensador de Kœnigsberg es cumplir, cueste lo que cueste, lo que la razón práctica ordena, sin experimentar siquiera emoción por ello. No le preocupa interesar la sensibilidad al ejecutar las órdenes de la razón. Hasta desconfía y teme la menor intervención del sentimiento en el mandamiento abstracto, concebido en su forma más universal. Dijérase que teme enternecer ó debilitar el deber si nos inclina á amarlo. Hay en esto un estoicismo transcendental que rechaza la naturaleza. El mismo Schiller, sin duda bajo la influencia de Goethe, expresó una crítica muy fina con respecto á esta moral sobrado escrupulosa en aquel »célebre epigrama:—«Me complazco en hacer el bien: esto »me inquieta.»—Goethe, con sola una palabra, restablece la verdad moral, humana al mismo tiempo. Su instinto es-



tético le advierte de que hay una grave laguna en la doctrina de Kant. Comprendió que el deber no es completo cuando se limita á hacer lo que la razon ordena. Es además preciso sentirlo, amarlo. Hacer lo que se debe amando lo que se hace, es seguramente algo más bello, más completo que hacerlo simplemente, con dureza, si puedo decirlo así, sin emocion, sin gusto. Hay, pues, una perfeccion moral, si no más alta, al ménos más delicada que la de Kant: es la de que Goethe nos da idea, y que tiene la belleza abstracta del deber concebido y realizado, y añade á la belleza viva de la más noble de las emociones, la del deber, no sólo concebido y realizado, sino amado en su realización, aún cuando nos entristezca el corazon.

La regla suprema del hombre digno de este nombre es conservar intacta la libertad interna. No dejemos que la ataquen los hombres ni los acontecimientos exteriores. Hay, en efecto, una doble fatalidad que se desarrolla en el mundo y nos amenaza, la que proviene de la sociedad y la que se origina en la naturaleza. Desconfiemos de las miras mezquinas y bajas, de las preocupaciones sociales, de los sórdidos intereses que recomienda la experiencia vulgar, de esos pequeños razonamientos que pueden, si no nos guardamos mucho, envolver nuestra gloriosa y fecunda actividad, ahogarla en la red tejida por la estupidez humana, arrebatarla de las cumbres luminosas en que habita, hacerla bajar hasta el más humillante nivel. Hay dos modos para el hombre que siente su valor y fuerza, de libertarse de esta tiranía de las cosas pequeñas y de las personas pequeñas tambien: las grandes acciones que crean los héroes, como Napoleon; los grandes pensamientos que forman los poetas y pensadores, como Shakspeare y Spinoso. El heroismo no está á disposicion de todos los destinos. Hay corazones heroicos á los que circunstancias ineludibles encierran en la esfera de la vida privada, que se verán excluidos para siempre del glorioso derecho de reflejarse en sus actos y de hacer á su imagen la historia de su tiempo y de su país. Pero la alta cultura intelectual está siempre á nuestro alcance: es acaso el más grande y hermoso empleo de nuestra actividad. Se ve que Goethe en este punto es completamente griego y platónico. No



cesa de recomendar el ejercicio del pensamiento como acto por excelencia. Por el arte y por la ciencia realizamos lo que de exquisito y divino puede haber en una vida humana. «Cuando esteis penetrados de esta verdad: *No hay verdadero y verdaderamente existente para vosotros más que lo que fecunda el espíritu*, entónces observad el curso general del mundo, y dejándole seguir su camino asociaos á la minoría. En todo tiempo lo que el filósofo, el poeta han preferido, es trabajar en silencio en las creaciones del espíritu : ésta será vuestra suerte, la más envidiable de todas. Gozareis por anticipado los sentimientos que deberán tener algun dia las almas más nobles.» Sabido es si Goethe se conservó fiel á este precepto.

Pero hay otra fatalidad más difícil de vencer que la que procede de los hombres, y es esta la que nos viene de la naturaleza. Y no hablo solamente de esa fatalidad puramente física que soportamos en el curso entero de nuestra vida, y á la que nos entregan sin defensa las condiciones de esta misma; las influencias várias de los dias, las noches, las estaciones, el clima, los desórdenes y agitaciones de nuestro organismo, todas las circunstancias de la naturaleza animal que crean el sufrimiento, la enfermedad, la muerte.

Hablo de esa fatalidad que nos hiere más alto, la que ataca al corazon: la pasion, el dolor, el sentimiento de lo irreparable en los bienes perdidos, la necesidad de sacrificar lo que nos es más caro, de inmolar lo que nos parece máspreciado que la vida, la felicidad. Aquí es donde hay que apelar á todas las energías internas de que se compone nuestra libertad.

Goethe no nos da para ello ninguno de los consejos que predica el ascetismo. No nos recomienda la abstinencia. Por el contrario, nos invita á gozar libremente de los bienes de la naturaleza, que es nuestra madre; de los dones de la vida, que es divina. Lo que perdona ménos al cristianismo es su moral mística, enemiga irreconciliable de toda sensualidad. Lo que le reprocha con apasionada amargura, es haber «llenado de sombras en un valle de lágrimas y de miserias la luminosa morada de la tierra de Dios.» Como filósofo, se proclama apóstol de la felicidad. Recomienda el goce, lo declara legítimo,



invita con él á los hombres. «Mundo vasto y larga vida... un pensamiento sereno y puras intenciones,» tal es su divisa. La traduce bajo una forma poética en las dos estrofas de su *Testamento*: «Los sentidos son tambien un guía para vosotros: si vuestra razon está despierta, no os enseñarán errores. Con viva mirada observad alegremente, y con paso seguro y modesto marchad á través de las llanuras de este mundo colmado de ricos dones. ¡Que vuestro goce sea moderado en la abundancia de los bienes! ¡Que la razon esté siempre donde la vida goce de la vida! Así es como el pasado cesa de ser efímero, y así es como el porvenir tiene en nosotros existencia anticipada. Así es como del presente se hace la eternidad.»

¿Pero acaso la naturaleza, tan maternal en sus dones, no nos los concede siempre? A menudo, despues de mostrárnoslos en perspectiva, nos los retira rudamente en el momento en que íbamos á gozar de ellos. Lo mismo acontece con las existencias desheredadas, en tal modo, que jamás conocieron de las cosas humanas más que las lágrimas, y nunca la sonrisa divina. ¿Qué diremos de esos golpes súbitos que devastan una vida cuando más floreciente se creía? Hay muchas ruinas ya, en la vida más corta y en la más feliz. Contra estas fatalidades es preciso asegurar nuestra independendencia. No depende de nosotros vernos flagelados: depende, sí, el dominar nuestro corazon. El dolor enerva al hombre, lo disminuye, le quita su fuerza, su virilidad, el amor á la accion y al pensamiento. Matemos en nosotros el dolor, para que éste no mate todo lo que en nosotros hay grande. Para esto se nos dan dos recursos: reflexionar en lo poco que somos en la naturaleza y distender todos los resortes de nuestra libertad para permanecer impasibles ante la catástrofe. Elevemos nuestro pensamiento á lo universal. Acostumbrémonos muy temprano á la idea de las cosas eternas, á la contemplacion de la sustancia. Volvamos á leer los admirables consejos de Spinoza acerca de la renunciacion. Penetrémonos cada vez más de aquella máxima de que la naturaleza no atiende más que al conjunto de las cosas, que toda personalidad humana, la nuestra, no es más que la más efímera generacion de un fenómeno en la superficie de lo infinito. Cuando las ideas eternas hagan de este modo habitual



morada suya de nuestra razón, nada serán para ella los accidentes que impulsan á la desesperación á los hombres vulgares y frívolos. Un detalle necesario del orden universal, en el cual la muerte es el alimento de la vida, en el cual la ley siempre motora de la metamorfosis, parece destruirlo todo incessantemente para renovarlo todo. Y desde el punto y hora en que el sabio comprenda esta ley divina, no se abandonará ya á lamentaciones infantiles acerca de lo que debe ser. Comprender, es ver la necesidad de las cosas. ¿Y qué locura sería revelarse contra lo que no puede ser de otro modo que como es? Sabe que él mismo no está exento de este veredicto universal de la impasible naturaleza. Sométese á ello con ánimo resuelto en tanto grado como su inteligencia sea lúcida y serena. Dirá con el poeta: «Alma del mundo, ven y penétranos. Para hallarse en el Infinito, el individuo se desvanece voluntariamente. Allí se disipan los hastíos, las penas, los ardientes deseos, las impaciencias y las cóleras de la fogosa voluntad. Abandonarse en el infinito es inefable goce.» Esta es la lección que Goethe encontró en la meditación de Spinoza, y que no cesa de repetirse á sí mismo para fortificar su alma y conducirla á ese grado ideal de una feliz impasibilidad que la deja libre para cumplir su misión de cada día, en medio de los dolores humanos, y para velar únicamente al culto de su genio interno, sin que la distraiga ni perturbe nada.

No tenemos que examinar cómo el poeta transportó estos conceptos á su vida y se esforzó en formar su alma á imagen de esta teoría. Háse hablado de su altanera indiferencia, de su calma inalterable en sus relaciones con los seres encantadores y apasionados á quienes atraía el prestigio de su genio soberano, su resignación cuando sintió la *divinidad de su cerebro*, á no vivir más que por sí y para sí; aquel egoísmo harto admirado que los entusiastas excusan por la especie de sacerdocio que ejercía en nombre de su pensamiento. Por nuestra parte, no nos sentimos muy inclinados hácia esta conducta un poco teatral de la vida de Goethe, que le echaron en cara, aún en su tiempo, varios renegados de la religión del grande hombre, tales como Merck, Jacobi, Wieland mismo, y podemos recordar este violento apóstrofe de Herder: «Tiene



»el hombre derecho á elevarse á esa region en que todos los  
 »sufrimientos verdaderos ó falsos, reales ó simplemente ima-  
 »ginarios, le son iguales y en que cesa de ser, si no artista,  
 »hombre por lo ménos? Nadie piensa en disputar á los dioses  
 »su eterna quietud: pueden mirarlo todo sobre la tierra como  
 »un juego del que arreglan las probabilidades de ganancia ó  
 »pérdida, segun sus deseos; pero nosotros, hombres, y por tan-  
 »to sujetos á todas las necesidades humanas, no consentimos  
 »que se nos divierta con actitudes de teatro... Todo esto son  
 »invenciones de nuestro tiempo. David cantaba himnos, lo  
 »cual no le impedía gobernar su reino, y vosotros ¿qué gober-  
 »nais? Estudiais la naturaleza en todos sus fenómenos desde  
 »la mata hasta el cedro del Líbano. ¡La naturaleza! La absor-  
 »beis como os complace decirlo. ¡Muy bien! Pero quisiéramos  
 »veros no robarnos el más hermoso de sus fenómenos, el hom-  
 »bre en su grandeza natural y moral.»

Este juicio de Herder es terrible y no sin grandes reservas puede aplicarse á Goethe; pero, ¡con qué implacable justicia se aplica á toda una generacion poética de sus serviles imitadores declamatorios y cómicos, que se creyeron dispensados de los pequeños deberes de la vida por el gran deber que tenían que cumplir para con su pensamiento y que profanaron y deshonoraron el «sacerdocio del arte» en todas las fases de la literatura! ¡Cuánta razon tuvo Herder al recordarles lo serio de la vida, sin lo cual el mismo arte degenera en una miserable comedia!

Si hubo exceso en la estoica actitud de Goethe ante los imprevistos golpes de la suerte, él fué la primera víctima de ello. Acordémonos de la conmovedora exclamacion de Fausto cuando en el término de aquella larga vida sobrenatural, en que agotó con todas las voluptuosidades de la tierra, todas las ambiciones, todas las alegrías del pensamiento, y dijo dolorosamente: «¡Oh, naturaleza! ¡Por qué ante tí no soy un hombre! ¡Nada más que un hombre! ¡Entónces sólo fuera bueno haber nacido!»

¡Cuántos esfuerzos debió, en efecto, costarle á Goethe su pretension á la impasibilidad! Mejor fuera ser hombre únicamente. Se quiere huir del dolor; pero en realidad ¿es posible?



Bien pueden distenderse todos los músculos del rostro y dominar el sér físico; pero, ¿es cierto que se manda el corazón? La borrasca interior reprimida hasta un punto, es más terrible luego. ¿Hay nada más amargo que la que ocurrió en Goethe, después de la muerte de su hijo? Aquel hijo, tan querido de su vejez, murió repentinamente en Roma el 28 de Octubre de 1830. Eckermann, que con él viajó hasta Génova, para regresar á Weimar, supo su muerte en el camino. Se presentó á Goethe, que le vió partir con su hijo y que lo ve regresar solo. «Le parecerá que lo pierde por primera vez cuando me vea,» decía Eckermann temblando. Entró: «Goethe estaba en pié, sin debilidad aparente; me estrechó en sus brazos. Le vi sereno y con tranquilidad perfecta. Hablamos de mil cosas; de su hijo ni una sola palabra;» dos días después come con Goethe.

«Hemos hablado de mi viaje... Me pareció más silencioso que habitualmente; parece perdido en sí mismo, lo cual no es buen síntoma.» Era el juéves 25 de Noviembre. Al día siguiente Goethe, silencioso siempre, cae enfermo. «Goethe nos ha dado gran inquietud; durante la noche tuvo un vómito de sangre y todo el día ha estado casi muerto.»

Sus ochenta años estuvieron á pique de verse anonadados por aquel mudo dolor. Merced á su incomparable organización, venció. Escribió á su amigo Zelter: «Mi único cuidado es mantener el equilibrio físico; lo demás andará bien por sí mismo; *el cuerpo debe, el espíritu quiere*. El que ya por una vez pone su misión al mando de la voluntad, no tiene que inquietarse mucho.» Y toda esta crisis terminaba con este grito, heroico á su manera: «¡Marchemos por encima de las tumbas, adelante!»

Por lo demás, aquellas altaneras teorías acerca de los deberes del hombre para con su genio interno, acerca de la revelación permanente de los grandes instintos en la conciencia, acerca de la liberación permanente de los grandes instintos en la conciencia, acerca de la liberación de la libertad y en general toda la filosofía de Goethe era para el uso, no del género humano, sino de una minoría, la que de ella es digna por su alta cultura intelectual. Él mismo decía que sus ideas, como sus



obras, nunca llegarían á ser populares. Consolábase de ello, pensando que todo lo que es grande, verdaderamente inteligente, está en minoría. «Ha habido ministros que tuvieron en »contra suya al pueblo y al rey, y que se vieron obligados á »perseverar solos en sus grandes ideas.»

«No esperemos que la razon sea popular nunca. Las pasio- »nes, los sentimientos, pueden serlo; pero la razon era siem- »pre propiedad exclusiva de algunos elegidos... Epicuro no se »extraviaba cuando decía: *Esto es justo porque al pueblo le pa- »rece malo*. Hay un misterio en la filosofía lo mismo que en »la religion. El grado medio de la inteligencia humana no »está bastante elevado para que pueda sometersele un proble- »ma tan inmenso, y para que se le escoja como último juez en »tal materia. La luz general de un siglo, al esparcirse por la in- »teligencia de cada individuo, no puede iluminar más que el »estrecho círculo en el cual se ejercen las facultades prácti- »cas... Al pueblo no se le deben más que los *resultados*. Los »resultados de la filosofía, de la política y de la religion, tales »son los que se le han de dar, y los únicos que pueden serle »verdaderamente útiles. Mas no debe pretenderse hacer filóso- »fos de los hombres del pueblo, ni sacerdotes ni hombres de es- »tado... La facultad de comprender las altas ideas es muy rara, »y por tanto en la vida ordinaria óbrase bien guardándose las »ideas para sí, sin mostrar más que lo que es necesario para »darnos alguna ventaja sobre los demas.»

En esto tambien debemos decir que Goethe era completa- mente griego, un verdadero ateniense. Pertenecía á aquella civilizacion de artistas, para la cual la humanidad, digna de este nombre, se resumía en 20 ó 30.000 hombres, y para la que empezaba la barbarie en las puertas de salida de la ciudad. Para Goethe, la humanidad eran sus iguales en cada siglo, los que tienen un nombre en la historia. El resto era la multitud anónima, el sér colectivo, el coro de la tragedia antigua.

El mismo carácter se señala en la teoría que corona todas sus concepciones acerca de la comedia humana. Tiene su teoría de la inmortalidad; pero es una inmortalidad en tal extremo aristocrática, que pocos entre los mortales pueden ser se-



rios candidatos á ella. «Yo no dudo de nuestra duracion más allá de la vida, decía, porque en la naturaleza un *intelecto* (un sér que alcanza la perfeccion), no puede desaparecer; pero no todos somos inmortales de la misma manera, y para manifestarse en el porvenir como *grande intelecto*, es preciso serlo aquí abajo.» En lenguaje vulgar significa esto: para merecer vivir en el porvenir, es preciso haber vivido en el mundo, y no se ha vivido si no se ha pensado. Era de los que no comprenden por qué un salvaje es inmortal.

En los veinte últimos años de su vida recordaba á menudo este grande asunto, esforzándose, no sin trabajo, en conciliar dicha creencia con sus instintos panteistas. Un dia que despues de un paseo por los bosques regresaba á Weimar, observó la belleza del sol poniente que estaba frente á él, y citó estas palabras de un antiguo: «Hasta cuando desaparece siempre es el mismo sol.» Y añadió con gran serenidad: «Cuando se tienen setenta y cinco años, no puede dejarse de pensar alguna vez en la muerte. Este pensamiento me deja en una tranquilidad perfecta, porque tengo la firme conviccion de que nuestro espíritu es de una esencia absolutamente indestructible: continúa actuando de eternidad en eternidad. Es como el sol que no desaparece más que á la vista de los mortales. En realidad, no desaparece nunca, en su marcha alumbrando sin cesar.» Su conviccion se fundaba en la idea de actividad, «porque si hasta el fin, decía, actúo sin descanso, la naturaleza está obligada á darme otra forma de existencia, cuando la que ahora tengo no pueda ya contener mi espíritu.» La moral de Goethe es esencialmente la moral de la accion, es la de la segunda parte del *Fausto*, en la cual veremos al gran culpable actuar sin descanso ni tregua y elevarse á los ojos de Dios por el esfuerzo incesante de su varonil voluntad. Por este medio Goethe pónese en contradiccion manifiesta con la lógica de su principio acerca del origen de las cosas, la doctrina de la unidad absoluta, que parecería no deber producir más que una moral mística, predicadora de la inercia del átomo humano, en medio de este torbellino de la fatalidad, en el cual está como envuelto, arrastrado y hundido.

Todas estas ideas, vagas y dispersas, vinieron luégo á con-



centrarse en su espíritu : coordinároose en él y en una grave circunstancia de su vida , bajo la impresion del sufrimiento por la muerte de Wieland , á quien quería y respetaba , estallaron en una magnífica inspiracion: «No , un alma como la »de Wieland, que pudo guiar una vida de ochenta años con »dignidad y dicha ; que se llenó y embriagó en tantos hermosos pensamientos , que se había elevado á tales alturas de »especulacion y arte , esta alma que ya por su esencia misma »era un tesoro , dotada con riqueza tanta desde que entró en »la vida , y más rica aún cuando salió de ella , esta alma no »puede sufrir nada indigno de sí misma , nada que no esté en »armonía con la grandeza moral de que ha dado muestra »durante tantos años sobre la tierra! Jamás , en circunstancia »alguna , puede tratarse en la naturaleza de la desaparicion »de las potencias que animaron almas semejantes ,» y en cuanto á su concepto de los *mónadas* expuso una teoría muy curiosa de la muerte y de sus consecuencias.—La muerte llega , cuando en un sistema de *mónadas*, que es el organismo completo , el *mónada* principal, el *mónada* rey, desprende los otros *mónadas* , súbditos suyos , desligándolos de su fiel servicio. Esta partida la considera , así como el nacimiento, un acto libre de este *mónada* principal , jefe de todos. Todos los *mónadas* son por su esencia en tal modo imperecederos, que hasta en el momento de la disolucion , su actividad no se suspende ni pierde: en este mismo momento , su actividad continúa. Las antiguas relaciones en que ántes vivían desaparecieron , pero inmediatamente entran en otras nuevas. Cada *mónada* va á reunirse á los *mónadas* de su especie , donde estén, en el agua , en el aire , en la tierra , en el fuego , en las estrellas , y la secreta inclinacion que allí les lleva guarda al mismo tiempo el secreto de su futuro destino.—Las almas vulgares , las que no han desarrollado los elementos de su sér, por la libertad y por el pensamiento , que no han conquistado una personalidad duradera ni por la accion, ni por el arte , ni por la ciencia , las que no se han llenado más que de triviales imágenes y bajas ocupaciones , no hay mal alguno en que á su salida del cuerpo humano se vean arrebatadas por *mónadas* de órden inferior. Abandonan su rango y van



á perderse en la oscura plebe de los mundos; pero los mónadas superiores, haciendo conjeturas, están destinados á brillantísima mision. «No veo, en verdad, lo que pudiera impedir al mónada á quien debemos la aparicion de Wieland en nuestro planeta, penetrar, bajo su nueva forma, las leyes supremas de este universo. El trabajo asiduo, el celo, la inteligencia con que se asimiló tantos siglos de la historia del mundo, le hace digno de todo. No me sorprendería si, en el transcurso de los siglos, encontrase á Wieland mónada de un mundo, estrella de primera magnitud, iluminando cuanto le rodea con claridad amable, esparciendo á su derredor frescura y alegría. Cuando se piensa en la eternidad de estas almas, no se puede aceptar para ellas otro destino que el de tomar una participacion eterna en las alegrías de los dioses, asociándose á la felicidad de que gozan como fuerzas creadoras. A ellas está confiado el nacimiento perpetuamente nuevo de toda creacion.»

Estas almas inmortales deben tener conciencia del pasado, pero tan sólo entendiéndose la conciencia de una manera general é histórica. Los acontecimientos insignificantes y puramente personales caen en las tinieblas; el recuerdo no ilumina más que los momentos sublimes. Los acontecimientos considerables de la historia del mundo son los únicos dignos de entrar en una segunda memoria. Todo lo demas debe perecer. Hay aquí, segun Goethe, una hermosa explicacion de esas súbitas aclaraciones del genio acerca de las grandes leyes que presidieron al nacimiento del universo. Una fuerte tension del espíritu no bastaría: ha sido preciso un recuerdo que, como un relámpago, ilumine nuestras tinieblas, recuerdo de la creacion á que acaso nuestra alma asistió. Así el mónada de un mundo puede, del seno oscuro de sus recuerdos, hacer salir ideas que tendrán la apariencia de proféticas y que no obstante quizas no sean más que recuerdos confusos de una vida transcurrida anteriormente, resplandores pasajeros y repentinos que salen del fondo de los mundos, y de la noche de los siglos y vienen á brillar un instante en la memoria de las altas inteligencias.

Nos guardaremos mucho de discutir este brillante ensueño.



Y ménos aún de investigar por qué esfuerzo de espíritu Goethe pudo hacer entrar esta doctrina de inmortalidad en su metafísica de la unidad absoluta. Spinoza también promete la inmortalidad á las almas que de eternidad se nutrieron en la tierra. Goethe pudo, como su maestro, esperar que un fenómeno divino, tal como el alma, penetrándose de la verdad, merezca, hasta cierto punto, participar de su indestructible esencia. Todas esas grandes almas de héroes y pensadores, para las cuales sueña tan espléndido destino, son ya para él, desde este mundo, fuerzas desprendidas de la fuerza suprema y á la manera de fragmentos de la eternidad.

Así se habla del alma, según Goethe. Indudablemente esta cuestión de saber lo que los hombres de genio pensaron del principio, del fin y de la eternidad, preocupa todos los espíritus modernos; pues el mismo Daniel Stern interroga á Goethe acerca de la inmortalidad del alma.

Goethe creía en Dios, pero no, á la verdad, en ese dios sombrío del Génesis, que pudiera llamarse inspiración de la antigua Némesis, y que no soporta ni tolera el poder y la nobleza del hombre: creía en un Dios único, omnipotente y consciente, no aseguraremos que en mayor grado, pero sí mucho mejor que Dante, porque no dejaba subsistir á su lado por toda la eternidad, ese Ante-dios, ese Satan horrible que por siempre mora soberano del infernal imperio.

Goethe creía en un alma que, como Dios, tenía conciencia de sí misma. Creía en una inteligencia pura, en un mónada humano (adoptaba voluntariamente esta palabra de la filosofía de Leibnitz), que, caído del seno de la eternidad en la existencia terrestre, no agotaba en ella toda su *potencia de intención*, y aspiraba á volver á subir hácia el mónada supremo, hácia Dios, objeto de su amor «siempre naciente y siempre satisfecho.» Pensaba como Epicteto, que el universo se compone de una inmensa jerarquía de almas ó mónadas; que hay almas de rosales, de hormigas y de estrellas. Admitía que las almas humanas eran igualmente jerárquicas y estaban dotadas de una virtud de inmortalidad variable.

Suponía (y esta suposición le hizo escribir en una de sus escenas más bellas de la segunda parte del *Fausto* el coro de las



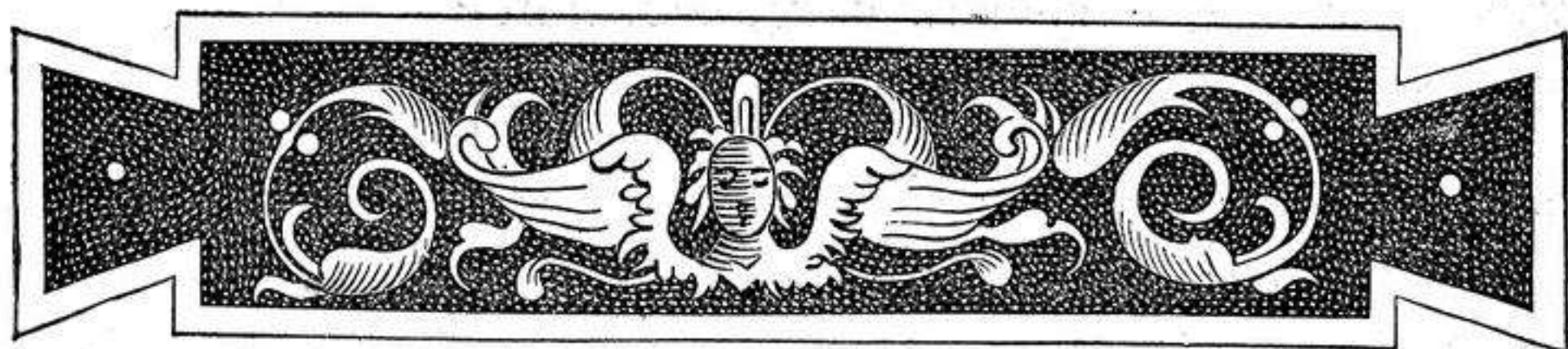
servidoras de Elena) que las almas ó mónadas inferiores, cuando el cuerpo se disolvía en la muerte, tornaban cada una adonde la arrastraba su inclinacion natural, á la tierra, al agua, al fuego, al aire, y que sólo las almas purificadas de todo elemento terrestre, los mónadas perfectos, esenciales, *intelecticos*, como él los llamaba, aquellos cuya razon pura, amor desinteresado, les rigió, entraban en regiones superiores, en una vida más etérea donde, dotados de una facultad de desarrollo indefinido, se convertían, segun una feliz expresion, «en alegres cooperadores de Dios en el universo.»

Hé aquí lo que dice á su vez una mujer filósofa acerca del filósofo Gœthe: «El pensamiento de Gœthe estaba siempre fijo en la mujer, en la naturaleza, en Dios. Este Dios de la poesía alemana ha dicho: «Todos somos inmortales, pero no lo somos de la misma manera.» El mejor modo de ser inmortal, en nuestro concepto, es el de creer, como Gœthe, en la inmortalidad del alma. Cuanto mayor ideal tenemos, más razonables somos, y con Gœthe debemos exclamar: «A medida que nos elevamos hácia el Inmortal, aumentamos nuestros derechos á la inmortalidad.»

CARL KREYDER.







## CORRESPONDENCIA DE PARIS.

---

Paris, 1.º de Octubre de 1878.

**S**EGUIMOS viviendo en perfecta calma en materia literaria y artística. Nuestros editores publican los ménos libros posibles, pues harto saben que en estos momentos nadie los compra. Los empresarios de teatros explotan las obras de éxito reciente ó las del repertorio y nada nuevo dan. ¿Para qué, si los teatros se llenan todas las noches? La multitud que de todas partes del mundo ha venido á visitar la Exposicion, parece que se da por satisfecha con ir á ver, pagando grandes cantidades, lo que quieran darla.

No creo que se haya visto jamás espectáculo semejante. Parece que la lengua francesa es aquí la que ménos se habla, entre todas las que se oyen cuando se pasea por los boulevares ó por las calles de más tránsito. Nosotros no nos quejamos de ello, pues esta es la prueba del éxito completo de esta Exposicion organizada por la república; la cual ¡triste es decirlo siendo patriota! sólo ha hallado enemigos entre nuestros conciudadanos, adversarios del gobierno estable-



cido. Han hecho cuanto estaba en su mano para impedir que la Exposición tuviera éxito, aún antes de abrirse; han puesto después todos los medios para negar su buen resultado; pero humillados quedan, y á su pesar triunfa. Esperemos que su brillo no será pasajero y que sus benéficas consecuencias serán muy pronto experimentadas en todos los países, para bien de la industria. Esperemos también que habrá servido para que se aproximen más unas naciones á otras, y para que las simpatías recíprocas y el acuerdo de los intereses difundan por doquiera el amor á la paz. Los hombres se aborrecen porque no se conocen bastante. Desde hace dos meses se han reunido aquí Congresos de todas clases, honrándose cada país con enviar á ellos sus más ilustres representantes. Cada día se muestra más que en la civilización moderna el saber y la ciencia no son monopolio de ningún pueblo; que en las riberas de todos los ríos y en las vertientes de todas las montañas hay igual tendencia hácia el progreso, y que la unión de todas las buenas voluntades es condición inexcusable para realizar mejoras que por igual á todos aprovechan. La Exposición de 1878, mejor que ninguna de las anteriores, á mi juicio, ha puesto en claro esta saludable verdad.

Bajo el punto de vista político, continuamos en profunda paz. La renovación del tercio del Senado es la única cuestión de actualidad que tiene alguna importancia; pero esta misma cuestión no ocupa gran cosa las inteligencias, pues todos saben de antemano cómo se resolverá. Nadie ignora —lo mismo los reaccionarios que los amigos del actual orden de cosas— que después de estas elecciones el partido republicano tendrá mayoría en la alta Cámara, como la tiene ya en la de los Diputados. La lucha será necesariamente viva cuando llegue el momento decisivo; pero en el fondo nadie duda del resultado.

Entonces comenzará para el partido republicano una prueba nueva, que no será la menos temible de las que ha atravesado. «El porvenir—decía M. Thiers en 1871—es de los más prudentes.» La frase es exacta, y no sólo entonces, sino ahora. El mejor gobierno, y el único que dura, es siempre el más prudente, es decir, el que mejor sabe acomodarse á los tiempos y á los hombres y tener en cuenta las circunstancias. Desde hace siete años ha probado el partido republicano que era prudente en la adversidad, disciplinado, unido, sensato, capaz de resistir á sus propias impacencias, merced á su buen sentido,



y de afrontar las tentativas é intrigas de sus enemigos, gracias á su valor. Esta prudencia le ha dado el triunfo.

Ahora la cuestion está en saber si despues de llegar al poder superando todos los obstáculos, sabrá ser prudente como hasta aquí, evitar las tentaciones de la buena fortuna, conservar el exacto conocimiento de las dificultades prácticas, no ser tímido ni imprudente, y mostrar, en una palabra, que es verdaderamente un partido de gobierno. Si sale con honra de esta nueva prueba, que es la más temible ¿por qué ocultarlo?, si da á la Francia dignidad en el exterior, paz y prosperidad en el interior, la cuestion que aquí se agita desde hace cerca de cien años — la forma de gobierno, — quedará resuelta, y demostrado que, al ménos entre nosotros, sólo es posible un gobierno: el republicano. Algunos fanáticos se empeñarán en combatirlo, pero su resistencia será poco temible si contamos con la adhesion general.

M. Gambetta — que no sólo es el primer orador, sino el primer político del partido republicano, — en un notable discurso pronunciado en Romans, pequeña ciudad del valle del Ródano, ante 12.000 espectadores reunidos en un circo, ha tratado de definir el programa á que debe ajustarse el partido cuando, despues de las elecciones senatoriales, sea dueño de la Francia, así como las reformas que debe emprender inmediatamente, dejando para más tarde el resto de lo que hay que hacer. Desde que ha hablado, apénas emiten nuestros periódicos otras ideas que las expuestas por él, y no hay que decir que no han faltado violencias en los ataques de la prensa enemiga. No voy á examinar las ideas desarrolladas por M. Gambetta, porque no soy corresponsal político, y mi papel se reduce á daros á conocer el movimiento de los espíritus en Francia, sin tomar ningun partido. No me sorprendería que la mayoría del partido republicano no aceptase completamente el programa de M. Gambetta; pero no por eso deja de ser su discurso un gran acontecimiento que muestra bien á las claras el cambio operado en nuestras costumbres públicas, y el papel especial que desempeña M. Gambetta.

En una república fundada en el principio de la soberanía nacional, el verdadero soberano es la opinion pública, y el deber del legislador es convertir en ley la voluntad de ésta. M. Gambetta se ha encargado de excitar la opinion, y cada vez que surge una cuestion importante, discutirla ante aquélla. De 1871 acá, no han tenido otro



objeto sus discursos populares. En una vigorosa improvisacion, á la que dan el carácter de hecho importante la situacion personal y el poder oratorio de M. Gambetta, plantea éste el problema y á la vez indica cuál es, á su juicio, la verdadera solucion. Al dia siguiente da vuelta á la Francia este discurso, reproducido por toda la prensa. Amigos y enemigos lo comentan y discuten apasionadamente; determinada discusion se entabla, y al cabo de cierto tiempo la opinion, ilustrada por la controversia, se forma y da su fallo. M. Gambetta ha procedido esta vez como siempre; ha emitido sus ideas personales para provocar un gran debate público, una vasta informacion, con la mira (como suele decirse) de tomar el pulso al país y ver en conjunto qué es lo que quiere. É indudablemente, si algun punto del programa formulado en Romans no es aceptado por la opinion; si despues de un maduro exámen la mayoría de la nacion considera temeraria, quimérica ó inoportuna alguna de las ideas del orador, M. Gambetta será el primero en sacrificarlas, al ménos por el pronto, pues sabe que sólo es duradero lo que la opinion reclama. Más de una vez ha dado ya esta prueba de buen sentido, y pronto está á darla de nuevo. Dispensad que haya hecho estas reflexiones, indispensables para hacer comprensibles los incidentes de nuestra historia contemporánea.

Volvamos á la literatura. Si han sido pocas las obras nuevas desde hace algunos meses, hay, sin embargo, dos interesantes publicaciones, cuya terminacion esperaba para hablar de ellas á los lectores de la REVISTA. Ambas se refieren al teatro. La una es la publicacion del teatro de Duvert y Lauzanne (seis volúmenes de la librería Charpentier), y la otra la del teatro de M. Eugenio Labiche (cuatro tomos de los editores Calmann-Levy). Ambas ofrecen las producciones más notables del género llamado *vaudeville*, que no es el ménos original de la literatura francesa de este siglo. No tiene este género grandes pretensiones, ni se esfuerza por causar emociones profundas; solamente trata de distraer y regocijar á los espectadores con incidentes cómicos, percances de la vida ordinaria y pinturas ligeras de costumbres burguesas y populares. Sus teatros favoritos han sido el de *Varietades* y el del *Palacio Real*. Creo que sin exageracion puede decirse que ha producido pequeñas obras maestras, tan dignas de vida como otras muchas más solemnes. Algo vale hacer reir á la humanidad en este mundo en que hay tantas horas de tristeza.



El mayor elogio que puede hacerse de nuestro repertorio de *vaudevilles*, es que casi todos los teatros extranjeros lo han traducido ó imitado. Me acuerdo de haber visto en Florencia una pieza titulada: *Entre Florencia y Arezzo*. No hice más que oír la primera escena cuando dije para mis adentros: «Esto es el vaudeville: *Un señor y una señora*.» Y lo era, en efecto. Otra vez en Aténas se representaba una pieza titulada: *El olor del cigarro*. Desde las primeras palabras dije: «*Esto es el tigre de Bengala*.» Y lo era también.

Duvert y Lauzanne por una parte, y M. Labiche por otra, son al modo de dos generaciones del *vaudeville*, cada una de las cuales tiene su mérito y su carácter propio. Duvert era un jóven oficial de los últimos años del primer imperio. En 1815 vió terminada su carrera militar, á la cual creo que renunció sin gran desesperacion. Con ingenio tan agudo, no se nace para conquistar el baston de general en los campos de batalla y entre sangre vertida. Duvert se dedicó al teatro, y pronto tuvo éxito. Su nombre era ya conocido en 1825. Tres años despues, á los ocho dias del tempestuoso estreno de *Hernani*, dió á la escena una parodia del drama de Víctor Hugo, titulada *Arnali ou la contrainte par cor* (1), que se hizo célebre y es la bufonada más divertida que puede imaginarse. Poco tiempo despues conoció á Lauzanne, con el cual casó á su hija al cabo de algunos años. La colaboracion y la amistad de ambos autores nunca terminaron.

Durante el reinado de Luis Felipe hicieron constantemente reír á nuestros padres. Cada año se representaban dos ó tres piezas, por lo general en un acto, firmadas por ambos, llenas de chistosas coplitas, situaciones imprevistas, cómicas ocurrencias y chuscas reflexiones. *La tortilla fantástica*, *El hombre gastado*, *Renaudin de Caen*, *Rico de amor*, *La hermana de Jocrisse*, *El marido de la corista*, *El suplicio de Tántalo*, son algunos de sus más brillantes éxitos.

Estas piezas, esparcidas durante treinta ó cuarenta años, acaban de ser reunidas en tomos y se observa que hoy se leen con tanto gusto

---

(1) Este título es intraducible por encerrar un *calembour*, fundado en la semejanza de las palabras *cor*, cuerno de caza, y *corps*, cuerpo. *Contrainte par corps* es apremio, ejecucion por providencia judicial; *contrainte par cor*, apremio por medio del cuerno de caza; alusion burlesca al desenlace de *Hernani*.—(N. del T.)



como se oyeron en la pasada generacion. Con efecto, su estilo, que es muy extraño, es regocijado en extremo.

Puede decirse que Duvert inventó una lengua llena de giros nuevos, de *caló* divertido, de maneras inesperadas de presentar las ideas y decir las cosas; todo ello ingenio parisien, de bulevard y áun de arrabal. ¿Quién no recuerda el prodigioso éxito de *La linterna* de Enrique Rochefort, en los últimos años del imperio? ¡Pues bien! puede decirse que M. Rochefort debió á Duvert y Lauzanne una parte de su fortuna, porque su originalidad consistió en llevar á los debates políticos el lenguaje pintoresco, chusco y estrambótico que nuestros autores habían introducido en la escena del *Palacio Real*. Paréceme que á veces debe ser un poco difícil para los extranjeros entender esta lengua; y es lástima, porque está llena de carácter, de buen humor y de vena cómica.

M. Labiche,—que ha sido el gran proveedor de nuestra escena cómica desde 1850 á 1870,—no tiene las inesperadas salidas, ni la divertida y extravagante truhanería, ni el caprichoso estilo de Duvert y Lauzanne, ni sabe hallar como ellos tan extraordinarias bufonadas. A él corresponde, á mi juicio, sin embargo, el puesto de honor en la literatura cómica de nuestro siglo y sus obras son las que más vivirán.

Entre sus manos el *vaudeville* se ha agrandado, como cuadro y como composicion. Él ha inventado esas piezas bufas de las que se han hecho tantas desde hace veinticinco años, y cuyo modelo y obra maestra es *El sombrero de paja de Italia*. Desde el comienzo de la obra, se mezclan y confunden en una accion extravagante los personajes principales y los accesorios. En cada acto concluye la pieza y vuelve á empezar, renovando sus gestos y discursos los personajes. El embrollo se complica más y más, hasta que autor y espectadores se cansan á la vez y un desenlace cualquiera pone fin á la bufonada.

Despues de todo, esto no es más que un cuadro, que ya ha dado cuanto podía dar. Si M. Labiche no tuviera otros méritos, la Roca Tarpeya estaría muy cerca de su Capitolio. Pero tiene méritos que no pasarán. Aunque parece que M. Labiche sólo pensó hacer reir á sus contemporáneos, ha sido á la vez uno de los más penetrantes observadores de la humanidad y uno de los más francos y exactos pintores de nuestra sociedad. Ha presentado al público un espejo, y más de una persona se ha reido de la copia para la cual sirviera de



modelo. Sus modestos *vaudevilles* son verdaderas y buenas comedias de costumbres, y creo que Molière le reconocería por uno de sus herederos.

La moral de M. Labiche no es austera; no es un enemigo de la humanidad ni toma el látigo para azotarla. Ni siquiera sé si tiene muchas esperanzas de corregirla. Es un moralista indulgente que ve en la tierra más flaquezas y ridiculeces que vicios; pero es realmente un moralista. Sus personajes viven; los conocemos todos, los hemos hallado en nuestro camino y podemos llamarlos por su nombre. *Monsieur Perrichon*, *Celimore el bien amado*, *Las vivezas de genio del capitán Tic*, *La coqueta*, *Con un pié en el crimen*, *El proceso de la calle de Louscine*: ¡cuántos tipos verdaderos ofrecen en medio de bufonescas intrigas! Sobre todo, M. Labiche se complace en la pintura de nuestra clase media, alta, mediana y baja, que forma el fondo de nuestra sociedad contemporánea; clase sensual, egoísta, vanidosa, llena de ridiculeces, de contradicciones, de pequeñas miserias, buena en el fondo y más abundante en defectos que en grandes pecados.

Además de este penetrante espíritu de observación, es cualidad de M. Labiche (y por ella vivirán sus obras) una alegría fácil, natural y corriente. Sus chistes no son epigramas acerados que aguja y clava cual envenenados dardos, sino la gracia que brota sin cólera, el buen sentido que rebosa, la dulce ironía que se mofa de la ridiculez. El autor divierte al público y se divierte. Nadie, ni en Francia siquiera, desde Regnard, ha tenido una risa tan franca y comunicativa como la suya. Nada hay en él rebuscado, nada artificioso ni violento; es la naturalidad misma, el buen humor propio de una salud robusta. Aunque no hayais tenido el gusto de conocer á aquel hombre encantador, podeis afirmar que M. Labiche es un alegre camarada, que está muy bueno, es muy feliz y escribe como habla.

Así escribe, en efecto; y debo confesar que, por más que me guste mucho el estilo chusco de Duvert y Lauzanne, prefiero el estilo franco y natural de M. Labiche. Después de todo, el otro es amanerado y acaso menos difícil de imitar de lo que se cree. Hay en él rebuscamiento y hasta culteranismo; divierte mucho al principio, pero á la larga cansaría, como los guisos que tienen demasiada pimienta. M. Labiche tiene un estilo vivo, francés, picante, y me parece mucho mejor escritor y más digno de dejar memoria que los que construyen bellas frases retóricas. Si la Academia quisiera oírme, no le



dejaría morir sin rogarle que se sentara en uno de sus sillones, que así no estaría mal empleado. Pero la Academia Francesa desdeña á los autores de *vaudevilles*, y se creería rebajada admitiéndolos en su seno. La culpa la tiene M. Labiche; ¿por qué no ha escrito libretos fastidiosos como los de M. Caro ó insoportables comedias en verso como las de M. Camilo Doucet?

Para acabar—y despues de haber caracterizado el estilo y talento de los dos maestros del *vaudeville* frances, Duvert y Lauzanne (los dos se reducen á uno), por una parte, y M. Labiche por otra—podría yo seguir la marcha de este género hasta el momento actual en que ha experimentado una nueva transformacion en manos de los señores Meilhac y Halevy, escritores igualmente fecundos é inseparables. Ya no constituyen el *vaudeville* las sabias combinaciones y las locuras ingeniosamente conducidas en medio de su aparente desórden, de Duvert y Lauzanne, ni la bonachona observacion general de M. Labiche. En los señores Meilhac y Halevy hallamos una mezcla de las cualidades de sus predecesores con cualidades y defectos que les son propios. Su imaginacion se abandona con frecuencia, y en sus mismos extravíos agrada y seduce. Su espíritu de observacion es fino y picante, pero ántes particular que general, y por decirlo así, exclusivamente parisien. Hay en sus obras una vivacidad, una vena inagotable que obliga á reir, y sin embargo, tiene más de triste que de alegre, si se repara en la impresion final que deja el espectáculo. Hasta en su risa hay algo de violento, de brusco, de nervioso, como todo lo que produce nuestra época, que en el fondo no es alegre. Sería interesante estudiar de cerca todo esto, y ocasion tendré para tratarlo de nuevo dentro de algunos dias, porque los señores Meilhac y Halevy no tardarán mucho tiempo, á lo que creo, en hacerse aplaudir. Pero por esta vez ya hay bastantes reflexiones literarias y no querría yo fastidiar á los lectores de la REVISTA, hablándoles de nuestros autores de *vaudevilles*.

CHARLES BIGOT.

P. S. En el momento de terminar esta carta me envía la librería de Michel Levy una obra nueva en dos tomos, de M. Julio Simon; titúlase: *El gobierno de M. Thiers*, y es la continuacion de un trabajo anteriormente publicado por este hombre político eminente, y titulado: *El gobierno de la Defensa nacional*. Comprende el primer

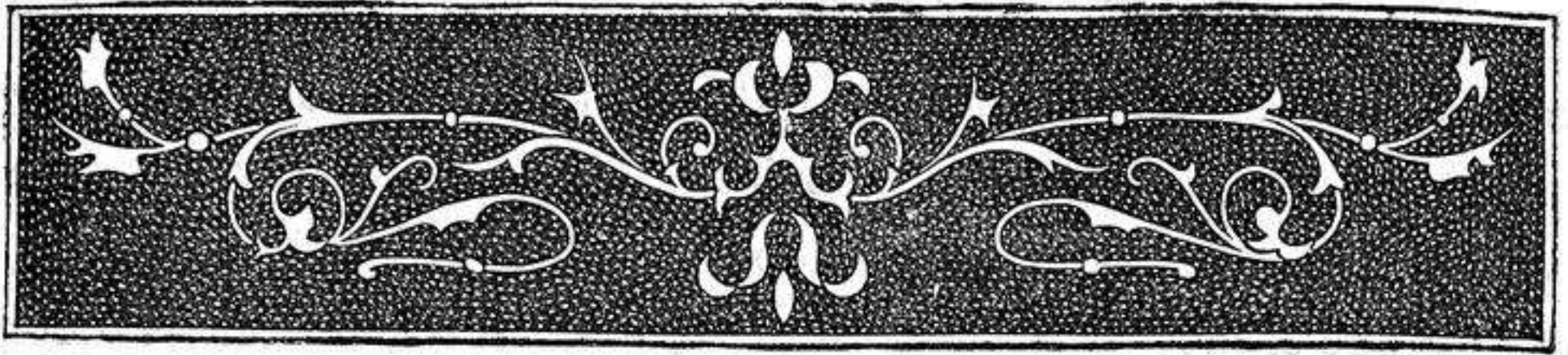


tomo los acontecimientos ocurridos desde la capitulacion de Paris y la conclusion de los tratados de paz hasta la victoria alcanzada sobre la *Commune*. El segundo, dedicado á los sucesos parlamentarios, abarca desde el mes de Junio de 1871 hasta la caida de M. Thiers en 24 de Mayo de 1873. No he hecho más que hojear este importante trabajo; pero lo que de él he visto me basta para afirmar que es interesantísimo. En él abundan curiosas revelaciones, y la narracion es viva, animada, llena de ingenio y penetracion, y de forma sobria y moderada. Este libro meterá mucho ruido, y acaso será la obra más notable de M. Julio Simon. Siento no poder hacer aquí más que anunciarla.

C. B.







## REVISTA CRÍTICA.

---

**D**ASÓ esa estación anti-literaria que se llama verano, y la actividad intelectual despierta del letargo en que la sumieron los tropicales calores con que nos ha favorecido la naturaleza. Prepáranse Ateneos y Academias á renovar las eternas luchas entre las opuestas corrientes del pensamiento humano; arrojan de nuevo las prensas los productos del ingenio ó de la medianía; y los teatros abren sus puertas, dispuestos á ofrecernos grato solaz ó tal vez graves disgustos en las pesadas noches del invierno.

Tres coliseos importantes, y varios de segundo y tercer orden rendirán culto este año al arte dramático. Dícese que todos ellos abundan en obras nuevas. ¡Plegue al cielo que la calidad iguale á la cantidad! Por de pronto, hagamos constar que en ninguno actúa una compañía completa y bien organizada.

Faltan en el de la Comedia su mejor galan jóven, Julian Romea, y la simpática Soledad Morera; y los otros dos (el Español y Apolo)



distan mucho de ofrecer al público compañías bien organizadas, á pesar de contar en su seno notables actores. Verdad es que no es fácil organizarlas, porque se ha acabado la raza de las primeras actrices y de las segundas damas, así como de los segundos galanes; apenas quedan características ni graciosas; y es punto ménos que imposible formar una compañía completa. ¡Tristes tiempos para nuestra escena!

No inaugurada todavía la temporada en el teatro de Apolo—donde al presente arrebatada al público con sus inspirados acentos la gran trágica Adelaida Ristori,—sólo han ofrecido novedades la Comedia y el Español. En la primera se han puesto en escena *La primera en la frente*, comedia en tres actos, original de D. Luis Pacheco; *Contra viento y marea*, de D. Miguel Echegaray, y *Pobre porfiado...* proverbio en un acto, del Sr. Blasco. En el Español se ha representado *Grandezas humanas*, del Sr. Cavestany.

Vulgar y manoseado es el argumento de la comedia del Sr. Pacheco, fundado en uno de esos *quidproquos*, que hoy son el único y pobre recurso de los autores cómicos; pero la discreción, decoro y buen gusto de la obra hacen olvidar este defecto y justifican la benévola acogida que el público la ha dispensado. Hay en ella dos caracteres bien pintados y una buena situación final en el segundo acto, pero el desenlace es artificioso y el recurso patético que lo motiva no hace buen efecto en una producción cómica.

*Contra viento y marea*, del Sr. Echegaray, es una de las mejores producciones de este ingenio. Trátase de probar en ella que la mujer frágil no puede hallar disculpa en la ocasión que la tienta ni en su propia debilidad; porque, siendo libre, puede ser honrada *contra viento y marea*.

El Sr. Echegaray desarrolla este pensamiento por medio de una acción interesante y verosímil, pero que tiene el grave defecto de ser por una parte demasiado seria y por otra demasiado cómica. Hay en esta obra un carácter bien trazado (el de la mujer honrada), pero el del libertino Rafael es vulgar y falto de interés. El diálogo es fácil y abunda en delicados pensamientos y chistes oportunos, afeándole á veces, sin embargo, el afectado lirismo de que tanto gustan los hermanos Echegaray.

*Pobre porfiado...* es un delicioso proverbio, lleno de ingenio y de



gracia y primorosamente versificado, que puede considerarse como una de las escasas joyas del teatro del Sr. Blasco, que nunca debiera apartarse de estos buenos caminos.

En la ejecución de estas obras se han distinguido las Sras. Valverde, Tubau y Fernandez y el Sr. Mario.

El drama del Sr. Cavestany no ha justificado las esperanzas que hizo concebir *El esclavo de su culpa*. Aunque en él no falta intención dramática, lo imperfecto y falso de los caracteres (con una sola excepción), la carencia de movimiento é interes en la acción, y las inverosimilitudes en que abunda, no permiten contar á esta obra en el número de los títulos de gloria con que en su día se honrará el Sr. Cavestany. En su desempeño se han señalado la señorita Mendoza y los Sres. Calvo y Jimenez.

---

Diferentes obras importantes se han publicado en estos últimos meses. Tales son, entre otras, *Cárlos V, su abdicacion, su estancia y muerte en el monasterio de Yuste*, por M. Mignet; *Disertaciones y juicios literarios*, por D. Juan Valera; *Austrália*, por el conde de Beauvoir; el tomo primero de la traducción española de las *Obras selectas de Voltaire*, á cuya publicación ha dado principio la casa Perojo; la *Ciencia experimental*, por Claudio Bernard; *Nuevas poesías*, de J. P. Velarde; *Vibraciones del sentimiento*, por D. Ezequiel Llorach; *Noches en vela*, del Sr. Blasco, é *Historia de la filosofía griega*, por D. Ricardo Beltran.

Dejando á un lado la obra de M. Mignet, discretamente juzgada en el número anterior de esta REVISTA por uno de nuestros más distinguidos colaboradores, nos ocuparemos brevemente de las restantes.

Inútil fuera encomiar la importancia de las obras de Voltaire y



encarecer el servicio que presta á la cultura patria su publicacion. Mal que pese á sus necios detractores, Voltaire es uno de los más esclarecidos ingenios, no ya de la Francia, sino del mundo entero. Príncipe de la sátira, es uno de los escritores que mayor influencia han ejercido en los destinos de la humanidad. Al impulso de su pluma han rodado por el polvo los ideales é instituciones de los pasados tiempos y ha roto sus cadenas la conciencia humana, por largo espacio de siglos esclavizada. Nada ha creado ni descubierto; pero ha sabido popularizar é infiltrar en todas las inteligencias los fecundos y salvadores principios de la revolucion. Mediano metafísico, no muy versado en ciencias, poeta de escasa inspiracion, dramático de segundo orden, es altísimo genio en el terreno de la sátira y de la crítica. Personificacion acabada del buen sentido, puede decirse que ha trazado el Código de la razon y ha echado los fundamentos del positivismo popular. Amante de la justicia, ha descargado golpes de muerte sobre los odiosos privilegios de pasadas edades y ha infundido en todos los corazones el culto de la humanidad y de la tolerancia. Su fina y sangrienta ironía ha concluido con todas las supersticiones, todas las iniquidades y todas las ridiculeces de pasados tiempos. Él ha sido el verdadero autor de la Revolucion. Mirabeau y Danton no hicieron más que llevar á la práctica los principios consignados en sus obras.

Entre éstas ocupan lugar preferente las *Novelas*, que son las que ha comenzado á publicar la casa Perojo. A decir verdad, no son novelas verdaderas sino agudas é intencionadas sátiras, escritas en forma novelesca. Superiores á las producciones satíricas de Luciano y dignas de competir con las de Quevedo, las novelas de Voltaire son modelos de gracejo, intencion y ligereza, como tambien de elegante y purísimo lenguaje. Es imposible, al leerlas, contener la risa, y esta risa no es más que el eco de las creencias y preocupaciones que se derrumban en el espíritu del lector bajo los golpes de aquella ingeniosísima y acerada sátira.

Por algun tiempo ha sido moda menospreciar á Voltaire. La gente ultramontana dió en decir que el volterianismo era cosa anticuada, cursi y de mal gusto, y no se necesitó más por el momento para que todo el mundo se avergonzase de ser volteriano. El racionalismo místico aleman coadyuvó inocentemente á esta maniobra de sacrís-



tía, y por algun tiempo Voltaire ha permanecido bajo el peso de la reprobacion universal. Las cosas han cambiado despues. Hoy se juzga á Voltaire con justicia é imparcialidad. Nadie desconoce que es un carácter incompleto; que le falta sensibilidad; que su ciencia, su erudicion y su crítica son muy discutibles; que en filosofía es mediano, en política poco liberal y lleno de preocupaciones aristocráticas; que su teatro no es un modelo; que su *Doncella de Orleans* es un delito imperdonable y su *Enriqueida* un desliz literario; que su vida privada no es acreedora á grandes encomios y su vida pública tampoco; pero esto no obsta para que se admire su gigante ingenio, para que se lean con deleite sus obras, y para que se reconozca el inmenso servicio que ha prestado á la libertad y á la civilizacion descargando golpes de muerte sobre los tradicionales obstáculos que á la marcha desembarazada del progreso se oponían. Sí; la sátira volteriana es legítima, necesaria y de actualidad. Aun alientan los enemigos que Voltaire combatió con tan denodado ardimiento; aún no hay que arrinconar por inútiles las armas temibles con que les asestó tan poderosos golpes.

Por eso, el Sr. Perojo merece bien de la causa del progreso por haber publicado la excelente traduccion que de las novelas volterianas hizo el célebre abate Marchena, preclaro ingenio de los comienzos del presente siglo. Esperamos con impaciencia el estudio crítico que á Voltaire dedicará en uno de los próximos volúmenes el Sr. Valera. La eleccion de este eminente crítico es acertadísima. Nadie mejor para juzgar á Voltaire que el más ingenioso y discreto de nuestros volterianos.

*Australia*, por el conde de Beauvoir, y *La ciencia experimental*, por Claudio Bernard, son tambien publicaciones que honran á la casa Perojo. *Australia* es una amena é instructiva narracion de viajes, elegantemente traducida por el malogrado Javier Galvete, uno de los escritores que más brillaban entre nuestra juventud liberal. *La ciencia experimental* es una coleccion de importantes monografías científicas del gran fisiólogo, cuya muerte llora la Francia, privada de una de sus glorias más puras y legítimas.

Las *Disertaciones y juicios literarios*, de D. Juan Valera, son una coleccion de trabajos ya conocidos del público, y hoy reunidos en un tomo por vez primera. En todos ellos muestra el Sr. Valera su gran



talento crítico y sus inestimables dotes de escritor. Alguno, sin embargo, desmerece de los restantes, y acaso no hubiese debido figurar en el tomo. Tal es, por ejemplo, el juicio apasionado, injusto y violento de los *Estudios sobre la Edad Media*, de D. Francisco Pí Margall.

Hay en el Sr. Valera—fuerza es decirlo,—un deplorable dualismo que le perjudica no poco. Por más que se afane en disimularlo, la inteligencia del Sr. Valera es profundamente heterodoxa. En el fondo de su conciencia vive el racionalismo de nuestro siglo, vestido de deliciosas formas volterianas. Escéptico por naturaleza, liberal y revolucionario por instinto, el Sr. Valera se obstina, sin embargo, en pasar por piadoso creyente y conservador de tomo y lomo; pero bajo esta piel de hombre de orden, aparece á cada paso la oreja del escéptico revolucionario. Su leal naturaleza se revela en todos los momentos contra el papel que le imponen mal entendidos respetos y conveniencias sociales, y un rasgo volteriano, un arranque genial del verdadero Valera, comprometen la falsa posición del supuesto conservador.

Más cándido que habilidoso, su viva impresionabilidad le vende, y basta poner enfrente de él un partidario del antiguo régimen, para que aparezca tal cual es, como basta analizar despacio lo que dice y escribe cuando pelea con gentes avanzadas para comprender que lo hace, no porque le salga de adentro, sino porque se juzga obligado á ello.

Esto no siempre obedece á un cálculo, sin embargo. Muchas veces su amor á la originalidad, su afición á la paradoja, su espíritu de contradicción le llevan á sostener una tesis en que no cree, sólo por llevar la contraria al que con él discute. Véase en prueba de ello su contestación al Sr. Nuñez de Arce (*Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en la decadencia de la literatura española*), donde sustenta teorías que él mismo refuta en su estudio sobre *La filosofía española*. El Sr. Valera, como el Sr. Moreno Nieto, sostiene el pro y el contra en todas las cuestiones, según sea el adversario con quien discute.

Esta condición, por una parte, y por otra su complacencia con ideales á que en el fondo de su alma no rinde culto, despojan no pocas veces de autoridad y valor científico á las críticas y trabajos del



Sr. Valera. Por tal razon, no pueden tomarse en serio las paradojas y sofismas con que pretende excusar á la Inquisicion en el discurso precitado, las *boutades* ultramontanas con que acoge el notable trabajo del Sr. Pí, y las singulares teorías y extemporáneos chistes con que pretende combatir al *Darwinismo* en su trabajo *Sobre la ciencia del lenguàje*.

Cuando ni de política ni religion se trata, está más acertado el señor Valera. Así se observa, por ejemplo, en su estudio sobre *La filosofía española*, donde muestra cumplidamente que en España ha habido filósofos, pero no filosofía, dando con esto cabal contestacion á las arrogantes aseveraciones de su amigo y protegido D. Marcelino Menendez Pelayo. Notables tambien son los estudios consagrados al *Amadís de Gaula* y á las *Cántigas del Rey Sabio*, á la *Vida de lord Byron*, por D. Emilio Castelar, á *La libertad en el arte* y al *Quijote*.

El estudio sobre el *Quijote* es, sin duda, el más acabado y perfecto trabajo del Sr. Valera, como él mismo afirma, con razon, en el prólogo de su libro. Estudiarlo debieran esos idólatras del manco de Lepanto que, rindiendo á su memoria exagerado culto, atribuyéndole propósitos que nunca tuvo, y trocándole en cifra y compendio de todas las ciencias y todas las virtudes, ántes lo ridiculizan que lo ensalzan. Con su extraordinario buen sentido prueba de un modo concluyente el Sr. Valera que Cervántes sólo se propuso acabar con los libros de caballería, y que todo comentario de su libro es vano é inútil.

Hay algo de incompleto, sin embargo, en el trabajo del Sr. Valera. Es indudable, á nuestro juicio, que el *Quijote* representa la oposicion entre lo ideal y lo real. Ciertó que Cervántes no tuvo tal propósito; pero no lo es ménos que así resulta de su obra, merced á la concepcion y desenvolvimiento de la misma. Y de esta suerte se explica el éxito del *Quijote* que, de no ser otra cosa que una crítica de los libros caballerescos, no tendría hoy mayor popularidad que los poemas de Bojardo, Berni y Ariosto ó el *Pantagruel* de Rabelais, sólo estimados por la gente erudita.

El error de los cervantófilos consiste en considerar obra consciente del gran novelista lo que fué casual resultado de la concepcion y plan de su obra. Cervántes pintó *por casualidad y sin sospecharlo siquie-*



ra, la oposicion entre lo ideal y lo real, personificada en D. Quijote y Sancho, y al hacerlo dió á su obra una inmortalidad que de otra suerte no hubiera alcanzado. Esta es la verdad que no conocen los cervantófilos ni ha puesto en claro el Sr. Valera.

Las *Nuevas poesías* del Sr. Velarde, merecen el aplauso de la crítica. Hay en ellas un sabor clásico y una correccion dignas de encomio, y se advierte cierta energía en el pensamiento y en la frase que recuerda el tono que á sus acentos da el Sr. Nuñez de Arce, que, á no dudarlo, ha sido uno de los modelos del Sr. Velarde.

Tambien imita con acierto al Sr. Campoamor en su cuento *¿Pasion ó locura?* calcado en los *Pequeños poemas*, y muy superior á los demas que figuran en el tomo. Hay, en suma, poca originalidad en el Sr. Velarde; camina todavía á la sombra de otros escritores, á quienes toma por maestros, y no es este el camino que debe seguir el verdadero poeta. Más tarde, á no dudarlo, poseerá el Sr. Velarde un estilo propio, dentro de la direccion clásica de la escuela sevillana, que es su predilecta, y entónces será cuando pueda la crítica formular definitivo juicio acerca de su mérito.

*Vibraciones del sentimiento* del Sr. Llorach, es un libro bastante desigual, en el que hay composiciones de mérito al lado de otras muy imperfectas. Peca, además, de cierta monotonía por preponderar en él las poesías amorosas que, á decir verdad, son siempre las que ménos interesan al lector; pero considerado en conjunto, merece la benevolencia de la crítica.

*Noches en vela*, del Sr. Blasco, no tiene la importancia de sus *Solitudes*. Las pocas poesías serias que contiene son bastante buenas, sin embargo, y en las festivas ostenta el autor la facilidad y ligereza que le distinguen.

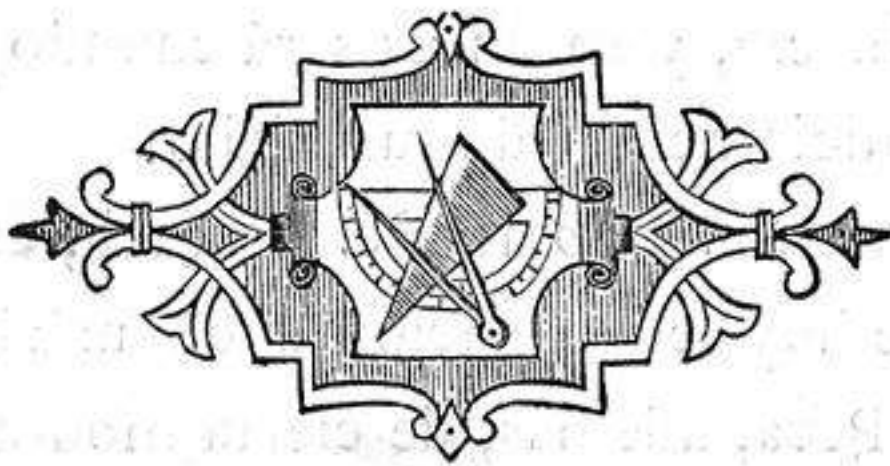
La única obra filosófica que ha aparecido en este tiempo es la *Historia de la filosofía griega (escuelas anteriores á Sócrates)*, de D. Ricardo Beltran Rózpide. Como su título lo indica, abarca el período comprendido desde Thales de Mileto hasta Sócrates, período interesantísimo, y por lo general no tan conocido y estudiado como la brillante época de Platon y Aristóteles. La exposicion de los sistemas está hecha con exactitud y buen método y el juicio de los mismos no deja de ser imparcial, y en muchas ocasiones atinado. El autor revela en sus apreciaciones que pertenece al neo-krausismo



que representa entre nosotros el Sr. Canalejas, de quien es aprovechado discípulo. De desear sería que imitara á su modelo en el manejo del lenguaje, que dista mucho en su obra de ser tan correcto y esmerado como debiera.

M. DE LA REVILLA.

12 de Octubre.




---

Madrid 15 de Octubre de 1878.

*Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.*

---

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO

Mendizabal, 64.